954

ALFREDO CHAVERO.

EL AUTOR DE SU DESDICHA.—EL MUNDO DE AHORA.—LA HERMANA DE LOS ÁVILAS.

15

MÉXICO

TIPOGRAFÍA DE GONZALO A. ESTEVA
Calle de San Juan de Letran, núm. 6.
1880

Bá. Mvec.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elautordesudesdi13315chav

EL

AUTOR DE SU DESDICHA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

MÉXICO

TIPOGRAFÍA DE GONZALO A. ESTEVA
San Juan de Letran, núm. 6
1880

PERSONAJES

Doña Josefa.
Don Tomás.
Cármen.
Luis.
Arturo.
Pablo, criado.

ÉPOCA ACTUAL

La escena pasa en un salon de una casa de campo de Guanabacoa, cerca de la Habana. Foro izquierda; 1ª puerta, habitacion de Luis; 2ª, gabinete de D. Tomás. Foro derecha; 1ª puerta, cuarto de Doña Josefa; 2ª, cuarto de Arturo. Muebles decentes.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

ARTURO.—LUIS.

(Arturo lee un periódico, Luis entra en traje de camino).

LUIS. Arturo.
ARTURO. Luis, bien venido. *(Se abrazan).*
Te esperábamos aquí
Hace un mes.
LUIS. Arturo, dí
Qué es lo que ha sucedido
Con mi familia, que llego
Apénas desembarcado
Á buscarla, y que ha mudado
Residencia sé.
ARTURO. Sí; luégo
Que para Boston saliste,

609423

Buscó Don Tomás ansioso
Una casa en que el reposo
Gozara del campo: existe
Tan dulce tranquilidad
En nuestra humilde casita.

LUIS. Explicacion necesita
Esta rara soledad.
¿Cómo mi hermana y mi padre
Contigo viven aquí?
¿Tú vives con ellos?

ARTURO. Sí;
Pero tambien con mi madre.

LUIS. ¿Tu madre?.... ¿no murió....?

ARTURO. Atento
Oye mi historia: es tan rara,
Que si no te la contara
Serio, la creyeras cuento. *(Pausa).*
Tú volvías de Paris,
Yo en Buenos Aires vivía,
Y tu familia y la mia
Eran muy amigas, Luis.
Yo estudiante de derecho,
Tú ya ingeniero llegabas;
Y en tu juventud buscabas,
Como yo, encontrar un pecho
Hermano que compartiera
Tus hermosas ilusiones:
Unió á nuestros corazones
Amistad tierna y sincera.
Mas una vez abogado,

Tuve á Madrid que marchar:
No pensaba pleitear
Allí, y allí he pleiteado.
Yo era abogado argentino,
Y fuí despues madrileño;
Y en cuatro años con empeño
Me hice rico. Mi destino,
Que ha sido bueno á fe mia,
Me llevó una honrada cliente
Con un litigio pendiente
En esta isla. Mi alegría
Más que en otras ocasiones
Fué grande el pleito al ganar,
Porque le hice recobrar
Nada ménos dos millones.
Era herencia de un sobrino
Que murió sin herederos
Más cercanos: de un Agüeros....

LUIS *(Con sorpresa involuntaria).* ¿Un Agüeros....?

ARTURO. El destino,
Chico: mi cliente es anciana;
No tiene hijos ni parientes;
Me adoptó....

LUIS. Ya no me cuentes
Más: la herencia hoy ó mañana....

ARTURO. Será mia; mas te juro
Que no ambiciono el tenerla;
Amo á esa anciana; quererla
Más que la quiero, es seguro
Que no quieres tú á tu padre:

Por eso la gratitud,
Mi cariño y su virtud
Le dan el nombre de madre.

LUIS. Yo, como sabes, seguí
En Buenos Aires viviendo.

ARTURO. Rico y celebrado, entiendo;
Y te olvidaste de mí.

LUIS. No por cierto; mas un dia
Cármen mi hermana enfermó,
Y el médico le mandó
Un viaje de mar. Creía
Que era el clima de la Habana
Bueno para su dolencia;
Y esto explica mi presencia,
La de mi padre y mi hermana.

ARTURO. Y tú, Luis, buscando el modo
De sacar algun provecho
Del viaje, fuiste derecho
Á Boston: si lo sé todo.
Sé que á estudiar fuiste allí
Una máquina modelo:
Y quedaron sin consuelo
Tu padre y tu hermana aqui.
Pero quiso la fortuna
Que los viera en el teatro;
Y hallas juntos á los cuatro:
Dos familias hechas una.
Cármen y tu honrado padre
Me quieren mucho.

LUIS. Me agrada.

ARTURO. ¡Pues, Luis del alma, no es nada
Lo que los quiere mi madre!
LUIS. ¿Pero Cármen.... dónde fué?
ARTURO. Con mi madre y Don Tomás
Salió; mas ya la verás:
No tardan; fueron á pié.
¿Quién hubiera imaginado
Cuando te dejé, que un dia
Á Cármen encontraría
Hecha una mujer? Le ha dado
El cielo con manos llenas
Perfecciones sin medida:
Bella, virtuosa, instruida,
Y con quince años apénas.
LUIS. Sí, Arturo; no hay en el mundo
Mujer que á Cármen iguale.
ARTURO. Vale mucho; mucho vale.
¿Y tu padre....? ese profundo
Sentimiento del honor
Que todos sus actos guía....
Para él una villanía
Es el delito mayor.
Perdonara un crímen, sí;
Pero una infamia jamas.
¡Pero qué pálido estás!
¿Te sientes malo?
LUIS. Sentí
Como vahido.... no es nada....
El cansancio.... mas tal vez....
ARTURO. Mortal es tu palidez.

LUIS. No hagas caso.... es tan pesada
Esta atmósfera de Cuba....
ARTURO. Se acostumbra uno al calor:
Ya lo sentirás mejor
Dentro de un mes, cuando suba.
Pero mira á Cármen: vuela
Por abrazar á su hermano.

ESCENA II

DICHOS.—CÁRMEN.

(Cármen entra por el fondo, y corre á abrazar á Luis, que continúa en el estado de conmocion en que se puso desde que de su padre comenzó á hablar Arturo).

CÁRMEN. ¡Luis!
LUIS. ¡Cármen!
CÁRMEN. Siento tu mano
Como la nieve: me hiela.
ARTURO: Por el cansancio algo enfermo
Se siente....
CÁRMEN. Con descansar
Tal vez....
LUIS. Voy á reposar....
Es cansancio.... á ver si duermo.
(Entra por la primera puerta izquierda).

ESCENA III

CÁRMEN, ARTURO.

CÁRMEN. Despues de tan largo tiempo,
De dos meses sin mirarnos,
Ni un beso, ni una caricia,
Ni una palabra, mi hermano
Para mí tiene. Por padre
Ni siquiera ha preguntado.
¿Se habrá hundido su cariño
En las olas del Océano?
Por Dios que me ha puesto triste
Y siento brotar mi llanto.

ARTURO. Incomoda tanto un viaje
Por mar.... y apénas llegado
Buscó á ustedes por la Habana....
Pudiera ser el cansancio....
Tuvo que andar.... si son cosas
Naturales.... no hacer caso
Es mejor.

CÁRMEN. No, Arturo, no;
Es que Luis se ha vuelto malo.
De un año acá me ha perdido
Su amor: ya nunca mi hermano
Me acompaña de paseo,
Ni va conmigo al teatro.
Ántes pasábamos juntos
Las horas tocando el piano;
Y hoy, si le llamo á cantar,
Huye arisco de mi lado.

Yo le quiero con el alma.
¿Y él....? ¡si Luis es un ingrato!

ARTURO. Y yo que esperaba inquieto
Su vuelta.... era presagio
De fortuna y alegría
Para mí.... y sin embargo,
Temblaba de que viniera....
Sentía un sobresalto
Al pensar en su llegada,
Como el pavor y el espanto
Con que espera su senteneia
Un reo,

CÁRMEN. ¿Un reo....? no alcanzo....

ARTURO. Sabe usted que á Luis he visto
Años hace como hermano,
Y le esperaba anhelante
Para decirle que amo....

CÁRMEN. ¿Á quién?

ARTURO. ¿Pues á quién? á usted.

CÁRMEN. Arturo....

ARTURO. Si lo he callado,
No puedo callarlo más;
Que morir fuera callarlo.
¿No ha visto usted en la tarde,
Cuando vamos por el campo,
Entre las lustrosas hojas
Del café, boton cerrado
Que quiere ya reventar,
Y revienta al fin mostrando
Flor que es diamante por bella,

Y que es perla por lo blanco?
Así fué, Cármen, mi amor:
Boton que estaba guardado
Entre las hojas de mi alma;
Pero creció tanto, tanto,
Que no cabiendo en mi pecho,
Por los ojos brotó en rayos;
Y no bastando los ojos,
En palabras por los labios.
Pronuncie usted mi sentencia:
La quiero.... y tiemblo.... y aguardo.

CÁRMEN. Al despuntar en mi vida
El sol de la juventud,
No tenía más egida
Que mi padre y la virtud:
Mi santa madre era ida.
Mi hermano ya se alejaba
De mí sin saber por qué;
Mi padre siempre me hablaba
Severo: ansiosa busqué
Otra alma que no encontraba.
Todos feliz me creían
Con mi hermano y con mi padre;
Y si triste me veían,
Las gentes no comprendian
Que me faltaba mi madre.
Había en mi corazon
Vacío un inmenso espacio,
Como desierto salon
Levantado en un rincon

De magnífico palacio. *(Pausa corta).*
Una tarde de paseo
Fuimos; del campo la calma
Hizo nacer en mi alma
Yo no sé qué devaneo.
Á la sombra de una palma
Quise sentarme un momento:
Conmigo estaba mi amado
Padre; murmuraba el viento;
Usted estaba á mi lado.
Se adornaba el firmamento
Poco á poco: las estrellas
Comenzaron á brotar
Pálidas, radiantes, bellas;
Salió la luna entre ellas,
Y escuché léjos la mar.
Á nuestra casa despacio
Volvimos: iba apoyada
En usted; y en el espacio
Se perdía mi mirada.
El espléndido palacio
De la noche magestuosa
Resplandecía al fulgor
De la luna misteriosa;
Y mi alma brillaba hermosa:
¡Ya la alumbraba el amor!

ARTURO. Cármen....

CÁRMEN. Arturo....

ARTURO. Mi vida
Se llena de resplandores.

¡Dulce noche bendecida
En que en la sombra perdida
Brotó el sol de mis amores!
Hoy hablo á Luis sin tardanza,
Y tambien á D. Tomás,
Y á mi madre. Mi esperanza
Se realiza: ¿puedo más
Ya pedir? Dulce bonanza
De la tempestad en pos,
Sublime misterio encierra,
Y hoy nos enseña á los dos,
Que hay un amor en la tierra
Y que hay en el cielo un Dios.
¡Amor! inmenso y profundo
Sentimiento de dos almas,
Tú nos arrancas del mundo
Como arrebata dos palmas
El huracan furibundo.
Pero al llevar en tu vuelo
Vertiginoso á dos séres,
No los dejas en el suelo
Destrozados, que prefieres
Levantarlos hasta el cielo.
¡Amor, tierno, abrasador!
¿Cómo bello no ha de ser,
Si es aroma de la flor,
Si es mirada de mujer,
Si eres tú que eres mi amor?
Deja que en mi amante exceso,
En tu mano de alabastro

Imprima un ardiente beso,
Para que lleves impreso
En ese tu cielo un astro.
(Le besa la mano. En ese momento entra Doña Josefa por el fondo, y lo ve).

ESCENA IV

DICHOS.—DOÑA JOSEFA.

CÁRMEN. *(Turbada).* Señora....
ARTURO. Madre....
DOÑA JOSEFA. *(Abrazándolos).* ¡Hijos mios!
¡Bendito sea el Señor!
Arco-iris es este amor
De mis dolores impíos;
Pues este cariño santo
Viene á calmar en mi pecho
El torvo huracan deshecho
Y la tempestad de llanto
Que la muerte de mi hijo
Desató sobre mi alma.
Hoy ya vislumbro la calma....
Perdon: no quiero y me aflijo.
CÁRMEN. Debió usted amarle mucho....
DOÑA JOSEFA. ¡Si nació de mis entrañas!
Partió de nuestras montañas
Una tarde: aún le escucho.

"Madre, me dijo, sin padre
Estoy, y tú sin esposo:
Un porvenir espantoso
Nos espera: marcho, madre,
Á estudiar en Inglaterra;
Seré sabio, seré rico:
Primero me sacrifico
Que seguir labrando tierra."
Y se fué.... mi pobre casa
Para sus gastos vendí....
Abandonada me vi....
Pero todo al fin se pasa....
Y miéntras él aprendía
Á ser un sabio profundo,
Yo en aquel rincon del mundo
Toda la noche cosía.
Era yo jóven.... bonita....
Me volví vieja y enferma....
¿Pero habrá madre que duerma
Cuando su hijo necesita
Que trabaje sin cesar,
Para que pueda aprender
Lo que él tiene que saber,
Y ella no le ha de enseñar?

CÁRMEN. ¿Y murió?

DOÑA JOSEFA. Llegaba el dia
De volver hecho ingeniero:
Era el alumno primero
De su clase. "Madre mia,
Me escribió, por el vapor

De Setiembre volveré."
Al puerto ansiosa volé....
Busqué al hijo de mi amor....

CÁRMEN. ¿Y él?....

DOÑA JOSEFA. Murió en la travesía....
Le arrojaron en la mar....
Y yo me puse á llorar,
¡Y lloraba noche y dia!
Y despues mudó mi suerte;
Y soy rica, millonaria:
Y en mi vejez solitaria,
En esta vida que es muerte,
De mí se ha apiadado Dios;
Y para enjugar mi llanto,
Viendo que he llorado tanto,
Por un hijo me da dos.

ARTURO. Madre, por el cielo juro
Amar á vd. de tal suerte,
Que vuelva vida su muerte.

CÁRMEN. Yo tambien.

DOÑA JOSEFA. (*Abrazándolos*). ¡Cármen! ¡Arturo!

ESCENA V

DICHOS.—DON TOMÁS *por el fondo.*

(*Desde el principio se nota gran preocupacion en D. Tomás*).

D. TOMÁS. Muy buenas tardes.

ARTURO. Señor.

CÁRMEN. Padre.
DOÑA JOSEFA. Amigo D. Tomás.
CÁRMEN. ¡Pero qué pálido estás!
D. TOMÁS. Este clima abrasador.....
CÁRMEN. Volveremos á La Plata.
DOÑA JOSEFA. Ó á mis montañas.
D. TOMÁS. Yo creo
Que habré de dar un paseo
Á México. Dulce y grata
La Primavera florida,
Dicen que cubre su suelo
De rosas, de astros su cielo,
Y que vigor da á la vida.
Yo necesito alejarme
Del mundo.
CÁRMEN. Padre, ¿qué tienes?
D. TOMÁS. Pero ustedes son mis bienes....
Mis hijos.... Á acompañarme
Disponte cuando tu hermano
Llegue de Boston.
ARTURO. Ha poco
Que llegó.
D. TOMÁS (*Aparte.*) Me vuelvo loco.
(*Alto*). Quiero verle.

(*Entra por la primera puerta izquierda*).

ESCENA VI

DOÑA JOSEFA.—CÁRMEN.—ARTURO.

DOÑA JOSEFA. ¡Noble anciano;
Y qué feliz es, Dios mio,
Pues tiene un hijo del alma
Á quien puede en santa calma
Abrazar! ¡Delirio impío!
Perdóname si te ofendo:
Arturo, mi hijo eres.
Á veces sufro.... ¿qué quieres?
Yo misma no me comprendo:
Porque el mundo se derrumba
Sobre mí en negros despojos,
Cuando horrible ante mis ojos
Se abre la mar como tumba.
Y me finje mi pesar,
Qué á mi hijo que amé tanto,
Hizo un sepulcro de llanto
Con mis lágrimas la mar. (*Pausa*).
Pero pensemos ahora
En ustedes. Es preciso
Dar á D. Tomás aviso
De este amor.

ARTURO. Madre.

CÁRMEN. Señora.

DOÑA JOSEFA. Si á México quiere ir
D. Tomás, todos iremos;
Pero es bueno que arreglemos
Ántes vuestro porvenir.

Vamos á pensar con calma
Asunto tan importante:
Vuestra dicha en adelante
Yo cuidaré, hijos del alma.
(*Se van por la primera puerta derecha*).

ESCENA VII

DON TOMÁS *solo.*

(*Sale muy preocupado*).

Duerme allí.... ¡pobre hijo mio!
Y no le osé despertar....
¿Cómo le voy á contar
Que nuestro destino impío,
Ayer alegre, hoy sombrío,
De tal manera ha mudado,
Que me contemplo arrastrado
Á una quiebra fraudulenta.
¡Yo el honrado, tanta afrenta!
¡Yo el poderoso, arruinado!
Si no lo puedo creer
Cuando es mi vida el honor.
Es tan grande este dolor
Que me voy á enloquecer.
¿Cómo pudo suceder
Que mi casa honrada y fuerte
Se cambiara de tal suerte
En mi ausencia, que quebrara?

Si mi conducta bien clara
No miran, me doy la muerte.
Pero Arturo es abogado....
Voy á marchar á la Habana
Con él.... Mi Luis y su hermana
Que no sepan.... Angustiado
Es el plazo señalado
Para que yo me presente
En Buenos Aires.... Ausente
De mis hijos, tendré fuerza
Para que mi alma no tuerza
Su camino.... ¡Estoy demente!

ESCENA VIII

DON TOMÁS.—CÁRMEN.

CÁRMEN. Padre, inquieta te buscaba:
Tengo tanto que decirte....
D. TOMÁS. ¿Dónde está Arturo?
CÁRMEN. Á pedirte
Vendrá mi mano: me amaba.
Luégo con Doña Josefa
Saldrá.
D. TOMÁS Si no puede ser.
CÁRMEN. ¿Qué dices, padre?
D. TOMÁS. Creer
Podrían.... sería yo befa
De las maldicientes bocas....

CÁRMEN. Padre, te oigo y me confundo.
D. TOMÁS. Tú no sabes que en el mundo
Los corazones son rocas.
No puedes imaginar
Lo que la malicia alcanza.
CÁRMEN. ¡Pero si él es mi esperanza!
D. TOMÁS Pues debes desesperar.
CÁRMEN. Es honrado
D. TOMÁS. No lo dudo.
CÁRMEN. Es rico.
D. TOMÁS. Fuera mejor
Pobre.
CÁRMEN. ¿Desde cuando amor,
Y amor rico nada pudo?
D. TOMÁS. Desde que hay en la mujer,
Aunque su alma inunde en llanto,
Algo más grande y más santo.
CÁRMEN. ¿Qué cosa, padre?
D. TOMÁS. El deber.
CÁRMEN. Mas no entiendo la razon....
D. TOMÁS. La comprenderás más tarde.
CÁRMEN. Déjame, padre, que aguarde.
D. TOMÁS. ¿Para qué? Tu corazon,
Aunque en la lucha sucumba
De la suerte á los rigores,
No será nido de amores.
CÁRMEN. ¡Padre!
D. TOMÁS. No: será su tumba.
¿No ves cómo el huracan
Bramador, injusto, loco,

Arranca la flor que ha poco
Brotó sobre el arrayan?
¿No ves la ola turbulenta
Que el mar con furor desata,
Á la tórtola arrebata
Que en la playa se lamenta?
Es maldicion el vivir:
La vida de la mujer
Es un gemido al nacer
Y otro gemido al morir.
¡Cuán feliz la que juntó
Los dos gemidos del alma,
Y al primero en santa calma
En el sepulcro se hundió!
Naciste y murió tu madre;
Y cuando nace tu amor,
Tu padre lo mata en flor:
Es tu verdugo tu padre. (*Pausa*).
¿En dónde está Arturo? debo
Verle.

CÁRMEN. En su cuarto....

D. TOMÁS. Volvemos.

CÁRMEN. ¿Te vas?

D. TOMÁS. Poco tardaremos:
Á la Habana me le llevo.
(*Se va por la segunda puerta derecha*).

ESCENA IX

CÁRMEN.—LUIS *despues.*—DOÑA JOSEFA *al fin.*

CÁRMEN. ¡Que mate yo la esperanza
Que inmensa alienta en mi pecho!
¿Por qué no dicen al sol
Que apague su luz de fuego?
¡Que mi corazon acalle
Este palpitar violento!
¿Por qué no dicen al mar
Que no sacuda su seno?

LUIS. (*Entrando*). Cármen.

CÁRMEN. Hermano mio,
Calme tu amor el loco desvarío
En que se agita mi alma:
Con tu cariño vuélveme la calma.
Vino padre.

LUIS. ¿Ya vino?

CÁRMEN. É implacable le vi como el destino.

LUIS. No sé lo que me dices.

CÁRMEN. ¿No tuviste jamas sueños felices
De gozo y de ventura?
¿No sentiste embriagado la locura
De una pasion intensa
Que nace en un suspiro, y crece inmensa
Del pecho en lo profundo,
Y llena el alma, y luégo llena el mundo?
¿Que al principio es mirada,
Relámpago; y despues luz, llamarada,

Incendio que en su anhelo
Abrasa el orbe, y abrasara el cielo?

LUIS. Eso es amor.

CÁRMEN. Se lanza
En las alas de luz de la esperanza,
Atraviesa los mundos,
Del espacio los piélagos profundos,
Y llega hasta Dios mismo
Escalando las sombras del abismo.

LUIS. Cármen, dí: ¿qué te pasa?

CÁRMEN. El fuego del amor mi seno abrasa:
¡Y viéndome sin madre,
Que mate yo mi amor quiere mi padre!

LUIS. ¿Qué me dices? ¡Dios santo!
¿Amas á un hombre?

CÁRMEN. Luis, le amo tanto,
Que por él, te lo juro,
Diera mi vida.

LUIS. Dí: ¿quién es?

CÁRMEN. Arturo.

(Pausa).

LUIS. Volcan, revienta airado;
Revienta, corazon, y destrozado,
Como raudal de lava,
Desborda este torrente que ocultaba
En el hirviente pecho:
Salga mi amor en huracan deshecho
De llanto y de gemidos.

CÁRMEN. ¿Por qué me ven tus ojos encendidos
En fuego delirante?

¿Por qué miro tu pecho palpitante
Y crispada tu mano?

LUIS. Te amo.... celoso estoy.... ¡no soy tu (hermano!

CÁRMEN. ¡Vírgen del cielo!.... calla....

LUIS. Oye la ruda y lúgubre batalla
En que mi alma ha luchado
En combate infernal, desesperado....
Mi confesion escucha....
Ya no puedo vivir en esta lucha....
Mis frases delirantes
Oye por compasion, aunque te espantes.
(*Pausa*).
Tu hermano y yo en el colegio
Compañeros estudiamos:
Yo era pobre cual mendigo,
Rico como rey tu hermano.
Desde muy niño tu padre
Le había á Europa mandado.
Padres que á sus tiernos hijos
Mandan á país lejano,
Y lo que les dan de ciencia
Les arrebatan de amparo.
Yo envidiaba, no el saber,
Sino la riqueza, el fausto;
Y muchas noches pasaba,
Sin dormir pero soñando,
Mirándome en el lugar
Y en la casa de tu hermano.
Miéntras más tiempo pasaba

Más era mi envidia. Al cabo,
Ya concluidos los estudios,
Dejar á Lóndres pensamos
Y volver á nuestra patria.
Tomamos pasaje ambos
Á bordo del mismo buque;
Y á pocas horas tu hermano,
Presa de una congestion,
Espiraba entre mis brazos.

CÁRMEN. ¡Horrible desgracia, horrible!

LUIS. Del colegio encomendados
Con empeño al capitan,
Sabía que nos llamábamos,
El uno Don Luis Agüeros
Y el otro Don Luis Madrazo;
Pero no nos distinguía,
Y me preguntó espantado:
"¿Es Don Luis Madrazo el muerto?
No, le contesté temblando;
Es Don Luis Agüeros, vedle...."

CÁRMEN. Pero el muerto era mi hermano.

LUIS. Sí: una idea espantosa
Cruzado había relámpago
En la horrible tempestad
De mi cerebro.

CÁRMEN. ¡Dios santo!

LUIS. Usurpar audaz un puesto
Ageno.... tras el Océano
Olvidarme de mi madre....
Renegar del suelo patrio....

Y ladron hasta del nombre,
Ser al fin un millonario.

CÁRMEN. ¿Y no gritó tu conciencia?

LUIS. La conciencia del malvado
Como él se recata y calla.

CÁRMEN. Pues calla, Luis, que me espanto.

(*Pausa*).

LUIS. Ya era rico; en Buenos Aires
El más rico, el más honrado;
Con un nombre distinguido;
Era poderoso, sabio....

CÁRMEN. Pero sin madre.

LUIS. Sin madre.

CÁRMEN. ¿Y puedes tú por acaso
Comprender la gran valía
De una madre, desgraciado?
¡Cuando ha perdido á una madre
Qué pobre es un millonario!

LUIS. ¿Qué es esto que se despierta
En mi seno, y con espanto
Se revuelve y me destroza
El corazon?

CÁRMEN. Es que al cabo
La conciencia hace su presa.

LUIS. ¿Por qué no se sale en llanto
Esta angustia por mis ojos?

CÁRMEN. Porque con sangre llorando,
El crímen llueve torrentes
Sobre el corazon malvado.

LUIS. No; bastante castigo

Fué en la vida encontrarme, oh Dios,
(contigo.
Tú crecías hermosa
Más que la fresca y purpurina rosa;
Tú eras, Cármen más bella
Que sobre negro mar pálida estrella:
Te miré blanca y pura
En medio de mi horrible desventura,
Y te amé.... y te adoro....
Y soy un criminal.... y escucha.... im-
(ploro
Tu amor.... Yo te lo juro....
Seré bueno.... tu amor....

CÁRMEN. Mí amor de Arturo
Es solamente.

LUIS. ¡Oh ira!

CÁRMEN. ¿Pues qué eres tú infeliz? Torpe mentira:
Mentira el nombre honrado,
Mentira tu presente, tu pasado,
Tu virtud, tu cariño,
Los besos que te daba cuando niño
Tu desgraciada madre,
El amor que has robado de mi padre;
Todo es mentira: ¿y necio
Quieres mi amor? Mentira, te desprecio.

LUIS. ¡Oh rabia! ya no amante
Me verás á tus plantas delirante....
Siento muerte de celos....
Estás en mi poder....
(*Se acerca, y ella huye*).

CÁRMEN (*Gritando*). Socorro.... Cielos....

LUIS. Silencio.

CÁRMEN. Padre.... Padre....

LUIS. Calla.

(*En los movimientos que han hecho Luis y Cármen, el primero queda á la izquierda y la segunda en el centro: Doña Josefa al salir, permanece cerca de la puerta, á la derecha*).

DOÑA JOSEFA (*Saliendo*). Cármen.

(*Viendo con espanto á Luis*). ¡Mi hijo!

LUIS (*Aterrado*). ¡Oh Dios, mi madre!

Telon rápido.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

DON TOMÁS.—ARTURO.

(*Se supone que acaban de volver de la Habana, y que es aún temprano*).

ARTURO. El cambiar de habitacion
Ha sido sin duda causa
De que haya usted recibido
Con tal atraso la carta.
Segun presumo la quiebra,
Debe estar ya declarada.

DON TOMÁS. ¡Una quiebra sin oírme!

ARTURO. Es posible, pues estaba
El apoderado allí.

DON TOMÁS. Pero si él es el que infama
Mi nombre, quien me ha robado....

ARTURO. Mas á los jueces les basta
El poder. Hoy llega buque
De Buenos Aires; la marcha
Veremos si es conveniente:
Si la quiebra sentenciada
Está, es inútil partir,
Pues allí, señor, le aguarda
Prision para su honradez,
Sin que pueda ya probarla.

D. TOMÁS. (*Aparte*). Si tal cosa sucediera,
Vive Dios que me matara.
(*Alto*). De todos modos yo debo
Partir. Dejé ya encargada
Á la agencia, que tan pronto
Como el buque éntre en la Habana,
Tome para mí un pasaje
Y me lo mande.

ARTURO. Á su estancia
Vaya usted á descansar:
No ha dormido.

D. TOMÁS. Es necesaria
La mayor reserva: quiero
Que ni mi Luis ni su hermana
Sepan ántes mi partida,
Ni ántes sepan mi desgracia.

ARTURO. Lo prometo: vaya usted
Á descansar.

D. TOMÁS. (*Yéndose para su gabinete*). ¿Quién descansa,
Si ve perdida su hacienda,
Y tiene su honra empeñada?

ESCENA II

ARTURO.—*Despues* DOÑA JOSEFA Y CÁRMEN, *que salen de la habitacion de la primera.*

ARTURO. ¡Cerca de un millon perdido!
Pero yo puedo salvarle.
Es preciso consultarle
Á mi madre. Concedido
Á mí por su testamento
Está.

DOÑA JOSEFA. ¿Temprano de pié?
¿Estás enfermo?

ARTURO. No á fe.
Hablar á usted un momento
Necesito.... Cármen....

DOÑA JOSEFA. Sí;
Hablemos ántes los tres,
Hijo mio.

ARTURO. El interes
Que usted se toma por mí
Le agradezco con el alma.

DOÑA JOSEFA. Es necesario, hijos mios,
Que en sucesos tan impíos
Obremos con mucha calma.
Ayer concertado había
Tu enlace, querido Arturo,
Con Cármen, y, te lo juro,
Sentí tan grande alegría,
Que eché en el instante un velo
Á mis acerbos dolores....

Mas sólo tiene rigores
Para mi desdicha el cielo.
Hoy tu enlace es imposible.

ARTURO. (*Á Cármen*). ¿No me amas ya?

CÁRMEN. Te adoro.

ARTURO. ¿Pues cómo tan gran tesoro
He de dejar? No es creible
Que usted lo quiera.

DOÑA JOSEFA. Lo quiero,
Y tambien Cármen.

ARTURO. ¡Me asombra
Tal mudanza! Si era sombra,
Y no afecto verdadero,
Aquel amor.

DOÑA JOSEFA. Calla, calla:
No ofendas á la mujer
Que sacrifica al deber
Su cariño.

ARTURO. Si batalla
Mi mente sin alcanzar
Cómo mi amor, mi delirio,
Me da por premio el martirio,
¡Y dice que sabe amar!
Y usted á quien yo respeto
Más que á madre, como á Dios....

CÁRMEN. Un abismo entre los dos
Hay.

ARTURO. ¿Y cuál?

DOÑA JOSEFA. Es un secreto,
Que no intentes sorprender

Aunque en la lucha sucumbas:
Secretos hay que las tumbas
Sólo pueden comprender.

ARTURO. Pero mi dicha y mi vida
Dependen de esto, mi madre....
Tal vez la honra del padre
De Cármen.... su vida.... Ejida
Será, madre, y amuleto
De todos este amor santo.

DOÑA JOSEFA. Explícate, que me espanto.

ARTURO. No puedo, que es un secreto.
Déjeme usted que respire
El aire, pues me sofoco.
(*Saliendo para el jardin*). Adios Cármen. Estoy loco....

CÁRMEN. Me siento morir.

ESCENA III

DOÑA JOSEFA—CÁRMEN.

DOÑA JOSEFA. Espire
En tí tan fatal pasion.

CÁRMEN. ¿Y usted me ama como madre!
¿Mas qué mucho, si mi padre
Tambien lo quiere?

DOÑA JOSEFA. Razon
Aunque de distinta suerte,
Tenemos, Cármen, los dos.
Casarte fuera, por Dios,
Condenar á Luis á muerte.

Hoy de tu virtud exijo
Que no le des un rival,
Pues si Luis es criminal,
El criminal es mi hijo.
Yo nunca permitiré
Á Arturo este enlace.

CÁRMEN. El cielo
Me dará fuerza y consuelo.
Señora, obedeceré.
(*Entra en la habitacion de Doña Josefa*).

ESCENA IV

DOÑA JOSEFA *sola.*

Siento que ya va á venir,
Y no soy madre esta vez:
Quiero, debo ser su juez;
Pero me siento morir.
¿Y qué le voy á decir
Que con su delito cuadre?
Aunque mi pecho taladre,
Debo ser dura, severa,
Inflexible.... No quisiera;
Que una madre siempre es madre.
Mas él me dejó cruel,
Cambiando mi santo amor
Por oro.... y en mi dolor
Lloré torrentes por él.
Fué miserable é infiel,

¡Y por él aún me aflijo!
Si le tuve siempre fijo
En el alma en mi agonía,
¿Hoy cómo odiarle podría
Si está vivo, y es mi hijo?
Es criminal: no lo niego;
Mas es mi hijo.... Usurpó
Nombre y padre, y engañó
Á todos; y loco luégo,
Á Cármen, de amores ciego,
Ofendió: es la verdad;
Mas soy su madre.... Maldad
Fué matarme: ¿quién lo duda?
Mas es mi hijo.... ¡Que acuda
Á Dios en la eternidad!

——

ESCENA V

DOÑA JOSEFA.—LUIS.

(*Luis sale silencioso de su habitacion*).

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). Aquí está: de sus agravios
Voy á hablarle y sus excesos;
Y están temblando mis besos
En los bordes de mis labios.

LUIS. (*Aparte*). Aquí está, como si Dios
Estuviera en mi presencia.
(*Alto, cayendo de rodillas*).
Espero ya mi sentencia.

DOÑA JOSEFA. Alza y escucha.
LUIS. Los dos
Estamos muy bien así.
DOÑA JOSEFA. Alza, pues te lo permito:
Soy tan santa, que el delito
Bien puede acercarse á mí.
(*Pausa. Luis se levanta*).
Oí ayer tu confesion,
Y te mandé que vinieras
Temprano, porque supieras
Mi postrer resolucion.
Decir no puedes quién eres
Que la infamia encontrarías:
De D. Tomás sufrirías
La venganza. Dos mujeres
Tienen tu secreto: una,
Si hubieras sido mejor,
Te hubiera dado su amor
Como la otra su fortuna.
De tus males, de mi muerte,
Fuiste el hado furibundo;
Pues cada uno en este mundo
Es el autor de su suerte.
El amor debes perder
De tu culpa por castigo:
No se casará contigo
Cármen jamas: tu deber
Es sufrir; mas apiadada
De tí, tampoco de Arturo
Será esposa, te lo juro.

(*Aparte*). Siento el alma traspasada
Por el dolor que le hiere.
(*Alto*). Y si pierdes de la una
El tierno amor, su fortuna
La otra negarte quiere.
Y como nombre robado
Y riqueza ajena habías,
Saldrás ántes de dos dias
Á México: allí ignorado
Del trabajo vivirás
Con el nombre de tu madre,
Pues el nombre de tu padre
Nunca en tu vida usarás.
Piensa si has de resolverte
Para alcanzar mi perdon,
Que el hombre en toda ocasion
Es el autor de su suerte.
(*Yéndose, aparte*).
¿Cómo pude mis agravios
Reclamarle y sus excesos,
Si estaban mis tiernos besos
Palpitando entre mis labios?
(*Entra en su habitacion*).

ESCENA VI

LUIS.—PABLO, *despues*.

LUIS (*Toca un Timbre*). Un mozo. Por vida mia
Que burla me pareció

Tal propuesta. ¿Puedo yo
Vivir así? Moriría
Ántes. (*Toca el timbre*). Un mozo. Sabré,
Si le encuentro en mi camino,
Luchar contra mi destino,
Y al destino venceré.
Cármen, no puedo perderte;
Y pues es verdad notoria,
Yo dejaré la memoria
De ser autor de mi suerte.
(*Vuelve á sonar*).
Un mozo.

PABLO (*Entrando por el fondo*). Vengo volando.
¡Pero, Dios santo, qué veo!
¡Si lo miro y no lo creo!
¡Si murió y le estoy hablando!

LUIS (*Aparte*). ¡Pablo!.... ¡qué contrariedad!
Hay que ganarle. (*Alto*). Buen Pablo....

PABLO. ¿Es usted?

LUIS. ¿Pues no te hablo?

PABLO. ¿Es usted en realidad?
Hace seis años volvió
Usted en las vacaciones....
Si son sus mismas facciones....
El tiempo en vano pasó
Para usted.... Mas yo me abismo,
Pues le tuvimos por muerto,
Y hoy mirándole no acierto
Que es retrato de sí mismo.

LUIS. Pablo, sé que eres discreto,

Y pues la vida me va
En que calles, cuento ya
Que guardarás mi secreto.
Ni á mi madre has de decir
Que me has visto.

PABLO. Seré mudo.

LUIS. Eres fiel, de tí no dudo.

PABLO. Lo callaré hasta morir.

LUIS (*Aparte.*) Mañana sale el vapor,
Á Buenos Aires iré;
Mis bienes realizaré,
Y la vida y el honor
Salvaré con otro nombre
En los Estados Unidos.

PABLO (*Aparte*). Los ojos tiene encendidos.
(*Alto*). Permita usted que me asombre
De verle así.

LUIS. Pablo, al punto
Y sin decirlo, te irás
Á la agencia; comprarás
Un billete: un grave asunto
Á Buenos Aires me lleva.

PABLO. Bien, señor.

LUIS (*Entrando en su cuarto*). Cármen y Arturo
No se casarán, lo juro:
Pondré á Arturo á dura prueba.

(*Pablo va á salir, cuando Arturo, que llega del jardin, le detiene*).

ESCENA VII

ARTURO.—PABLO.

ARTURO. Oye, Pablo.
PABLO. Señorito.
ARTURO. Vas al instante á la agencia,
Pues con la mayor urgencia
Embarcarme necesito,
Y me compras un pasaje
Para Buenos Aires.
PABLO. Bien,
(*Aparte*). ¡Éste se marcha tambien!
ARTURO. Si llegare algun mensaje
Para el señor Don Tomás,
Ó alguna carta....
PABLO. Ya sé:
Al momento la traeré.
ARTURO. Al instante la traerás.
Vete y pide al mayordomo
El dinero necesario.
PABLO (*Yéndose, aparte*). Pasa algo extraordinario:
Los dos se van. ¿Pero cómo
Dejan á la señorita,
Y tambien á la señora?
(*Sale Pablo por el fondo*).

ESCENA VIII

ARTURO.—DOÑA JOSEFA Y CÁRMEN,
que salen de la habitacion de la primera.

CÁRMEN (*Aparte*). Arturo.
ARTURO (*Aparte*). Cármen. (*Alto*). ¿La hora
De pasear?
DOÑA JOSEFA. Necesita
Respirar el aire puro
Cármen.
ARTURO. Madre, yo quisiera
Hablar á usted. (*Ap. á Cármen*). Vuelve.
CÁRMEN (*Aparte á Arturo*). Espera.
DOÑA JOSEFA (*Á Cármen*). Ve al jardin. (*Se va Cármen*).
(*Á Arturo*). Te escucho, Arturo.

ESCENA IX

DOÑA JOSEFA.—ARTURO.

ARTURO. Hace dos años, mi madre,
Que por usted adoptado
Fuí.
DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). ¿Qué me querrá decir?
¿Sabrá por desgracia algo?
ARTURO. Y son tantos los favores
De usted en estos dos años,
Que ni con la vida misma
Alcanzara yo á pagarlos.
DOÑA JOSEFA. Exajeras.

ARTURO. No exajero.
En mi alma se formaron
Ilusiones seductoras,
Con esperanzas halagos
De no sé qué dicha inmensa
Que contemplaba soñando,
Y que se alzaba en mi vida
Como se elevan del lago
Al primer rayo del sol
Nubes de oro y alabastro.
Pero así como las nubes
El cielo van escalando,
Y ya en la altura revientan
Y vomitan muerte y rayos,
Mis ilusiones tambien
En desdichas se trocaron,
Y en el alma negras nubes
Son ¡ay! que me están matando.

DOÑA JOSEFA. Exajeras tu desgracia
Como mi bondad. El hado
Es sér caprichoso á veces,
Que si ménos lo esperamos,
Cambia el placer en dolores,
Y muda la risa en llanto;
Pero despues pasa el tiempo
Y viene el contrario cambio,
Y son los dolores gozo,
Y son las lágrimas canto.

(*Aparte*). Ménos para mí que muero,
¡Y de no morir me pasmo!

ARTURO. Entre las muchas bondades
De usted, me hizo millonario,
Por si bastante no fuera
Darme su cariño santo.

DOÑA JOSEFA. Arturo.

ARTURO. Una pretension
Hoy ante mi madre traigo.

DOÑA JOSEFA. ¿Qué quieres?

ARTURO. Si deseaba
Esplendor, riqueza y fausto,
Era por Cármen no más,
Y á Cármen me arrebataron.

DOÑA JOSEFA. Arturo, me despedazas
El corazon; mas yo....

ARTURO. Callo,
Callo dolores y penas
Ante mi deber sagrado.
¿Pero ya tanto dinero
De qué me servirá? Amparo
No podrá ser de mi vida,
Que es ya muerte.

DOÑA JOSEFA. Calla ingrato.

ARTURO. ¿Ingrato yo, cuando diera
Cuanto soy y cuanto valgo
Por mirar á usted feliz,
Porque se hiciera el milagro
De que su hijo reviviese,
Y le mirara en sus brazos?

DOÑA JOSEFA. Arturo ¿por qué lo dices?
¡Mira que me ëstás matando!

ARTURO. Perdone usted, madre mia.
Pero lleguemos al cabo
Al negocio que me trae.
Completo un millon me ha dado
Su bondad, y disponer
Quiero de él.

DOÑA JOSEFA. Mas no alcanzo
Por qué pides mi licencia,
Pues es tuyo y en el banco
Colocado está á tu nombre.
El otro con fin más santo
Lo dejo en mi testamento
Para socorro de náufragos,
Cuando dejarlo debiera
Para castigo de ingratos.

ARTURO. ¿Qué tiene usted, madre mia?
¿Qué tiene usted que me espanto?

DOÑA JOSEFA. Nada.... mas dime tu intento.
¿Qué pretendes?

ARTURO. Regalarlo.

DOÑA JOSEFA. ¿Estás loco?

ARTURO. Pero, madre....

DOÑA JOSEFA. Miéntras yo viva, te mando
Que lo conserves. (*Yéndose*). ¿Sabrá
Que Luis....? Lo pienso y me espanto.

ARTURO. (*Aparte.*) Perdóname, madre mia;
Pero yo debo, y los salvo.
(*Doña Josefa entra en su cuarto, y llega Cármen del jardin*).

ESCENA X

CÁRMEN.—ARTURO.

CÁRMEN. Al ver que Doña Josefa
Salía.... (*Apoyándose en un mueble*).
Mas no respiro....
Me ahogo....

ARTURO. ¡Gran Dios! ¿qué tienes?

CÁRMEN. Un palpitar intranquilo
En el corazon.... un sueño
Que me embarga los sentidos....
Y un dolor fiero en el alma
Que me asesina....

ARTURO. Amor mio,
¿Ves como nuestra pasion
Es tu vida, y que es preciso
Si no te quieren matar,
Que no maten mi cariño?

CÁRMEN. Es verdad, y sin embargo
Hay que matarlo. ¿Qué digo?
¡Si matarlo es imposible!
Hay que morir.
(*Desde esta escena hasta el fin del acto, debe mostrar Cármen el estado alarmante de su enfermedad, la cual se debe ir notando más y más*).

ARTURO. Yo confío
En vencer la resistencia
De tu padre.

CÁRMEN. Mi destino
Es horrible: no es mi padre
El solo obstáculo.

ARTURO. Dílo,
Para vencer ese obstáculo.

CÁRMEN. No; que es secreto, y no mio.

ARTURO. Pienso, y comprender no puedo....
Quisiera, y no lo adivino....
¿Quién se pone entre los dos?
¿Si fuera?.... Pero deliro.
Roca que altiva se alza
En mitad de mi camino,
Trozos haré tu altivez,
Verás que soy más altivo.

CÁRMEN. Es locura.

ARTURO. Es necesario
Que te salve del abismo,
Y salve á tu hermano Luis,
Y á tu padre.... Necesito
Tu cariño por vosotros,
Y no ya por mi cariño.

CÁRMEN. No te entiendo; mas si acaso
Es algun remedio, explícalo,
Pues que tal vez al saberlo
Quien lo puede y no lo quiso,
Nos devolverá la dicha
Que nos arrebata. Dílo:
Mira que con ansia aguardo.

ARTURO. No; que es secreto, y no mio.
¿Qué tienes?

CÁRMEN. Vuelve este sueño....
Este ahogo.... este delirio....
ARTURO. Pues bien, ve y díle á tu padre
Que por su vida le pido,
Y por tu honor que es el suyo,
Que consienta. Yo solícito
Voy en busca de mi madre.
CÁRMEN. (*Yéndose para el cuarto de D. Tomás*). No es á ella.... á Luis....
ARTURO. ¡Dios mio!
¿Á Luis?.... ¿Pero por qué tiemblo?
¿Á Luis?.... ¿Pero qué adivino?

ESCENA XI

ARTURO.—LUIS.

ARTURO. (*Llamando*). Luis. Luis. Ya pronto sabré
Quien la dicha me arrebata,
Quien vida y amor me mata....
Luis.
LUIS. (*Saliendo de su cuarto*). ¿Qué quieres?
ARTURO. Siéntate.
LUIS. Me place: tengo que hablar
Largo contigo.
ARTURO. Tambien
Yo, Luis. Quiero saber quien....
LUIS. Permíteme comenzar.
Yo bien sé que eres discreto,
Y de lo que vas á oír

Jura, Arturo, sin mentir
Que guardarás el secreto.

ARTURO. Lo juro, Luís.

LUIS. Bien está.
Ántes díme: al adoptarte
Doña Josefa, y dejarte
Herencia que miras ya
Como tuya, ¿si viviera
Su hijo la perdería?

ARTURO. El caudal suyo sería
Y mi adopcion nula fuera.

LUIS. Bien está.

ARTURO. Mas no comprendo....

LUIS. Tu madre.... un hijo perdió....

ARTURO. Es cierto.

LUIS. Y éste dejó
Un hijo en Lóndres.

ARTURO. (*Aparte*). Entiendo
Ya por qué á Cármen me niegan:
Ya no soy rico.... El destino
Me venga. ¡Cielo divino,
Cómo con oro se ciegan!

LUIS. Y dicen que por gozar
Una herencia agena, al nieto
Haces guardar en secreto,
Y le pudieras matar.

ARTURO. Calla, Luis, porque me infamas.

LUIS. Y de un chasco por salvarte,
Dicen que quieres casarte
Con Cármen á quien no amas.

ARTURO. Á quien tal dice, que guarde
Dios de que sepa quién es,
Pues le tendiera á mis piés.
LUIS. Si dicen que eres cobarde.
ARTURO. ¿Tú tambien? ¡Ira del cielo!
¿Cobarde, infame, ladron
Yo? Se nubla mi razon;
Siento la sangre de hielo.
LUIS. Así no extrañarás ya
Que te arroje de mi casa.
ARTURO. Esto de la raya pasa:
En ella mi madre está.
LUIS. ¿Está tu madre.... ó la herencia?
ARTURO. Si pienso que estás demente.
LUIS. Y tú, por Dios, insolente.
ARTURO. Ya se acaba mi paciencia.
Pero, Luis, oye, repara:
Si no entiendo, si me abraso.
LUIS. ¿Estás esperando acaso
El que te cruce la cara?
(*Hace el ademan, y Arturo le detiene*).
ARTURO. No; que en loco frenesí
Pienso cómo te he escuchado,
Y cómo desesperado
No te he dado muerte aquí.
LUIS. Pues marchemos.
ARTURO. No: más tarde,
Que pudieran observarnos:
Tiempo habrá para matarnos.
LUIS. Si dije que eras cobarde.

ARTURO. En lo que dices repara.
LUIS. Paciencia si es duro el trago.
ARTURO. Tú lo dijiste y yo lo hago:
Luis, yo te cruzo la cara.
(*Se la cruza, y al lanzarse Luis sobre él, aparece Doña Josefa, y los dos se detienen al mirarla*).

ESCENA XII

DICHOS.—DOÑA JOSEFA.

DOÑA JOSEFA. ¿Qué sucede?
LUIS. Que en el rostro
Me ha puesto infame la mano.
DOÑA JOSEFA. (*Tomando aparte á Luis*). ¿Y hay quien tu rostro deshonre,
Si tu rostro no es honrado?
LUIS. ¡Ah!
DOÑA JOSEFA. ¿Y tú tambien?
ARTURO. Á decir....
LUIS. Es mi secreto.
ARTURO. Me callo.
DOÑA JOSEFA. Ya pienso que imagináis
Lavar con sangre inhumanos
Eso que mancha en la honra
Llamáis. ¡Vaya por honrados!
No tenéis la honra en el alma
Sino en el rostro y las manos.
Honra que no echa raíces

En el corazon, no es árbol
Á quien el recio huracan
Quiere descuajar en vano;
Es yerba que barre el viento
Y que arrastra por los campos.
Y como tenéis la honra
En el rostro, ya no extraño
Que el viento de las palabras
Sin honra os haya dejado.

ARTURO. (*Aparte*). ¿Ella tal vez tambien cree?
¿Por qué juré? ¿por qué callo?

LUIS. (*Aparte*). Tengo la infamia en el rostro,
Y no muero ¡y no le mato!

DOÑA JOSEFA. Quien quiere alcanzar honor
Gana el honor con sus actos;
Que el honor está en el pecho,
No es su vivienda en los labios.
No es honor si de palabras
Nace, y se alimenta en manos,
Que tambien palabras miente
Y manos tiene el malvado.

ARTURO. (*Aparte*). ¡Callar cuando así me juzga!

LUIS. (*Aparte*). Siento vergüenza.

DOÑA JOSEFA. Veamos
Quién faltó para que pida
Perdon al otro.

LUIS. No falto
Jamas, ni pido perdon
Á nadie nunca.

ARTURO. Si callo

Si por guardar un secreto
No me defiendo y me agravio,
Pido perdon del insulto,
Mas fué justicia insultarlo.

DOÑA JOSEFA. Gracias, Arturo: eres noble;
Ven, que te oprima en mis brazos.

LUIS. ¡Ah!

DOÑA JOSEFA. *(Á Arturo).* ¡Que el cielo te bendiga!

LUIS. *(Aparte).* ¡Infierno, ábreme tus antros!

ESCENA XIII

DICHOS.—CÁRMEN Y DON TOMÁS,
que salen del cuarto de éste.

(*Quedan á la izquierda, primero Doña Josefa, despues Luis, y luégo Arturo ya cerca de los bastidores. Don Tomás y Cármen se ponen á la derecha*).

D. TOMÁS. Ayer mi hija me habló
De sus amores; me dijo
Que Arturo por ser mi hijo
Suspiraba. Me cegó
No sé si honra ó mentida
Soberbia. Arturo sabe
Que tuve razon y grave
Para negarme. Aflijida
Y de Arturo en nombre ha vuelto
Mi hija á solicitar;

Ya no me puedo negar,
Y casarlos he resuelto.
Tal vez el hecho le aflja
Á mi honra; mas primero
Es su dicha, y yo prefiero
La ventura de mi hija.

CÁRMEN. ¡Si lo escucho y no es creíble!

LUIS. (*Aparte á Doña Josefa*). Me dijiste: "te lo juro;
Cármen no será de Arturo."

DOÑA JOSEFA. Esta boda es imposible.

CÁRMEN. ¡Ay!

D. TOMÁS. Dios eterno ¿qué escucho?
¿Á mis canas tal afrenta?
Señora, deme usted cuenta
De este baldon.

LUIS. (*Aparte*). Sufro mucho.

ARTURO. Es, señor, que ya no puedo
Casarme.

CÁRMÉN. ¡Y él me abandona!

D. TOMÁS. ¿Qué su virtud no la abona?
¿De su honor tiene usted miedo?

LUIS. Es que primero quisiera
Ver á Cármen en la tumba
Que de Arturo.

CÁRMEN. Se derrumba
Sobre mí el mundo.

D. TOMÁS. ¿Qué fiera
Situacion que no comprendo
Es ésta? Quiero saber
Qué pasa: quiero entender
Esto, porque no lo entiendo.

DOÑA JOSEFA. Imposibles, D. Tomás,
Hay....
ARTURO. Sucesos imprevistos....
Luis y yo estamos malquistos....
LUIS. Nuestra honra misma....
CÁRMEN. ¿Esto más?
¿Y hablas de mi honra? No.
No, no se hará tal enlace;
Mas sabed que no se hace,
Porque no lo quiero yo.
Que con mi padre y mi honor
Me basta y con mi conciencia.
(*Á Luis*). Ni he menester tu licencia;
(*Á Arturo*). Ni necesito tu amor.
No tengo amante, ni madre,
Ni hermano; pero en mi duelo
Me quedan, Dios en el cielo,
Y en mi corazon mi padre.
(*Se abraza sobre su pecho*).

ESCENA XIV

DICHOS.—PABLO *que entra por el fondo.*

PABLO. (*Á Arturo*). Señor, vengo de la agencia,
Y aquí tiene usted....
ARTURO. (*Aparte*). Si habla....
PABLO. El pasaje que encargó
Para Buenos Aires.

D. TOMÁS. (*Aparte*). ¿Marcha
Él tambien?
CÁRMEN. (*Aparte*). ¿Y me abandona?
DOÑA JOSEFA. ¿Así.... sin decirme nada?
LUIS. (*Aparte*). ¿Á Buenos Aires?
PABLO. (*Á Luis*). Á usted
Traigo el suyo.
D. TOMÁS (*Aparte.*) Mi desgracia
Sabe sin duda.
DOÑA JOSEFA. (*Á Luis*). ¿Y adónde
Se marcha usted?
PABLO. Á La Plata:
Se van en el mismo buque.
Coincidencia más extraña:
Los dos me encargan pasajes
Sin saberlo esta mañana,
Y me dan otro en la agencia
Para D. Tomás.
CÁRMEN. ¿Te marchas?
Ántes que de ti me arranquen,
Me arrancarán vida y alma.
LUIS. ¿Se marchaba usted?
DOÑÁ JOSÉFA. ¿Y así
Á las dos abandonadas
Nos dejaban?
ARTURO. No sabía
Que Luis....
D. TOMÁS. Cármen, yo ignoraba
Que tu hermano....

LUIS. Que iba solo
Pensé....

PABLO. Tambien esta carta
Le he traído, D. Tomás.

D. TOMÁS. (*La toma*). De Buenos Aires.... Me embargan
Vergüenza y dolor los ojos.

CÁRMEN. Padre mio: ¿qué te pasa?

ARTURO. (*Aparte*). Tiemblo por lo que suceda.

(*D. Tomás le pasa el pliego á Luis: éste lo abre*).

LUIS. Del tribunal de La Plata.

(*Leyendo*). "Se sentencia en rebeldía
Por no haber venido al plazo,
Á D. Tomás de Madrazo
Y á D. Luis"....

CÁRMEN. ¡Padre!

D. TOMÁS. ¡Hija mia!

LUIS. "Y se hace declaracion
De su quiebra fraudulenta"....

(*Á Don Tomás*). Señor, ¿por qué tal afrenta?

ARTURO. ¡Pobre padre!

DOÑA JOSEFA. ¡Qué afliccion!

D. TOMÁS. (*Haciendo movimiento de caer á los piés de Luis*).
¡La infamia en mi senectud!
Perdon hijo, te he arruinado.

(*Luis hace movimiento de retirarse; Doña Josefa le toma del brazo, y le hace caer de rodillas, diciéndole*):

DOÑA JOSEFA. ¡De rodillas, desgraciado,
Delante de la virtud!
(*Luis cae á los piés de D. Tomás; éste y Cármen se abrazan; Doña Josefa se yergue; Arturo los contempla con tristeza*).

Telon.

ACTO TERCERO

ESCENA I

DOÑA JOSEFA.—DON TOMÁS.

D. TOMÁS. ¿El médico espera?....
DOÑA JOSEFA. Espera
Salvar á Cármen: ligero
Es el ataque; yo espero
Igualmente.
D. TOMÁS. Dios lo quiera.
¿Todavía está el doctor?
DOÑA JOSEFA. Y allí está Arturo con él,
Cuidando constante y fiel
El tesoro de su amor.

D. TOMÁS. Es noble; ¿pues con tal madre
Quién pudiera ser malvado?
Si mi Luis es desgraciado,
Es porque yo soy su padre.

DOÑA JOSEFA. Calle usted, que está infamando
Sus canas, y eso no es cuerdo.

D. TOMÁS. ¡Luis tan noble, y yo le pierdo!

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). ¡Luis noble!... me está matando.

D. TOMÁS. Usted ha sido conmigo
Más que una amiga una hermana....
Pudiera hoy.... ó mañana....
Morir.... Quedan sin abrigo
Mis hijos....

DOÑA JOSEFA. No sé por qué
Tan triste idea le aflija;
Mas Cármen será mi hija.

D. TOMÁS. ¿Y Luis? Señora, noté
Tan pronto como llegó,
Que usted no le quiere. Acaso
Como es adusto....

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). Me abraso.

D. TOMÁS. ¿Por qué no le quiere?

DOÑA JOSEFA. ¿Yo?....
Sí le quiero. (*Aparte*). Bien quisiera
No quererle.

D. TOMÁS. Le querría....

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). ¡Si le quiero!

D. TOMÁS Amiga mia,
Si cual yo le conociera.
¿Mas qué digo? Si se quiere

Á un hijo sólo por serlo,
No por bueno. Si perderlo
Pudiera.... si se muriere....
No: primero que yo muera.
Que Cármen viva, Dios mio:
Que viva Luis. ¡Hijo mio!
¡Pues yo sin ellos, qué hiciera?
¿Usted perdió un hijo?

DOÑA JOSEFA. Sí.

D. TOMÁS. ¿Pues no calmara su mal
Que viviera criminal;
Pero que estuviera aquí?

DOÑA JOSEFA. (*Aparte*). ¡Me muero! (*Alto*). Voy, que (el doctor
Me está esperando. (*Aparte yéndose*). (Dios mio,
¿Mi rigor delito impío
Es, ó crímen es mi amor?
(*Entra en su cuarto*).

ESCENA II

DON TOMÁS.—*Despues* LUIS.

D. TOMÁS. Sí; que mañana reciba
Mi cuerpo la tumba helada;
Pero que mi hijo viva,
Que viva mi hija amada.

LUIS. (*Saliendo, aparte*). Mi padre.

D. TOMÁS. Iba á buscarte,
Pues quiero estar junto á tí.
Tengo tanto que contarte....
Siéntate.... cerca de mí.
No estés enojado.

LUIS. ¿Yo?....

D. TOMÁS. Un solo dia.... no más....
Mañana.... No, hijo, no;
No fuí criminal jamas:
Fué la desgracia.... un malvado
Que nos robó.... pero Dios
Es grande, y Él ha cuidado
Siempre de tí.... Niño, en pos
Del saber, eras muy niño,
Fuiste á Lóndres á estudiar.
¿Qué podía mi cariño?
No te pude acompañar.
¡Ay, muchos años pasaron
Sin que yo volviera á verte!
¡Cómo mis ojos lloraron!
¡Cómo temía perderte!
Cuando supe que volvías,
Presa de inmenso pesar
Soñé una vez, que te hundías
En las olas de la mar.

LUIS. *(Aparte).* ¡Ah!

D. TOMÁS. ¡Pero al verte en mi pecho
Cómo gozé! Si creí
Que no eras tú.... Deshecho
Tu recuerdo ya....

LUIS. *(Aparte).* ¡Ah de mí!
D. TOMÁS. ¡Cómo gozé al ver tu frente
En que el rayo del saber
Brillaba claro, esplendente!
¿Has contemplado nacer,
Rompiendo el duro capullo,
Á la bella mariposa?
Salía así con orgullo
De tu frente tu alma hermosa.
Y no eras tú el orgulloso,
No lo eras, hijo, no:
De tu saber prodigioso
El orgulloso era yo.
Al verte cerca de mí,
Mi hijo, mi bien, mi consuelo,
¡Cómo te bendije á tí,
Y cómo bendije al cielo!
LUIS. *(Aparte).* Tengo vergüenza.
D. TOMÁS. ¡Si olvido
Junto á tí nuestros pesares!
LUIS. *(Aparte).* ¡Que no me hubiese yo hundido
En el fondo de los mares!
D. TOMÁS. Si torpe fuí ó descuidado,
Sé que me perdonarás.
Es verdad, hijo adorado,
Que nunca me olvidarás?
LUIS. Señor....
D. TOMÁS. Te dejo un momento....
Voy á escribir.... El doctor
Llegó ya.... Cármen aliento

Recobrará, y el vigor
Le volverá.
(*Entra en su cuarto*).

ESCENA III

LUIS.—*Despues* PABLO.

LUIS. Ni los ojos
Pude alzar en su presencia,
Fingiendo ver sus enojos.
¿Será verdad que hay conciencia?
(*Entra Pablo del fondo con una caja de pistolas*).
Pablo, ¿qué llevas?

PABLO. Ha poco
Sus pistolas á limpiar
Me dió el señor.

LUIS. (*Aparte*). Estoy loco.
(*Alto á Pablo*). Allí está: puedes entrar.
(*Entra Pablo en el gabinete de D. Tomás*).
¿Qué hacer? Arturo me dijo
Que era nula su adopcion
Siempre que viviese el hijo....
Hoy una resolucion
Es necesario que tome....
Sí, Cármen se salvará;
Y no habrá fuerza que dome
Mi voluntad.

(*Pablo sale, se vuelve á la puerta del gabinete de D. Tomás, y como contestándole dice*):

ABLO. Bien está.
LUIS. Pablo, díme para qué
Esas pistolas quería
Mi padre.
PABLO. Pues no lo sé.
Sin duda que las vería
Muy sucias; tal vez por eso
Las mandó limpiar; estaban
Casi inútiles.
LUIS. (*Aparte*). El seso
Pierdo.
PABLO. Mas no las limpiaban....
LUIS. ¿Y Cármen?
PABLO. Está mejor.
¡Cuántas desgracias, Dios santo!
¡Quiebra, miseria, dolor,
Enfermedades y llanto!
¿Pero cómo suponer
Que no era usted el hijo....?
LUIS. Ya te dije que has de ser
Mudo en esto: te lo exijo.
PABLO. No lo contaré; lo dije,
Y nunca de cumplir deja
Nada Pablo; mas me aflije,
Señor, que Doña Josefa
No sea madre de usted.

LUIS. No es el caso extraordinario.
PABLO. Hijo de ella, su merced
Sería hoy millonario.
Pero afuera la tristeza,
Hay que tener desparpajo,
Que al fin la mayor riqueza
De este mundo es el trabajo.
LUIS. ¡El trabajo!
PABLO. Sí, señor:
Levantarse muy temprano,
Y trabajar con ardor
La mañana: esto es muy sano.
Y despues volver de priesa
Á tomar cualquier bocado,
Que incita sobre la mesa
Por el hambre sazonado.
Yo sé que á los ricos dan
Mil manjares deliciosos;
Mas como sin hambre están
No los encuentran sabrosos.
Pero al pobre la fatiga
Hambre y sed le da, y es justo
Que encuentre buena la miga
Y el mal vino de su gusto.
Y en la noche cuando llega
Á dormir sobre su manta,
Ya los ojos no despega
Hasta que el sol se levanta.
No da hambre la saciedad
Ni sueño un lecho lujoso:

Sólo da felicidad,
Señor, un trabajo honroso.

LUIS. Y es verdad, ¡cuántas pasé
Noches que fueron pesares!
¡Cuántas veces no probé
En la mesa los manjares!
Fuego mi frente devora:
Voy á respirar la brisa
Al jardin. (*Se va para el jardin*).

ESCENA IV

DOÑA JOSEFA.—PABLO.

DOÑA JOSEFA. (*Saliendo*). Pablo.
PABLO. Señora.
DOÑA JOSÉFA. Llama á Arturo.
PABLO. (*Yéndose para el cuarto de Arturo*). Voy de prisa.

ESCENA V

DOÑA JOSEFA.—*Despues* ARTURO.

DOÑA JOSEFA. Vírgen santa, ya que sufro
Por mi hijo tantos duelos,
Te pido que al pobre padre
Su hija le conserves.
(*Entra Arturo.*)

DOÑA JOSEFA. Quiero
Que hablemos un rato, hijo.

ARTURO. Pues bien, madre mia, hablemos.
DOÑA JOSEFA. Cármen, segun el doctor,
Está ya fuera de riesgo.
ARTURO. Fué por fortuna un amago
Pero no un ataque serio.
DOÑA JOSEFA. Á la hija das tu amor,
Y tu capital entero
Al padre quisiste dar.
ARTURO. Es verdad, y no lo niego.
Los mandatos de mi madre
Por él desobedeciendo,
Á Buenos Aires marchaba
Con el propósito hecho
De pagar sus deudas.
DOÑA JOSEFA. Hijo,
Yo voy á hacerlo.
ARTURO. ¡Qué bueno
Es Dios; y usted, madre mia,
Qué buena es tambien!
DOÑA JOSEFA. Sabiendo
Penas de un hombre tan noble,
Y pudiendo dar remedio
Á sus males, recordé
Que había en mi testamento
Cláusula en que mi fortuna
Para los naúfragos dejo.
¿Qué más náufrago que un padre
Que ya en sus años postreros
Honrado se ve en la ruina,
Y en la infamia noble siendo?

Es el mundo entónces mar
De pesares y tormentos,
Es la vida débil barca
Que azota huracan deshecho,
Son las miradas relámpagos,
Las quejas del alma truenos,
Y las lágrimas son lluvia,
Y son los suspiros vientos.
¿Quién puede salvar al náufrago
Y no le salva pudiendo?
¿Al náufrago.... mas qué digo?

ARTURO. ¿Le vuelve á usted el recuerdo
De su hijo?

DOÑA JOSEFA. Calla, Arturo.
Parece, oh Dios, que le veo,
Que estaba ya el alma muerta
Porque no lo estaba el cuerpo,
Hundido en las negras olas,
No del mar, del vicio horrendo,
Presa ya, no de los peces,
Sino presa del averno.

ARTURO. Madre, está usted delirando.

DOÑA JOSEFA. Si es un delirio, es tremendo....
Que se hunde ya para siempre....
Que se pierde.... que le pierdo....
Dios santo, dame tu fuerza;
Dios santo, dame tu aliento.
¿Quién puede salvar al náufrago
Y no le salva pudiendo?

ARTURO. Madre, por Dios.

DOÑA JOSEFA. Voy con Cármen
Á hablar.... No puedo.....no debo
Si ya miro que es un crímen
Lo que estoy contigo haciendo....
Adios, hijo.
(*Le besa y se va*).

ESCENA VI

ARTURO.—LUIS.

LUIS. (*Que ha visto desde el fondo la despedida de Doña Josefa, dice aparte*):
¡Y él me roba
De mi madre hasta los besos!
¡Si yo me dejé sin madre!
¡Si es mi vida ya un infierno!
(*Alto y adelantándose*). Arturo.
ARTURO. Luis.
LUIS. Necesario
Es que consulte contigo
Mi situacion. No presumas
Que por esto echo en olvido
Que hay entre nosotros dos
Una ofensa y un abismo.
ARTURO. Luis ¿por qué rencor tan grande?
Otra vez perdon te pido,
Pues al ofenderte, Luis,
No fuí dueño de mí mismo.

LUIS. ¿No sabes por qué el rencor
Hace en mi pecho su nido?
¿No sabes que siento ya
Odio al mirarte, y concibo
Con el odio la venganza,
Y tu vida necesito?

ARTURO. Luis....

LUIS. Porque tú me has quitado
Cuanto en el mundo era mio.
Te hablé de un nieto.

ARTURO. Me hablaste.

LUIS. Era mentira: es el hijo
El que vive, que no ha muerto.

ARTURO. ¿Pero por qué no ha venido?

LUIS. Viene ya; quiere su herencia,
Su nombre, el amor bendito
De Cármen.

ARTURO. ¿De Cármen?

LUIS. Sí;
Inmenso es el amor mio:
Arturo, no soy su hermano.

ARTURO. ¡Qué dices....? Sueño.... deliro....

LUIS. Que tu nombre y tus millones,
Arturo, son sólo mios;
Y que vengo á reclamarlos,
Que tenerlos es preciso;
Que es mi madre, que es mi amada,
Que es mi hacienda; que me miro
En la ruina, en la miseria,
Y por mi herencia soy rico;

Que huérfano estoy con madre,
Y no tengo su cariño;
Y que sin Cármen la vida,
Ni siquiera la concibo.

ARTURO. (*Aparte.*) ¡Horrible revelacion!

LUIS. ¿Qué piensas?

ARTURO. En tu delito.
Todo lo comprendo ya:
Suplantaste un nombre, á un hijo;
Y Dios te puso de Cármen
Al lado por tu castigo.
Buscabas oro, y la ruina
Encontraste en tu camino;
Y hoy te acuerdas de tu madre:
¡Eres modelo de hijos!

LUIS. Es que me asiste el derecho:
Aquí, Arturo, me lo has dicho.

ARTURO. Acta existe de tu muerte,
Y la has firmado tú mismo:
Ante la justicia basta.

LUIS. ¿Mas si pruebo....?

ARTURO. Tu delito
Probarás, y que usurpado
Has los derechos de hijo;
Y en vez de tomar la herencia,
Encontrarás el presidio.

LUIS. Es decir que muerto estoy
Para la fortuna, y vivo
Para la infamia.

ARTURO. Esto es

Que al fin encuentra el castigo
El malvado, y que recoje
Desdichas quien siembra vicios.

ESCENA VII

DICHOS.—CÁRMEN *saliendo.*

CÁRMEN. ¡Arturo! (*Deteniéndose al ver á Luis*).
¡Luis!
LUIS. ¿Qué le quieres?
¿Por qué callas? Díle luégo,
Cármen, que á mí le prefieres.
CÁRMEN. Cálmate, yo te lo ruego.
Me habló tu....
LUIS. Dí ya mi madre:
Arturo lo sabe.
ARTURO. Sí.
LUIS. Mas no lo sepa tu padre
Nunca. No quiero, ay de mí,
Que un anciano tan honrado
Pueda escupirme á la cara;
Que con ser yo tan malvado
Esa afrenta me matara.
CÁRMEN. Pues bien, tu madre ha creído
Que fuera ofender á Dios....
LUIS. Sigue, por Él te lo pido.
CÁRMEN. Separarnos á los dos....
Arturo y yo....

LUIS. Bien lo sé....
ARTURO. Luis....
LUIS. Lo he querido yo mismo....
Con el vicio tropecé
Y dí al fondo de un abismo....
En mi delirio soñaba
Riquezas, poder y amor....
Y el cielo me reservaba
Miseria, infamia y dolor....
CÁRMEN Y ARTURO. ¡Luis!
LUIS. Dejad que de mis ojos
La rabia brote á raudales....
Dejad, si piso en abrojos
Que grite al fin.
CÁRMÉN. Celestiales
Consuelos....
LUIS. No para mí.
Dejadme; idos los dos.
CÁRMEN. ¿Pero te quedas así?
ARTURO. Mas Luis....
LUIS. Dejadme, por Dios.
(*Se van por la izquierda Cármen y Arturo*).

ESCENA VIII

LUIS.—D. TOMÁS *despues.*

LUIS. Solo estoy en la presencia
De mi delito.... y no puedo

Estar solo.... tengo miedo....
¿Será verdad que hay conciencia?
¿Por qué no me ahogó mi madre
Al nacer entre sus brazos?
En el mundo ya sin lazos
Estoy.... (*Viendo á D. Tomás que asoma como espiando si hay alguno*).

(*Aparte*). El que fué mi padre.

(*Alto*). Señor....

D. TOMÁS. Que nadie estaría
Aqui pensé....

LUIS. Cármen vino....
Está ya bien.... é imagino
Que tendrá gran alegría
De ver á usted....

D. TOMÁS. No sé qué
Venía á buscar.... (*Aparte*). Estoy
Loco.

LUIS. Pero Cármen....

D. TOMÁS. Voy.
(*Se dirije á la puerta de su gabinete y la cierra. Yéndose por la izquierda, y aparte viendo á Luis*).
Que se vaya y volveré.

ESCENA IX

LUIS.—DOÑA JOSEFA *despues.*

LUIS. ¿Qué hacer? Imprudente fuí;
He sido torpe, indiscreto:
Era mi fuerza el secreto;
Y necio me descubrí.
¿Qué hacer?.... horrible es mi suerte...
¿Qué hacer?.... En su habitacion
Las pistolas.... Corazon,
No tiembles ante la muerte.
La muerte.... sí.... en mi camino
El destino me la ha puesto.
Corazon.... ¿tiemblas?.... ¿qué es esto?
Cumplamos con mi destino.
(Se dirije á la puerta del gabinete de Don Tomás, y la encuentra cerrada).
¡Cerrada está, y siempre abierta
Es para cualquiera paso!
¿Misterio ó crímen acaso
Se esconden tras esta puerta?
Si á romper las ligaduras
Voy que á la vida me atan,
Tengo manos que desatan
El alma y las cerraduras.
(Despues de algunos esfuerzos, abre la puerta y entra).

DOÑA JOSEFA. *(Entrando).* Más que el amor de una madre
Es la voluntad de Dios:

Sean felices los dos,
Aunque mi pecho taladre
La pena del hijo mio;
Que hoy ante la verdad siento,
Que si le hice un juramento
Fué mi juramento impío.

LUIS. (*Saliendo demudado y con una carta en la mano*).
¡Mi madre!....

DOÑA JOSEFA. ¡Luis! Tu semblante
Lívido está: ¿qué te pasa?

LUIS. Que desde que en esta casa
Entré, marcho delirante,
De un dolor en una pena,
De un crímen en un delito;
Y arrastro mi ser maldito
Como arrastra su cadena
El presidiario. Ya loco,
Iba á quitarme la vida....

DOÑA JOSEFA. ¡Luis!

LUIS. Madre....

DOÑA JOSEFA. ¿Tambien suicida?
Decirte infame, es muy poco.
Despues de usurpar un nombre,
Gozar riquezas agenas,
¿Quieres la vida y las penas
Robar que Dios le da al hombre?
¿Por qué tanta fuerza el vicio
Y poder tan grande tiene,
Que el hombre no se detiene
Hasta el fin del precipicio?

De un crímen en otro en pos
En su existencia maldita,
Hasta la vida se quita
Que no es de él, sino de Dios.
Mas cuéntame....

LUIS. Don Tomás
Mandó á Pablo que limpiara
Sus pistolas....

DOÑA JOSEFA. ¡Cosa rara!

LUIS. Salió de aquí....

DOÑA JOSEFA. ¿Acabarás?

LUIS. Solo su cuarto, el momento
Era propicio y entré;
Pero en la mesa encontré
Esta carta....

DOÑA JOSEFA. ¡Hielo siento
En las venas!

LUIS. Dirijida
Á mí. Temblando la abrí....

DOÑA JOSEFA. ¿Pero qué contiene? dí.

LUIS. Que no puede ya en la vida
Tener dicha sin honor....

DOÑA JOSEFA. Lee....

LUIS. (*Leyendo*). "Mi ángel, tú y tu hermana
Huérfanos seréis mañana"....

DOÑA JOSEFA. ¡Ángel! ¿y no te da horror
Que te llame ángel el hombre
Cuyo amor has usurpado,
Cuya vejez has mofado,
Y á quien robas hasta el nombre?

Si demonio te llamara,
Acaso lo comprendiera.
Sigue.

LUIS. No; que no pudiera
Aunque quisiese.

DOÑA JOSEFA. La cara
Alza, que la oigas deseo....
La carta voy á leerte....
Como sentencia de muerte
Que dice el verdugo al reo.

LUIS. ¡Madre!

DOÑA JOSEFA. Calla. (*Leyendo*). "La riqueza
Que de tu madre heredaste,
Buen hijo me confiaste;
Y te dejo en la pobreza."
¡Buen hijo! ¡Sin duda alguna
Te conoce Don Tomás!

LUIS. ¡Por el cielo!

DOÑA JOSEFA. Oye. (*Leyendo*). "Jamas
Dilapidé tu fortuna;
Siempre trabajé afanoso
Por tu nombre y posicion;
Y hoy me parezco ladron
De tu dinero." Espantoso
Es que al ladron el robado
Le dé cuentas: ¿no es verdad?

LUIS. Piedad.

DOÑA JOSEFA. Escucha.

LUIS. Piedad.

DOÑA JOSEFA. Escucha: no he terminado.
(*Leyendo*). "Si perdimos la riqueza
No perdamos el honor,
Por eso encargo á tu amor
De tu hermana la belleza."
¿No te da vergüenza y miedo
Que al seductor y al malvado
Fie la vírgen? ¡Desgraciado!

LUIS. No sigas.

DOÑA JOSEFA. Si ya no puedo.
No sé si llanto ó enojos
Mi vista nublando están;
Pero siento un huracan
De sangre sobre mis ojos.
Y debo ser justiciera
Aunque me cause la muerte....

LUIS. Eso nunca....

DOÑA JOSEFA. ¡Si es la suerte
Que te debo!

LUIS. ¡Madre!

DOÑA JOSEFA. Espera.

LUIS. ¡Por piedad!

DOÑA JOSEFA. Óyeme atento.
Ayer injusta y cruel
Te hice un juramento, aquel
Fué un infame juramento.
Si rompes todos los lazos
Con que el Hacedor te ató,
¿Ese juramento, yo
No debo hacerlo pedazos?

Como era pobre tu madre,
Por pasajeras riquezas
La dejaste; y por grandezas
Hasta el nombre de tu padre
Abandonaste. Buen hijo
Con el padre que escojiste
Debes ser.... si no pudiste
Serlo conmigo.... y exijo
De tí que vida y honor
Le devuelvas....

LUIS. No comprendo...

DOÑA JOSEFA. Cármen está padeciendo
Por causa tuya.... y su amor
Debe volverle su hermano,
Y su dicha.... de seguro....
Cásala pues con Arturo....
Para él te pido su mano.
Y mira: en esta cartera
En libranzas un millon
Hay.... Una buena accion
Haz; y que sea la primera....
Es tu herencia.... mas yo creo
Que contento la darás
Por que pueda Don Tomás
Cubrir sus deudas.... Deseo
Verte pobre, abandonado....
Así á tu madre dejaste....
Quiero finjir que tornaste
De Inglaterra ya educado
Á buscar en mi cabaña,

No delirios ni grandeza,
Sino la santa pobreza
De nuestra hermosa montaña.
Y que no es posible cuenta
Otra cosa que callar:
Tu crímen puede encontrar,
Si hablas, castigo y afrenta.

LUIS. Estoy dispuesto ya.

DOÑA JOSEFA. Arturo
Con Cármen se casará;
Y Don Tomás vivirá
Feliz con ellos: lo juro.

LUIS. Mas no sepa Don Tomás....

DOÑA JOSEFA. ¿Para qué hacerle sufrir?

LUIS. Si ya no puedo vivir.

DOÑA JOSEFA. Si á tu pesar vivirás.
Dichosos ellos, los dos
Partiremos para España....
Nos espera mi montaña....
Te quedan tu madre y Dios.
Á Don Tomás daré aviso
De que moriste al tornar
Á España, y que la honda mar
Fué tu sepulcro. Es preciso
Que al fin triunfe la verdad,
Y que al fin llore á su hijo.

LUIS. Pero madre....

DOÑA JOSEFA. Te lo exijo.

LUIS. Hágase tu voluntad.
Mas que no le vuelva á ver,
Que me espanta su presencia.

DOÑA JOSEFA. ¡Qué buen juez es la conciencia!
¡Cómo vas á padecer!
Diré que partiste ya:
Entra en tu cuarto y espera.
LUIS. (*Entrando*). ¡Si de dolor me muriera!
DOÑA JOSEFA. ¡Si tu madre viva está!

ESCENA X

DOÑA JOSEFA.—DON TOMÁS.—CÁRMEN.—ARTURO.

D. TOMÁS. Me dice Arturo que usted
Quiere hablarnos.
DOÑA JOSEFA. Sí por cierto;
Pues á peticion de Luis
Voy á confesar mis yerros,
Y á los males que he causado
Á poner justo remedio.
CÁRMEN. ¿De Luis?
ARTURO. ¿De él?
DOÑA JOSEFA. Les suplico
Que me oigan un momento.
(*Á Don Tomás*). Usted comprender no pudo
Ayer el raro misterio
Que hizo que yo me negara
De Cármen al casamiento.

CÁRMEN. (*Aparte*). ¿Qué irá á decir, cielo santo?
ARTURO. (*Á Doña Josefa*). No lo diga usted.
DOÑA JOSEFA. (*Á Arturo*) Silencio.
(*Á Don Tomás*). Hay acciones que avergüenzan,
Y son por eso secretos.
D. TOMÁS. ¿Avergonzarse? ¿de qué?
ARTURO. (*Aparte*). ¿Qué va á decir?
CÁRMEN. (*Aparte*). Toda tiemblo.
DOÑA JOSEFA. Ya sabíamos la quiebra....
Luis tuvo carta....
D. TOMÁS. Comprendo.
DOÑA JOSEFA. ¿Y qué queréis?.... una madre....
D. TOMÁS. Yo, señora, no me quejo.
DOÑA JOSEFA. Tampoco Luis creyó honroso
El ya pactado proyecto
De unir á Cármen y á Arturo,
Por temor que el casamiento
Se viera como negocio
Y no como amor sincero.
D. TOMÁS. Por eso me opuse yo.
¿Pero su viaje?
DOÑA JOSEFA. Sabiendo
La quiebra, y no la sentencia,
Creía que áun era tiempo
De impedir esa desgracia.
D. TOMÁS. ¡Ah, si mi Luis es muy bueno!
DOÑA JOSEFA. Verá usted que bueno es.
CÁRMEN. (*Á Arturo*). ¿Qué pasa, Arturo?
ARTURO. No entiendo.

DOÑA JOSEFA. Sabe usted que relaciones
Tiene con ricos banqueros
De la Habana....

D. TOMÁS. No sabía.

DOÑA JOSEFA. Tiene un prodigioso invento
De máquinas.... no sé qué....
Que dará mucho dinero....
Y á venderlo esta mañana
Fué sin pérdida de tiempo....
Lo compraron al instante....

D. TOMÁS. ¿Y cómo no? Por supuesto:
Si mi Luis es todo un sabio,
Es un famoso ingeniero.

DOÑA JOSEFA. Pues lo vendió en un millon,
El cual, Don Tomás, le entrego
En letras sobre La Plata. (*Le da la cartera*).

D. TOMÁS. ¡Mi Luis! Abrazarle quiero.

DOÑA JOSEFA. El caso es que como urgía
Poner en planta el proyecto,
Que partiera para España
Al instante le exijieron,
Y evitar quiso la pena
De la despedida; al puerto
Marchó ya; tal vez su nave
Empuja ya el raudo viento.
Usted parta sin demora;
Para salir está presto
El vapor de Buenos Aires;
Los tres billetes que á un tiempo
Trajo Pablo, servirán,

Pues el antiguo proyecto
De unir á Cármen y á Arturo
Usted cumplirá.

ARTURO. (*Á Doña Josefa*). No puedo
Consentir.

DOÑA JOSEFA. (*Á Arturo*). Si eres mi hijo,
Obedéceme.

ARTURO. Obedezco.

DOÑA JOSEFA. Yo á morir donde nací
Á mis montañas me vuelvo.
Mandé que los equipajes
Se alistaran, y no hay tiempo
Que perder: ustedes deben
Ponerse en camino luégo.

D. TOMÁS. ¡Ay, y sin ver á mi Luis!
Si tengo un presentimiento....

DOÑA JOSEFA. Pronto sabrá usted de él.
Adios.

D. TOMÁS. Adios.

ARTURO. Yo no puedo.....

DOÑA JOSEFA. (*Abrazándole*). Adios, hijo de mi alma.
(*Á Cármen*). Adios; bendígate el cielo.
(*Se van por la izquierda*)
(*Á Luis*). Sal: ya se fué Don Tomás.

LUIS. (*Saliendo*). Que pronto me crea muerto.

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA JOSEFA.—LUIS.

DOÑA JOSEFA. Buscaste oro, y tu oro
Ya se lleva Don Tomás,
Y ya no me queda más
Que mi pobreza y mi lloro.
Buscaste amor con delirio
Y un nombre ilustre y honrado,
Y tu nombre está manchado,
Y tu amor es tu martirio.

LUIS. (*Viendo pasar por el jardin, ya de viaje, á Don Tomás, á Cármen y á Arturo*).
¡Se van!

DOÑA JOSEFA. Se van: tu riqueza
Soñada, tu ilustre nombre,
Tu altivo orgullo de hombre,
Y su amor y su belleza.
Eres desgraciado ya,
Y tu desdicha has causado;
Mas cómo eres desgraciado,
De tí no se apartará
Tu madre, los ojos fijos
De tu suerte en el rigor;
Que una madre en el dolor
No se aleja de sus hijos.

LUIS. Quedamos solos los dos.

DOÑA JOSEFA. Yo no te abandonaré.

LUIS. ¡Ay! y yo te abandoné!
(Cayendo de rodillas). ¡Perdon!

DOÑA JOSEFA. ¡Pídeselo á Dios!

Telon.

EL MUNDO DE AHORA

COMEDIA EN CINCO ACTOS

Y EN PROSA.

PERSONAJES.

Eleonora, bailarina italiana.
Ernestina, actriz francesa de la ópera bufa, retirada.
John Bull, su marido, comerciante de Kentucky.
El marqués de Arlington, inglés.
D. José Peñúñuri, banquero español.
Antonio Rossi, ministro de Italia.
Valdemiro Krauss, tenor aleman.
El general D. Jaime Souza, brasileño.
Laura..... } sus hijas.
Martina.... }
Buttler..... }
Carlisle..... } jóvenes americanos.
Tenysson.... }
Giussepa, nodriza de Eleonora.
El superintendente de la policía metropolitana, Criados. Policías.

La escena pasa en la ciudad imperial de Nueva York.

187.....

ACTO PRIMERO.

Salon de un boarding-house.

ESCENA I

ELEONORA.—GIUSSEPA.

ELEONORA (*Llegando de la calle*). ¿No ha venido aún Valdemiro?

GIUSSEPA. No ha venido.

ELEONORA. Parece imposible. Anoche he tenido un triunfo, un verdadero triunfo, en la Academia de música. He bailado como nunca. Ni la Montaubry, ni la Biancholini, han podido hacer más en Paris y Roma. El público llegó al colmo del delirio. Sus aplausos semejaban el estruendo del Niágara. El escenario parecía un gran tapiz de flores, pues de todas partes llovían ramos á mis piés. Y cuando he tenido una ovacion tan entusiasta, ¿no te parece que Valdemi-

ro debería estar ya aquí, felicitándome, siendo el primero en venir á darme la enhorabuena?

GIUSSEPA. Ciertamente; él debía ser el primero.

ELEONORA. Me voy á morir de cólera. si bajan ántes el necio general brasileño, y sus dos ridículas hijas, que me aplaudían anoche y me saludaban, para que viese yo el honor que me hacían. Son inaguantables.

GIUSSEPA. Quien ya bajó, fué el banquero español.

ELEONORA. Ese hombre me repugna. No sé qué veo en su fisonomía de lóbrego: parece la puerta de una prision; se adivinan á traves de ella, crímenes espantosos.

GIUSSEPA. Dicen que es sumamente rico.

ELEONORA. Riquísima es la fachada egipcia de las Tumbas, y me dió pavor cuando por curiosidad de viajera entré en esa cárcel.

GIUSSEPA. Me parece que está muy enamorado.

ELEONORA. No seas necia. ¡Y será muy capaz de no venir!

GIUSSEPA. ¿Quién?

ELEONORA. ¿Quién ha de ser? Valdemiro. Ame usted á un hombre; conságrele usted todos sus pensamientos; dedíquele toda su existencia.... ¿para qué?.... Para que la abandone; para que la olvide; para que la engañe. Sí; porque estoy segura de que me engaña, ó por lo ménos, de que ya lo piensa. Es increíble que sean ya las once, y que no haya venido

á felicitarme. ¿Entónces para qué bailé luciendo los primores más exquisitos de la gran escuela? ¿Para qué me aplaudió á rabiar el público? ¿Para qué me hizo repetir el paso? ¿Para qué, si el señor Valdemiro no tiene prisa de cumplimentarme por mi triunfo?

GIUSSEPA. Como italiana, eres muy ardiente; y el señor Krauss, como aleman, es muy frio. Tú hubieras querido verle desde el amanecer á tus plantas. Por eso te levantaste muy temprano, y no pudiendo sufrir la impaciencia, saliste á la calle.

ELEONORA. Salí para ir á la iglesia: sabes que voy todos los dias.

GIUSSEPA. Pero nunca tan temprano. Este carácter volcánico es propio de nosotras las italianas: todas tenemos algo de Vesubio en el alma. El señor Valdemiro, como buen aleman, habrá ido primero á rasurarse para no venir con el rostro sucio, lo cual sería una inconveniencia; y ahora estará almorzando, pues las papas son el combustible de esas locomotoras humanas del Norte: sin el combustible no pueden andar.... ni pensar.

ELEONORA. No deja de ser gracioso lo que dices. Segun tu teoría, las papas y la cerveza, supongo que la misma opinion tienes de la cerveza. habrían producido la portentosa filosofía alemana. Pues mira, ya voy creyen-

do que tienes razon: hay en todo lo de Alemania algo de papas y cerveza. Ménos en la música: en ésa no. Yo adoro á Meyeerber: tengo mis motivos. Pero tocan el timbre de la calle. Vé á ver si es Valdemiro. (*Sale Giussepa*). Voy á dar una leccion á ese ingrato. No le he de ver.
(*Se sienta en un sillon, volviendo la espalda á la puerta*).

ESCENA II

ELEONORA.—ARLINGTON.

ARLINGTON. Buenos dias. Parece que no está aquí la ninfa de esta gruta encantada.

ELEONORA. (*Sin volverse*). No, señor, no estoy.

ARLINGTON. Esto sí tiene gracia.

ELEONORA. Es que no quiero verte, ingrato, traidor.... (*Lo dice poniéndose de pié y dirigiéndose á Arlington en la creencia de que es Krauss; pero al verle, se retira contrariada*).
¡Ah! ¿es usted, señor Arlington....? Perdone usted.... Yo creía....

ARLINGTON. (*Riéndose*). ¡Ja, ja, ja! Parece que he sorprendido un secreto.

ELEONORA. Señor....

ARLINGTON. Pero dejemos eso, puesto que la mortifica. Tenga usted la bondad de aceptar este pequeño ramo de rosas. Son raras en invier-

no. Es mi humilde ofrenda por el triunfo de anoche. Estuvo usted admirable.

ELEONORA. Son muy bellas, y las agradezco en el alma.

ARLINGTON. Habrá usted recibido hoy muchas felicitaciones.

ELEONORA. Las de usted son las primeras.

ARLINGTON. Lo que me llena de gozo. Sí; estuvo usted asombrosa. Yo adoro el baile. No me dé usted á la Nilsson cantando, ni á la Patti, ni á la Fricci, ni á la Albani. No me dé usted á los trágicos: ni á Salvini, ni á Rossi, ni á Booth. Déme usted baile, nada más baile, y nada más á Eleonora.

ELEONORA. Es usted muy galante.

ARLINGTON. Dicen que soy excéntrico. Todos los pintores han figurado el cielo lleno de ángeles, cantando los unos, tocando otros arpas, y otros violines ó violones. Yo voy á mandar pintar á Gérome ó á Gustavo Doré, un cielo con ángeles bailando. Ése es mi cielo. Es decir, usted Eleonora, es mi cielo.

ELEONORA. Es usted muy amable. Pero creo que no debe desdeñarse el canto. ¿No le agrada á usted Meyeerber?

ARLINGTON. Sí; es un genio musical. Precisamente su autoridad me sirve para demostrar lo excelso del baile. Sus grandes óperas tienen como elemento principal los bailables.

ELEONORA. Es mi autor predilecto.

ARLINGTON. ¡Ah! ya comprendo. Usted prefiere al maes-

tro aleman, porque ama usted á un tenor aleman.

ELEONORA. Arlingotn....

ARLINGTON. Eleonora, desde que conocí á usted, quise informarme de su vida y de sus costumbres. Dirá usted que esto es una indiscrecion; pero me agrada conocer bien á las personas á quienes trato. Supe que es usted hija de un antiguo coronel del ejército piamontes y de la hermana del conde Ciccione; que muy niña quedó usted sin padre, y que por haberse casado la madre de usted contra la voluntad de su hermano el viejo y egoista conde, sí, viejo y egoista, le conozco, le negó su proteccion; que obligada á entrar en el Conservatorio de Milan para formarse una carrera, salió usted de allí la primera bailarina de Italia; que en el teatro ha sido usted admirada como un modelo de virtud, á pesar de que ha muerto tambien su buena madre: y supe naturalmente los amores de usted y de Krauss, amores en que no creo mucho, porque yo dudo de todo.

ELEONORA. ¿De todo?

ARLINGTON. De todo. Por eso me llaman extravagante, excéntrico. Pero cuénteme usted cómo penetró el amor en ese corazon de ángel.

ELEONORA. Voy á contárselo, que le veo como á un bueno y leal amigo.

ARLINGTON. Ya escucho.

ELEONORA. Acababa yo de perder á mi madre; me encontraba sola en el mundo: me parecía que caminaba yo sin conciencia por un inmenso vacío. Fueron á sacarme una noche del luto de mi pobre bohardilla, para que fuese yo á bailar en el *Roberto el Diablo*: la primera bailarina de la Scala se había enfermado. Ustedes, las gentes del mundo, que van al teatro solamente á divertirse, no comprenden nuestros sufrimientos, cuando con el dolor en el alma, salimos á la escena, cubriendo nuestro rostro con máscara de sonrisas. Llegué á la Scala: me vestí; comenzaba el acto del cementerio; era preciso atraer con encantamientos á Roberto, para que tomase la rama encantada; salí con sonrisas en los labios.... ¡con lágrimas en los ojos!

ARLINGTON. Y el público, entretanto, se ríe, ¡ó bosteza!

ELEONORA. Estaba yo como fuera de este mundo. Me parecía que andaba yo por nubes. Se me borraba el salon; y solamente veía una gran irradiacion de luz. Roberto era como sombra impalpable que yo atraía al precipicio y que me seguía sin voluntad, por una especie de influencia magnética. La orquesta tocaba esa inspiracion, ese ensueño, ese delirio, que solamente Meyeerber pudo crear. Iba ya Roberto á tomar la rama.... me incliné.... le besé la frente.... la tomó....

y un aplauso estruendoso resonó por todo el salon. Pidieron la repeticion, no con entusiasmo, sino con frenesí. Yo estaba como fuera de mí misma. No le habia visto el rostro á Roberto. Al besarle, mis ojos se habían cerrado. Volví á comenzar el baile; volví á atraerle hacia la rama encantada.... iba á besarle segunda vez.... estaba á mis piés de rodillas.... le miré.... era muy hermoso.... me sentí como suspendida en el éter.... oía la orquesta como lejano murmurar.... debía yo besarle, y no le besaba, suspensa en delirante arrobamiento. "Bésame," me dijo. Me incliné como en un éxtasis.... y no le besé la frente..... le besé en los labios..... ¡ya le amaba!..... El público me aplaudió locamente. Esa noche salí de la Scala, con la frente cubierta de gloria, con el alma inundada de felicidad.

ARLINGTON. Imaginacion, pura imaginacion.

ELEONORA. No: amor, amor infinito.

ARLINGTON. Yo no creo en ese amor.

ELEONORA. ¿Duda usted?

ARLINGTON. De todo.

ELEONORA. Yo creo en la amistad de usted.

ARLINGTON. Y hace usted bien. Pero yo soy un sér excepcional. Usted cree tambien en la amistad de Ernestina y de su voluminoso marido; pues yo le digo á usted que dudo mucho de ellos.

ELEONORA. Muy mal hecho. Ernestina, á pesar de haberse casado con un rico comerciante, ha seguido siendo una hermana para mí, y Mister Bull un desinteresado protector.

ARLINGTON. El tiempo dirá. Raro se le va á hacer á usted el objeto de mi visita, siendo, como soy, algo incrédulo.

ELEONORA. ¿Porque ha venido usted á traerme un ramo de flores?

ARLINGTON. No: porque vengo á preguntarle á usted con toda seriedad si quiere casarse conmigo.

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! ¿Usted que no cree en el amor? ¡Ja, ja, ja! Perdóneme usted si me río. No se enfade usted. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. No me enfado: al contrario; esa risa me permite admirar sus bellísimos dientes.

ELEONORA. Es usted un extravagante.

ARLINGTON. Eso dicen.

ELEONORA. Tengo curiosidad de saber cómo se ha despertado en usted tan de repente ese amor volcánico. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. Si yo no amo á usted.

ELEONORA. ¿Y quiere usted casarse conmigo? Esto sí que es gracioso. ¡Ja, ja, ja!

ARLINGTON. Óigame usted.

ELEONORA. Soy toda oídos.

ARLINGTON. Hace un mes, que habiéndola visto bailar de una manera arrebatadora, hice que me presentaran á usted; la traté, y tomé informes de las personas que la rodeaban. Com-

prendí desde luégo, que ningun interes serio la ligaba á usted con ellas. En efecto, une á usted con Krauss el amor: pero repito, que no creo mucho en el amor. Con Ernestina la liga la amistad; pero en la amistad creo algo ménos. Con Bull la encadena una proteccion, en la cual sí que no ereo absolutamente. Quitemos estas tres mentiras, amor, amistad y proteccion, y resulta usted sola en la tierra. Pues bien, yo he pensado que ya debo casarme; y usted me conviene para esposa. ¿Está usted convencida de lo razonable de mi pretension?

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Es usted muy original. Lo razonable de su pretension consiste en negar que haya amor y amistad, pues á tanto equivale dudar del cariño de Krauss y del afecto de Ernestina y de Mister Bull.

ARLINGTON. Yo se lo probaré á usted.

ELEONORA. Pruébemelo usted, y le doy mi mano.

ARLINGTON. Le tomo á usted la palabra. ¿Palabra de honor?

ELEONORA *(Dándole la mano).* Palabra de honor. ¡Ja, ja, ja!

ESCENA III

DICHOS.—PEÑÚÑURI.

PEÑÚÑURI *(Entrando).* Risueña está la bella Eleonora.

ELEONORA. Me hace reír el señor Arlington. Un buen

amigo. Se lo presento á usted. El señor Peñúñuri, banquero español.

PEÑÚÑURI. ¿Usted viaja?

ARLINGTON. Sí señor: es la ocupacion de los grandes ociosos.

PEÑÚÑURI. Hay en Edimburgo una familia de la más alta nobleza: los marqueses de Arlington.

ARLINGTON. Tambien frente al hospital de Bellevue, hay una taberna en que se toman ostras y cerveza, y el tabernero se llama Arlington.

PEÑÚÑURI. Anoche estuvo usted admirable. Aquí tiene usted mi regalo de plácemes.

(*Le da un estuche con unos aretes de brillantes*).

ELEONORA. Lindísimos. Mil gracias.

ARLINGTON. ¡Ay señor Peñúñuri! estamos en el segundo acto del Fausto. Eleonora es Margarita. Yo Siebel, pues le he traído un ramo de flores. Usted es Fausto que le regala diamantes. Solamente falta Mefistófeles. Á no ser que le traiga usted dentro del cuerpo.

PEÑÚÑURI. No sería extraño.

ARLINGTON. Margarita, es decir, la mujer, arrojará como siempre las flores, y preferirá las joyas.

ELEONORA. No ahora, señor Arlington.

(*Toma una rosa y se la prende en el pecho*).

PEÑÚÑURI. Me ha dado usted celos.

ARLINGTON. ¿Está usted enamorado de Eleonora?

PEÑÚÑURI. Permítame usted....

ARLINGTON. Yo peco de franco. Le diré á usted que pienso casarme con ella.

PEÑÚÑURI. Entónces somos rivales.

ELEONORA. Son ustedes deliciosos. Parece que ignoran que yo no me quiero casar con ninguno de los dos.

ARLINGTON. Lo veremos.

PEÑÚÑURI. Yo creo que la ley del mundo es la fatalidad. La fatalidad me hace amar á Eleonora. La fatalidad me la entregará.

ARLINGTON. Yo impediré á la fatalidad el que haga ese disparate.

ELEONORA (*Aparte*). Me da miedo Peñúñuri.

ESCENA IV

DICHOS.—SOUZA.—LAURA.—MARTINA.

LAURA. Eleonora, estuvo usted divina anoche.

MARTINA. Yo me lastimé las manos de aplaudir.

SOUZA. Sí: ya les dije á mis hijas, que debemos salir á comprarle á usted un regalo. Usted se lo merece.

ELEONORA. Gracias.

SOUZA. ¿Verdad que sí, vecino?

PEÑÚÑURI. Ya he tenido el gusto de traer mi obsequio.

LAURA. ¿Estas flores? ¡qué preciosas!

ELEONORA. Las flores me las trajo el señor Arlington, que presento á ustedes.

MARTINA. Son unas rosas muy bonitas. Voy á tomar una para mí y otra para mi hermana. (*Las toman y se las prenden*).

SOUZA. ¿El señor es?

ARLINGTON. ¿Yo?..... Nada.

PEÑÚÑURI. Viajero como ustedes.

LAURA. ¿Tal vez diplomático?

ARLINGTON. No señorita: no sé mentir.

MARTINA. ¿Ó militar?

ARLINGTON. Tampoco: no sé correr.

SOUZA. Caballero, yo soy general.

ARLINGTON. Por muchos años. Yo jamas he aprendido nada. ¿Pero qué estoy diciendo? Aprendí á sacar muelas. Es divertido dejar sin dientes á ese leon manso que llaman hombre.

ELEONORA. Es usted de veras extravagante.

LAURA (*Aparte á Martina*). ¡Puf! un dentista, gente ordinaria.

ARLINGTON. Me ofrezco en mi profesion á las señoritas. No puedo hacerlo con usted, señor general, porque no aprendí á hacer dentaduras.

PEÑÚÑURI. Envidio á usted su buen humor.

ARLINGTON. ¿Hay quien quiera sacarse una muela?

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Me va usted á hacer morir de risa.

SOUZA. Niñas, debemos ir á buscar el obsequio.

LAURA. Papá, esperamos á los jóvenes que nos presentaron anoche en el teatro: no tardarán.

MARTINA. Unos jóvenes muy finos: de las primeras familias.

ARLINGTON. Algunos hijos de cerveceros. Aquí todas las familias han salido de toneles de *pale-ale*.

SOUZA. Caballero, son tres jóvenes que no saben sacar muelas.

ARLINGTON. ¿Ni eso saben? ¡Pobres criaturas!

ELEONORA. ¿Van ustedes á disgustarse por tan poco?

SOUZA. Es que uno, Buttler, me parece que se inclina á Laura; el otro, Carlisle, creo que está enamorado de Martina; y Tenysson es muy fuerte en diplomacia.

ARLINGTON. Pues que los desechen ustedes con unos de terciopelo.

PEÑÚÑURI. Tal vez ellos son: llaman.

ELEONORA (*Aparte*). ¿Será Valdemiro?

ESCENA V

DICHOS.—BUTTLER.—CARLISLE. TENYSSON.

BUTTLER. Señor general.

CARLISLE. Señoritas.

TENYSSON. Encantadoras brasileñas. Señores.

BUTTLER. ¿Aquí está la sublime Eleonora?

TENYSSON. ¿Es amiga de ustedes la diosa del baile?

ELEONORA. Caballeros.

CARLISLE. Anoche estuvo usted como nunca.

MARTINA. Carlisle, siéntese usted aquí.

SOUZA. El señor es el banquero español Don José Peñúñuri.

BUTTLER, ¿Y el señor?

LAURA. Es un dentista.

ELEONORA. ¡Ja, ja, ja! Ya me figuro á Arlington sacando muelas.

ARLINGTON. Sublime oficio: y voy á demostrarlo. Dos jóvenes, supongo las señoritas, tienen que asistir á un baile: la una tiene tifo y la otra dolor de muelas. Llegamos el médico y yo: yo le saco la muela y el dolor, y se va al baile: el médico le saca á la otra la vida, y la llevan al cementerio. ¿Cuál es mejor oficio?

PEÑÚÑURI. Decididamente, es usted un original.

TENYSSON. ¿Y están ustedes contentos en esta casa?

SOUZA. Le diré á usted..... contentos..... sí..... Nos fué recomendada por el conde de Ferreira que vivió aquí el año pasado. Pero pienso irme al hotel Brunswick, porque en un *boarding* hay que vivir mezclados con toda clase de personas. Cuando nos mudemos, tendré el gusto de invitar á ustedes á almorzar.

(*Se han formado tres grupos: en el centro, Eleonora, Arlington y Peñúñuri; á un lado Laura, Martina, Buttler y Carlisle; y junto á la chimenea, Souza y Tenysson*).

LAURA (*Á Buttler*). Me ha desagradado la confianza con que saludó usted á Eleonora. Una bailarina....

BUTTLER. Celosa. En donde está usted, ¿quién puede pensar en otra mujer?

MARTINA. Gracias por lo que me toca.

CARLISLE. Ésa es cuestion mia.

PEÑÚÑURI. Llevo la desgracia conmigo, señor Arlington; y es malo encontrarse en mi camino.

ELEONORA Nos va usted á asustar.

SOUZA. Sí, amigo Tenysson; las conversaciones sobre diplomacia son propias nada más de los grandes talentos.

TENYSSON. Yo soy demasiado jóven.

ARLINGTON. Señores, cuidado: no vayan ustedes con sus combinaciones, á trastornar la América

---

ESCENA VI

DICHOS.—ERNESTINA.—BULL.

BULL. Buenos dias. ¿En dónde está la sílfide?

ELEONORA. Aquí, amigo mio.

ERNESTINA. Eleonora.

LAURA (*Aparte á Carlisle*). ¿Quién es este bárbaro?

CARLISLE. No sé.

MARTINA. No se puede vivir en *boarding:* ¡qué gente!

BULL (*Á Eleonora*). Pues aquí tiene usted nuestro regalo.

ARLINGTON. Hermoso collar.

ELEONORA. Gracias, amigos mios.

TENYSSON. ¡Un collar de oro!

SOUZA. Niñas, no se olviden de recordarme que tenemos que comprar el regalo. Eleonora, no nos ha presentado usted.

ELEONORA. Mi protector el señor Bull. Su esposa Ernestina.

SOUZA. ¿El Sr. Bull es senador?

TENYSSON. La señora parece una duquesa.

ARLINGTON. Pues no lo es. Ernestina fué cantante de la ópera bufa, y su marido es un comerciante de bueyes de Kentucky. No hay ni la antigua nobleza del ducado, ni la moderna de la senaduría; pero tienen la del dinero que es nobleza de todos los tiempos, antiguos, modernos y futuros.

ERNESTINA. Arlington, tiene vd. tanto *esprit*, que darían ganas de quererle, si no fuera tan maldiciente.

SOUZA. (*Á Bull*). En efecto, señor Bull, este jóven se expresa muy bien para ser dentista.

BULL. Yo no sabía que fuese dentista. Él gasta mucho dinero.

TENYSSON. Los dentistas ganan mucho.

LAURA. ¿Sí? Señor Arlington, tiene vd. magníficas ocurrencias.

(*No hay necesidad de decir que el director debe disponer los grupos segun las indicaciones de la conversacion*).

ARLINGTON. Señorita.

MARTINA. Nos es vd. muy simpático.

(*Arlington, que ántes estaba en el grupo de las otras señoras, viene al de Souza y sus hijas*).

ERNESTINA. Eleonora, ¿ha venido Valdemiro?

ELEONORA. No: es increíble.
ERNESTINA. Hablando del ruin de Roma.....

ESCENA VII

DICHOS.—KRAUSS.

KRAUSS. Ernestina. Eleonora.
ELEONORA. Valdemiro.
ERNESTINA. Krauss.
ELEONORA. Es vd. el último en venir á felicitarme.
KRAUSS. ¿Felicitar á usted?
PEÑÚÑURI. Por su triunfo de anoche.
KRAUSS. ¡Ah! (*Acercándose á Ernestina, y aparte á ella*). Vengo de tu casa.
ERNESTINA. (*Aparte á Krauss*). Ve á la tarde.
ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Me parece que el amor aleman es un poco frio.
ELEONORA. (*Aparte*). Siento morirme.
ARLINGTON. (*Á Eleonora*). Nadie se muere de eso.
LAURA. (*Á Buttler*). Mi papá dice que el mejor partido es un tenor que dé el do de pecho.
BUTTLER. Voy á meterme tenor de la ópera.
SOUZA. Krauss, en los *Hugonotes* no tiene usted rival.
KRAUSS. Señor.....
TENYSSON. Se identifica usted con su papel.
ERNESTINA. Ese Raul me encanta.
PEÑÚÑURI. Pasion volcánica es la del duo.
BULL. Yo no entiendo de eso; pero aplaudo.

MARTINA. Eleonora, ¿qué á vd. no le agradan los *Hugonotes*?

ELEONORA. Me encantan.

CARLISLE. Yo digo lo que nuestro diplomático Tenysson; Krauss se identifica con su papel.

ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Sí; el papel de Raul es el verdadero retrato de la heregía.

ESCENA VIII

DICHOS.—UN CRIADO.

UN CRIADO. (*Entrando*). El señor ministro de Italia pregunta si puede pasar.

TODOS. (*Ménos Arlington y Eleonora*). Que pase; que pase.

(*Se va el criado*).

SOUZA. Sin duda ha sabido mi llegada, y quiere conocer á un general brasileño.

LAURA. Eso ha de ser, papá.

CARLISLE. Nos presentará usted.

BUTTLER. Sobre todo, á Tenysson que es diplomático.

PEÑÚÑURI. Tal vez viene á verme por algun negocio de banco.

BULL. Ó querrá comprar ganado del Kentucky.

ARLINGTON. Ó querrá sacarse los dientes.

ELEONORA. (*Aparte*). Kraus y Ernestina hablan demasiado.

ERNESTINA. (*Aparte á Krauss*). Sí: á las cinco.

ESCENA IX

DICHOS.—ROSSI.

ROSSI. Buenos dias.

TODOS. (*Saludan; los más con exajeracion*). Señor Ministro.

SOUZA. (*Adelantándose*). ¡Cuánto honor! Hace tan pocos dias que llegué, que no había podido pasar mi tarjeta. Mis dos hijas. Los señores Butler y Carlisle, jóvenes de las primeras familias de Nueva York. El señor Tenysson, diplomático de gran porvenir. El rico banquero español D. José Peñúñuri. El poderoso capitalista Mister Bull.

BULL. Tengo la mejor raza de toros.

SOUZA. Como vivimos en un *boarding*, tratamos con toda clase de personas: pero nos vamos á mudar al mejor hotel. El señor Krauss, tenor de muchísima fuerza. La señora Ernestina, antigua cantante de la ópera bufa; pero no importa, hoy está casada con Mister Bull. El señor Arlington, dentista. La primera bailarina señorita Eleonora.

ROSSI. Á la señorita Eleonora es á quien vengo á ver.

ELEONORA. ¿En qué puedo servir á usted?

ROSSI. En Roma, conocí mucho á su tio de usted, el conde Ciccione. Así es que á su muerte....

ELEONORA. ¿Ha muerto?

ROSSI. Hace más de un año. Desde entónces se le había buscado á usted; y ahora que se supo al fin que estaba usted en esta ciudad, he recibido el encargo de entregarle estos papeles, en que consta que es usted heredera del conde, y dueña de sus bienes, cuya renta anual llega á doscientas mil *liras*.

KRAUSS. Eleonora, felicito á usted.

ARLINGTON. (*Aparte á Eleonora*). Ahora sí es el primero.

ELEONORA. (*Á Arlington*). ¡Arlington!

SOUZA. Señora condesa, permítame usted que le dé la enhorabuena.

CARLISLE. TENYSSON. BUTTLER. } Y nosotros.

LAURA Y MARTINA. } Un beso, condesa.

ERNESTINA. (*Abrazándola*). ¡Amiga mia!

BULL. ¡Cuarenta mil *dollars* de renta!

ELEONORA. Gracias, mis buenos amigos.

PEÑÚÑURI. ¡Se merece usted tanto!

ELEONORA. Arlington, solamente usted no me dice nada.

ARLINGTON. Yo, Eleonora, le doy á usted el pésame.

TODOS. ¿El pésame?

ARLINGTON. Sí: una herencia y un condado son como un panal en que irán á pegarse muchas moscas; y como no hay animal que me moleste tanto como las moscas, le repito á usted mi pésame.

Telon.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de Mister Bull, lujosamente amueblado, pero sin gusto. Dos puertas à cada lado y una en el fondo. Entre las puertas: á la derecha, chimenea; á la izquierda, un secretaire.

ESCENA I

ERNESTINA.—GIUSSEPA.

GIUSSEPA. Señora, yo no puedo seguir haciendo traicion á mi adorada Eleonora. Piense usted en que he sido su nodriza, que la he alimentado á mi seno, que es casi sangre mia.

ERNESTINA. Sin embargo, Giussepa, hace más de dos meses que recibe usted de mí un sueldo por espiar las acciones de su ama, y darme, sobre todo, noticias minuciosas de sus entrevistas con Krauss; y en tanto tiempo, no se le había hecho á usted escrúpulo.

GIUSSEPA. Siempre es tiempo de volver al buen camino, de arrepentirse del mal que una hace.

ERNESTINA. Sí; cuando Eleonora es condesa, y tiene un millon de capital. ¡Ah mundo! Lo mismo es la infeliz campesina Giussepa que todos. Krauss ya no vino ayer; y hoy he tenido que escribirle que si no está aquí á la hora acostumbrada, daré un escándalo; y soy muy capaz.

GIUSSEPA. Ayer, despues de la fausta noticia que delante de ustedes recibió mi Eleonora, miéntras el señor Peñúñuri, el banquero, fué á dar los pasos necesarios para recoger el millon, el señor Krauss se quedó acompañándola, y arreglando lo relativo á la boda. ¿Qué quiere usted? se aman hace mucho tiempo.... y no hay más que renunciar al tenor.

ERNESTINA. ¿Renunciar á Valdemiro? ¡imposible! ¿No sabe usted que es inmensa mi pasion? ¿no ha visto usted cuánto tiempo he luchado con las débiles armas que tiene la mujer que guarda las conveniencias, y que esta lucha incesante ha sido para arrebatarle á Eleonora el amor de Krauss? ¿Y cuándo ya lo había conseguido, cuando al fin le había visto humilde y enamorado á mis piés, le voy á perder, y para siempre? No; es imposible.

GIUSSEPA. ¿Pues por qué no se casó usted con él, y no

con Mister Bull? Ya desde entónces creo que había ciertas inteligencias entre ustedes.

ERNESTINA. No, Giussepa; no se hubiera casado conmigo. Yo era una pobre cantante de ópera bufa; había tenido debilidades anteriores; mi conquista era fácil; y solamente las dificultades empeñan á los hombres. Mister Bull me pretendía; calculé bien: en este matrimonio estaba la solucion; casada tenía ya un atractivo, rica tenía ya muchos. Conquistar á una mujer bella, casada, y que gastaba espléndidas alhajas y trenes suntuosos, era ya empresa digna de un tenor. Ademas, yo pobre y unida á Krauss, hubiera sido su esclava; miéntras que rica y huyendo con él, seré su reina.

GIUSSEPA. Señora, dispénseme usted si ya me retiro; pero me estará esperando mi condesita. Solamente vine á decirle, que ya no contara conmigo; aunque le aseguro que guardaré religiosamente el secreto de todo: lo juro por la *Madona*. Adios, señora.

ERNESTINA. Adios, Giussepa. *(Sale ésta por la puerta del fondo).* Pues á pesar de la riqueza de Eleonora, y de su corona de condesa, y contra la voluntad de todo el mundo, Valdemiro será solamente mio. Necesito buscar un medio, y pronto, ántes de que se case: despues sería imposible arrancarle de los

brazos de Eleonora. *(Se queda un momento pensativa).* ¡Ah! *(Toca un timbre).*

ESCENA II

ERNESTINA.—UN CRIADO.—BULL *despues.*

ERNESTINA (*Al criado que se presenta á la puerta*). Diga usted á mi doncella, que vaya inmediatamente á casa de la señorita Eleonora, y que le diga que necesito hablarle; que yo no puedo salir porque voy á tener visitas, y que la espero.

(*Se va el criado*).

BULL. (*Entrando*). Me alegro de encontrarte sola, pues tenemos que hablar de un asunto muy importante. Ántes te diré que ya eres baronesa. Tres mil pesos me cuesta. Registrando papeles, se ha aclarado que con los primeros colonos vino un Wiliam, á quien por su extraordinaria fuerza llamaban el toro, de donde le quedó el nombre de Wiliam Bull. Con buena voluntad, han encontrado que yo desciendo de él; y ya han dibujado el escudo de armas: una encina de oro en campo de gules, y por remate una cabeza de buey. Ya no serás ménos que la condesa Ciccione. ¿Pero no te alegras?

ERNESTINA. Estaba preocupada....

BULL. Pues ya he mandado que se pongan nuestras armas en el carruaje, en la bajilla, en la chimenea: ya no se darán tono con nosotros los amigos de la quinta avenida; Nelson, fabricante de cerveza, que se hace llamar visconde de Potter; y Maxson, hijo de un velero, á quien tienes, gracias á sus millones, de duque de Light. Pero hablemos ahora de nuestros negocios.

ERNESTINA. ¿De nuestros negocios?

BULL. Sí: ustedes las mujeres, no conocen más negocio que gastar; pero ya es tiempo de que me ayudes.

ERNESTINA. ¿Yo? ¿cómo?

BULL. Escucha. Cuando me casé contigo tenía yo un capital de trescientos mil *dollars*.

ERNESTINA. De los cuales, me dotaste en cien mil.

BULL. Pues bien; quisiste que hiciéramos un viaje á Europa; allí gastaste un dineral en cintas y trajes; me hiciste comprar pinturas y muebles de mucho valor; escogiste las más bellas alhajas de las joyerías de la calle de la Paz; y como entre tanto mis negocios quedaron abandonados, y al volver, para sostener tu lujo, fué preciso pedir dinero sobre lo que nos quedaba, resulta que estamos arruinados.

ERNESTINA. ¡Arruinados!

BULL. De tí depende ser millonaria.

ERNESTINA. ¿Cómo?

BULL. Una gran compañía ha pedido la concesion del ferrocarril de Occidente, un negocio fabuloso: les falta un millon para completar su capital; y como me creen sumamente rico, me lo han pedido, dándome en cambio cuatro millones en acciones que, una vez obtenida la concesion, valdrán á la par. Haz que tu amiga Eleonora me facilite su millon.

ERNESTINA. ¿Pero cómo?

BULL. Nosotros compramos los cuatro millones con el millon de Eleonora, y le damos por él dos millones: ella duplica su capital, y nosotros nos hacemos ricos.

ERNESTINA. Comprendo: le digo que hay un medio de que duplique su capital, y que te entregue el millon.

BULL. Eso es. Ve inmediatamente á verla, porque hay que hacer el negocio hoy mismo.

ERNESTINA. Casualmente la había mandado llamar.

BULL. Magnífico.

ERNESTINA. Pero ántes tenemos que hacer un arreglo: no quiero que vuelvas á gastar tu capital.

BULL. Pero si yo nada he gastado: tú has sido quien.....

ERNESTINA. No importa. De los dos millones en acciones, millon y medio se pondrá á mi nombre, y el otro medio en el tuyo, para que quedes reembolsado de tu capital.

BULL. Acepto.

ERNESTINA. Pues yo me encargo entónces de lo del millon de Eleonora.... y de otras cosas.

BULL. Álguien se acerca: voy á mi gabinete, á escribir al director de la compañía que cuente con ese dinero.

(*Se va por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA III

ERNESTINA.—PEÑÚÑURI.

PEÑÚÑURI. (*Entrando*). Señora.

ERNESTINA. Pase usted, amigo Peñúñuri: ¡qué casualidad!

PEÑÚÑURI. Vengo á tratar un grave asunto.

ERNESTINA. ¿En qué puedo servirle?

PEÑÚÑURI. Me bastó conocer á usted, para comprender que tenía un gran talento.

ERNESTINA. Eso es adulacion.

PEÑÚÑURI. No: es un dato para el negocio que me trae.

ERNESTINA. Explíquese usted.

PEÑÚÑURI. Una artista de ópera bufa siempre tiene talento: y cuando se casa con un rico comerciante en reses, es que su talento busca una posicion digna en que lucir; pero eso no es bastante.

ERNESTINA. No comprendo.

PEÑÚÑURI. Cuando la belleza y el talento se unen, es una necesidad imprescindible el amor. Pon

ga usted gotas de lluvia y rayos de sol, y siempre habrá arco-iris.

ERNESTINA. ¿Pero á qué viene todo esto?

PEÑÚÑURI. Prosigo. Comprendí que usted no amaba á su marido; y como soy observador, conocí que tenía usted amores con Krauss.

ERNESTINA. (*Levantándose*). Caballero....

PEÑÚÑURI. Nada de inútiles indignaciones. Traigo en la bolsa la carta que escribió usted hoy á su amante, amenazándole con un escándalo si no venía.

ERNESTINA. Me han vendido.

PEÑÚÑURI. Sí; y yo he comprado.

ERNESTINA. ¿Pero con qué objeto?

PEÑÚÑURI. Voy á decírselo á usted. Á mi edad, y cuando no había tenido en mi vida más sentimientos que el deseo de oro y la ambicion de acaparar riquezas, he sentido por primera vez, al ver á Eleonora, una pasion inmensa, que más que pasion es fiebre, y más que fiebre locura. Le propuse casarme: me contestó con lealtad que amaba á Krauss. Renunciar á mi pasion era imposible; que era ya vida de mi propia vida. Destruir sus amores era el único medio. Hice vigilar á Krauss, para sorprender alguna de esas debilidades que siempre tienen los hombres. Advertí el amor de usted, y compré á su doncella. Esta mañana me vendió á peso de oro la carta. Sería bastante para mi ob-

jeto; pero usted se perdería, y no hay necesidad.

ERNESTINA. Tengo ya pensado un medio, que hará que Eleonora rompa su matrimonio con Krauss, y que éste huya conmigo. Para esto, es preciso que venga al instante Valdemiro.

PEÑÚÑURI. Vendrá: la doncella le dió verbalmente la cita.

ERNESTINA. ¿Y mi carta?

PEÑÚÑURI. Se la daré á usted muy pronto. Me retiro.

ERNESTINA. He oído parar un coche: debe ser Eleonora; y no convendría que le encontrase aquí. Salga usted por este pasillo. (*Abre la primera puerta de la derecha*). Al fin, en la puerta, está siempre puesta la llave por dentro.

PEÑÚÑURI. (*Yéndose*). Adios, señora.

ERNESTINA. Adios, amigo mio.

ESCENA IV

ERNESTINA.—ELEONORA.

ELEONORA. (*Entrando por el fondo*). Aquí me tienes: ¿qué me querías?

ERNESTINA. Te mandé suplicar que vinieses, porque voy á tener visitas, y no podía salir. Van á venir las hijas del general brasileño: las encontré esta mañana en la tienda de Stewart, y se convidaron á comer. Pero hablemos de

nuestro negocio. Se trata de un asunto muy importante: le venden á mi marido cuatro millones de pesos de acciones del ferrocarril del Oeste al cincuenta por ciento de su valor: ves que se trata de duplicar el capital de un dia para otro. Nosotros pondremos un millon, y tú el que acabas de heredar; es una combinacion magnífica.

ELEONORA. Me parece que ya soy bastante rica, y que no debo emprender negocios.

ERNESTINA. ¿Desconfiarías de nosotros?

ELEONORA. ¡Desconfiar yo de mi amiga y de mi protector, y de un negocio en que ustedes ponen tambien un millon!

ERNESTINA. Es que el negocio no se puede hacer por partes, y si tú no entras en él, nos privarás de una gran ganancia.

ELEONORA. Está bien; pero me permitirán ustedes que le avise ántes á Valdemiro: es mi prometido, y no debo hacer nada sln su consentimiento.

ERNESTINA. (*Aparte*). ¡Qué contrariedad! ¡Ah! (*Alto*). Siento, amiga mia, tener que darte una noticia desagradable; pero no puedo permitir que te sigan engañando miserablemente.

ELEONORA. ¿Engañando?

ERNESTINA. Sí. Te dije que esta mañana encontré á las hijas del general brasileño.... Como son tan cándidas....

ELEONORA. No lo había yo notado.

ERNESTINA. Pues sí.... Laura me contó que le habían escrito una carta de amores.... y que hoy se vería aquí en casa con su pretendiente.... Me pidió consejo.... yo no quise rehusarme.... ya para observarlos.... ya para que me entregase la carta....

ELEONORA. ¿Y esa carta?

ERNESTINA. Voy á enseñártela.... pero tengo que devolvérsela á Laura.

(*Se dirige á abrir el* secretaire).

ELEONORA. ¡Dios mio! ¿qué pensar? ¿qué es esta angustia que siento?

ERNESTINA. (*Aparte, revolviendo y abriendo las cartas de un paquete*). ¿Cuál será á propósito?.... Ésta no.... tampoco ésta....

ELEONORA. ¿No la encuentras?

ERNESTINA. Al llegar, la puse aquí violentamente para que no se perdiera..... y al sacarla, la he revuelto con otras.... ¡Ah! aquí está. (*Aparte*). La de su declaracion.

ELEONORA. (*Toma la carta, y la lee*). ¡De Valdemiro! Pero no dice el nombre de la persona á quien la dirige.

ERNESTINA. Sabes que en la correspondencia amorosa no se usan, ni nombres, ni fechas. Pero dámela, que tengo que devolvérsela á Laura. (*La recoge, y se la guarda en la bolsa*).

ELEONORA. ¡Me engañaba! ¿Y sabes cuándo se la mandó?

ERNESTINA. Ayer.... creo que ayer....

ELEONORA. Sí: ántes de saber que era yo rica.... ¡Y hoy

ha estado arreglando conmigo nuestro próximo enlace! ¡Como ya soy rica!

ERNESTINA. ¿Te decides á hacer el negocio de las acciones del camino de fierro?

ELEONORA. Lo que ustedes quieran.

ERNESTINA. Pues allí está mi marido en su gabinete: ve á decírselo, porque habrá que firmar algo.

ELEONORA. (*Yéndose por la segunda puerta de la derecha*). Vuelvo.

ESCENA V

ERNESTINA.—UN CRIADO *despues.*

ERNESTINA. (*Se acerca á escribir al* secretaire). "Nos han descubierto.... les he hecho creer que enamoras á Laura.... la hija del general brasileño.... y que vendrás á verla.... no dejes de venir, pues Laura come hoy conmigo.... galantéala.... mi marido nos mataría." Así está bien.

(*Llama con un timbre, y dice al criado que se presenta*).

Lleve usted inmediatamente, de parte de mi marido, del señor Bull, ¿entiende usted? esta carta para el señor Krauss. Vive aquí cerca, en el hotel de la Quinta Avenida.

(*Se va el criado*).

Sí: mi plan no puede fracasar. ¿Pero qué harán esas niñas que no llegan? ¡Ah! aquí están.

ESCENA VI

ERNESTINA.—LAURA.—MARTINA.

LAURA. Encantadora Ernestina, un beso.

MARTINA. Yo, dos besos.

ERNESTINA. ¡Queridas niñas! ¿y el general? ¿bueno?

MARTINA. No tardará: le contamos que usted nos había convidado á comer, y dijo: "pues voy por los amigos Buttler, Carlisle y Tenysson; el señor Bull tendrá mucho gusto de verlos á su mesa."

ERNESTINA. ¿Van á venir.... todos?

LAURA. Como son nuestros novios....

ERNESTINA. ¿Ya, tan pronto?

MARTINA. Anoche les correspondimos. Papá dice que en esto no hay que perder tiempo.

LAURA. Que *time is money*.

ERNESTINA. Lo siento, amiguitas mias.

LAURA Y MARTINA. ¿Por qué?

ERNESTINA. Porque sé que hay otros dos caballeros prendados de ustedes.

MARTINA. ¡Ya tenemos cuatro!

LAURA. Es decir, dos cada una.

MARTINA. ¿Y quiénes son?

ERNESTINA. De usted, Arlington.

MARTINA. ¿El dentista? Dicen que es muy rico. Al fin Carlisle es un simple empleado de correos: prefiero al saca-muelas.

LAURA. ¿Y el mio quién es?

ERNESTINA. Aquí tiene usted una carta que le escribe.

(*Laura la toma, y la lee*).

MARTINA. Si es una persona como mi Arlington, prefiérelo á Buttler que no es más que vendedor de calendarios.

LAURA. Es el tenor Krauss.

MARTINA. ¿El tenor?

LAURA. ¿Ya tienes envidia?

MARTINA. Prefiero á Arlington: es más guapo, y no desafina.

LAURA. Y que, si es preciso, te hará una dentadura, pues ya tus dientes necesitan reemplazo.

ERNESTINA. Lo que importa es obrar con juicio. Usted Martina, no se dé por entendida con Arlington hasta que le hable, que sé que será mañana.

MARTINA. ¿Mañana?

ERNESTINA. Sí. Usted Laura, traerá tambien mañana su contestacion para entregársela á Krauss. Se me ha ocurrido en este momento improvisar mañana un baile, que servirá.... para todo esto; y ustedes son las primeras invitadas.

MARTINA. ¡Un baile!

LAURA. ¡Qué gusto!

ERNESTINA. Hemos hecho un gran negocio con la compañía del ferrocarril del Oeste, y hay que celebrarlo.

ESCENA VII

DICHAS.—SOUZA.—BUTTLER.—CARLISLE.—TENYSSON.

SOUZA. Amiga mia, he traído á estos jóvenes á comer con ustedes. Á propósito, Laura; acuérdame que les he ofrecido una comida en Delmónico: pero como tendré que obsequiar al señor Bull y á su bella esposa, acuérdadame, Martina, que sea en Brunswick que es más elegante.

MARTINA. Sí, papá.

TENYSSON. ¿Y no ha venido la hermosa condesa Ciccione?

LAURA. ¿Qué dice usted de hermosa en donde está Ernestina? Ésta es gracia, *chic*, *esprit*. Eleonora, por más condesa que se haya vuelto, siempre recordará á la bailarina.

ERNESTINA. Es que yo tambien he pertenecido al teatro.

BUTTLER. ¡Pero qué diferencia!

CARLISLE. Ya se ve: Eleonora apénas era de la grande ópera, ¡miéntras que usted pertenecía al género bufo!

TENYSSON. ¡Ah, ya eso es el arte!

SOUZA. No hay como los diplomáticos para encontrar frases espirituales. Amiguito, usted hará carrera. Pero ya que estamos en familia, pues á usted, Ernestina, la veo como de la nuestra; tanto así la queremos....

MARTINA. ¡Ah, mucho!

LAURA. ¡Con el alma!

SOUZA. Pues estamos en familia, digo: sepan ustedes, hijas queridas, que Buttler me ha pedido tu mano, Laura, y Carlisle la tuya, Martina.

BUTTLER. Seré muy feliz.

CARLISLE. Seremos muy felices.

TENYSSON. ¡Oh, sí: serán muy felices!

LAURA. Papá, hay que pensar esto un poco más.

MARTINA. En efecto: así de pronto....

BUTTLER. Ustedes ya nos han correspondido.

LAURA. Pero no es lo mismo tener amores que casarse.

ERNESTINA. Es verdad; y yo propongo que se aplace la contestacion para el baile que doy mañana, y al cual invito á ustedes.

SOUZA. Como usted disponga.

BUTTLER. (*Aparte á Carlisle*). Éstas nos la pegan.

SOUZA. (*Aparte á Laura*). ¿Pero están ustedes locas?

LAURA. (*Aparte á Souza*). Tenemos novios mejores.

TENYSSON. Ustedes obran como verdaderas diplomáticas: no pueden negar que son hijas del señor general.

ERNESTINA. (*Ap., viendo aparecer en el fondo á Krauss*). Al fin.

ESCENA VIII

DICHOS.—KRAUSS.

(*Ernestina se adelanta á darle la mano*).

KRAUSS. (*Á Ernestina*). Recibí tu carta.

ERNESTINA. (*Á Krauss*). Prudencia, por Dios.

(*Se forman dos grupos: uno de Souza, Tenysson y Buttler, junto á la chimenea; y otro en el sofá y sillones, de Carlisle, Martina, Laura, Ernestina y Krauss*).

LAURA. (*Á Krauss*). Esperábamos á usted con impaciencia.

TENYSSON. En estos tiempos, un tenor de fuerza es como un príncipe: su presencia hace sensacion.

CARLISLE. (*Á Martina*). Martina, explíqueme usted....

MARTINA. (*Á Carlisle*). Ya dijimos que en el baile.

TENYSSON. Pero se me había olvidado contar el gran suceso del dia.

ERNESTINA. ¿Tenemos guerra?

TENYSSON. Peor que eso.

SOUZA. ¿Un naufragio?

TENYSSON. Mucho peor.

LAURA. Nos espanta usted.

TENYSSON. No es para ménos.

KRAUSS. ¿Pero qué es?

BUTTLER. ¿Qué es?

TENYSSON. Óiganme ustedes. Esta mañana se ha descubierto una gran falsificacion de billetes del tesoro.

KRAUSS. ¿Billetes del tesoro falsificados?

ESCENA IX

DICHOS.—ARLINGTON.

ARLINGTON. (*Entrando por el fondo*). Como si dijéramos: un do de *gola* en lugar de un do de pecho. Señora.... señoritas.... caballeros....

MARTINA. (*Á Arlington*). Siéntese usted aquí, junto á mí, para oírle bien, porque es usted delicioso.

(*Se sienta del lado opuesto al que está Carlisle*).

CARLISLE. (*Á Martina*). Soy celoso.

MARTINA. (*Á Carlisle*). No sea usted tonto.

ERNESTINA. Arlington siempre punzante.

TENYSSON. Como si dijéramos: un alfiler con levita.

SOUZA. Nuestro diplomático es completo: es lo que se llama un hombre de frases.

ARLINGTON. ¿De fresas?

BUTTLER. De frases.

ARLINGTON. ¡Ah! perdonen ustedes.

LAURA. (*Á Krauss*). Hace usted mal en estar triste hallándose á mi lado.

KRAUSS. Es usted muy buena, señorita.

LAURA. Mi nombre es Laura; bien lo sabe usted.

TENYSSON. Pues como iba diciendo: se han hecho grandes falsificaciones de billetes contra el tesoro. Se descubrió el crímen por una casualidad. Ayer cobraron en Washington un billete marcado con el número 11,111. ¡Qué curioso! dijeron los cajeros: ¡los cinco unos! Pues bien, dos horas despues se presentan á cobrar otro igualmente marcado con el número 11,111. Tratan de averiguar cuál es el falso: los dos son perfectos; la falsificacion es magnífica. Se hace un exámen en las cajas, y resultan falsificados más de tres millones.

KRAUSS. Esto es terrible.

ARLINGTON. Y sin embargo, nada es mas natural aquí, en que todo se falsifica. El amor patrio es la primera falsedad: la verdad es el negocio. ¡Ay! amigo Buttler, perdone usted: me olvidaba de que es empleado. Falsa es la familia, y falso el cariño del hogar. ¡Pero qué torpe estoy! no recordaba, Ernestina, que usted está casada. Si ve uno un brillante, puede asegurar que es falso. Excúseme usted, Krauss: sin querer he dado á conocer que su prendedor.... Si contempla uno un rostro blanco como la leche.... ¿Pero qué iba yo á decir, señoritas? Estoy avergonzado.... debo retirarme.... Venía en

busca de Eleonora; el ministro de Italia me encargó de que le entregase una carta urgente para ella; fuí á verla, y me dijeron que aquí la encontraría.

ERNESTINA. En efecto; véala usted.

(*Eleonora y Bull salen del gabinete de éste*).

ESCENA X

DICHOS.—ELEONORA.—BULL.

BULL. (*Al entrar, como anunciándose, dice*): El baron de Bull: mi esposa es baronesa.

ARLINGTON. ¿Desde cuándo, amigo?

BULL. Desde ayer, cuya fecha tiene la certificacion respectiva que se me extendió por la oficina que con tal objeto hay en la ciudad.

ARLINGTON. ¿Ayer? ¿el dia de las falsificaciones.... de los billetes del tesoro? Pero tome usted, Eleonora, una carta urgente que le envía el ministro de Italia.

ELEONORA. (*Abriéndola*). ¿Me permiten ustedes, por la urgencia? (*Despues de leer*). Me dice el señor ministro una cosa que yo ya sabía: que Krauss me engaña.

KRAUSS. ¿Yo?

TENYSSON. ¿Será posible?

ELEONORA. El señor Krauss tiene amores con la señorita Laura.

KRAUSS. Es una calumnia.

SOUZA. Dí la verdad, hija.

LAURA. Es verdad.

KRAUSS. ¿Yo, señorita?

LAURA. (*Sacando la carta que le dió Ernestina*). Aquí está la prueba.

KRAUSS. (*Aparte*). ¡Una de mis cartas á Ernestina!

ERNESTINA. No puede usted negarlo.

ARLINGTON. Ha caído usted en la ratonera.

KRAUSS. Y usted ha desempeñado en todo esto un papel muy poco digno.

ARLINGTON. Caballero, aseguro á usted que ignoraba el contenido de la carta.

KRAUSS. En otro lugar espero darle á usted una leccion.

ARLINGTON. Comprendo. Señor Bull, señor general, ¿tienen ustedes la bondad de entenderse con los testigos del señor?

BULL. Con mucho gusto.

SOUZA. Estoy á sus órdenes.

KRAUSS. (*Aparte*). ¡Un duelo, diablo!

ERNESTINA. Por Dios, caballeros....

LAURA Y MARTINA. Señores....

ELEONORA. (*Á Arlington*). ¿Qué va usted á hacer?

ARLINGTON. Comienzo á espantar las moscas del panal.

Telon.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Krauss en el Hotel de la Quinta Avenida. En el fondo, puerta de entrada. A la derecha, puerta que da á su cámara. A la izquierda, puerta que da á un gabinete. Bufete, sillas, etc.

ESCENA I

KRAUSS.—SOUZA.—BULL.

SOUZA. Ya sabe usted el objeto de nuestra visita. Tiene usted que nombrar padrinos, y matarse mañana con el señor Arlington.

BULL. Yo confieso que éstas son barbaridades. Cuando yo tengo algun disgusto con un amigo, le rompo la cabeza, ó él me la rompe á mí, y ya quedamos satisfechos. Pero ir á sangre fria á matarse sin más ni más....

KRAUSS. ¿No es cierto que es una barbaridad?

BULL. Muy grande: por eso está de moda.

SOUZA. Yo, como general, como hombre de armas, debo sostener que el duelo es bueno, y exijo que nombre usted sus testigos.

KRAUSS. Pero el señor Bull dice....

BULL. Poco á poco: ésa es mi opinion como mercader de bueyes; pero ya soy baron, y mi nobleza me obliga á que se mate cualquier prójimo.

KRAUSS. Yo.... no porque tenga miedo.... manejo muy bien las armas....

BULL. Ya lo he visto. ¿Cree usted, amigo Souza, que Krauss sale solo en el *Trovador*, contra todos los que sitian el castillo? ¿Y en *La fuerza del destino*, que mató á un viejo de un pistoletazo? ¿Y en *Hernani*, que se le fué á las barbas al mismo rey?

SOUZA. Sí; un tenor de fuerza es de temerse, y no sé qué le pasará á nuestro ahijado.

BULL. Naturalmente: ¿qué quiere decir tenor de fuerza?

KRAUSS. Les explicaré á ustedes: un tenor de fuerza tiene la voz fuerte, pero nada más; y yo estoy dispuesto á dar algunas explicaciones decorosas....

SOUZA. Arlington nos dijo: nada de explicaciones.

BULL. Ese bárbaro dentista le quiere sacar á usted las muelas á balazos.

KRAUSS. Si ése fuera su empeño, con que me las sacara con las tenazas....

SOUZA. En fin; nos retiramos á esperar á los testigos de usted en la casa del señor Bull.

BULL. Haga usted una buena eleccion.

(Se van por el fondo).

ESCENA II

KRAUSS.—PEÑÚÑURI *despues.*

KRAUSS. ¡Batirme! ¡perder la vida que se ama tanto! Y si no pierdo la vida, recibir una estocada, quedarme tal vez sin voz, sin esta voz que me produce una renta de veinte mil pesos.... Pero si no me bato, tendré que renunciar á Eleonora.... y á su millon.... y al título de conde....

PEÑÚÑURI. *(Entrando).* Amigo Krauss, estoy seguro de que sé en lo que usted pensaba. ¿En el duelo, verdad? Pues yo le traigo á usted una idea para que se verifique y no se verifique, para que haya duelo y no lo haya.

KRAUSS. No comprendo.

PEÑÚÑURI. Usted no tiene ganas de batirse.

KRAUSS. Si he de decír verdad, no.

PEÑÚÑURI. Ménos tiene usted deseo de que le maten.

KRAUSS. Mucho ménos.

PEÑÚÑURI. Pues bien, mañana Arlington matará á usted.

KRAUSS. ¿Me matará?

PEÑÚÑURI. Sí. Por casualidad estuve en casa del maestro de armas en boga, y allí encontré á Arlington: le vi tirar; es un gran tirador.

KRAUSS. ¿Pero qué hacer?

PEÑÚÑURI. En primer lugar, me nombra usted su padrino: yo escogeré á mi compañero.

KRAUSS. ¿Y ustedes sostendrán que no hay motivo para un duelo?

PEÑÚÑURI. Al contrario, lo aceptamos.

KRAUSS. Pero....

PEÑÚÑURI. Y á muerte.

KRAUSS. ¿Á muerte?

PEÑÚÑURI. Para mañana á las cuatro de la tarde.

KRAUSS. Imposible.

PEÑÚÑURI. Yéndose de Nueva York ántes de esa hora.... saliendo en la mañana para Europa con Ernestina....

KRAUSS. ¿Y Eleonora?

PEÑÚÑURI. La conozco: jamas volverá á darle á usted su amor.

KRAUSS. Yo esperaba....

PEÑÚÑURI. Todo sería inútil. Ella cree que usted ama á Laura: peor sería que supiese que amaba usted á Ernestina; habría entónces tambien el peligro del marido. En cambio, yéndose evita usted el duelo, el odio de Eleonora, la venganza de Bull; y gana usted el amor de Ernestina, que tiene un capital en joyas. Para que nada sospechen, acepta usted el duelo; va usted esta noche al baile de Bull;

y de allí salen á buena hora para embarcarse Ernestina y usted. Yo arreglaré todo, hasta los billetes de pasaje. Pero si no se van ustedes, entregaré á Mister Bull la carta, que ya tengo en mi poder....

KRAUSS. No tiene direccion.

PEÑÚÑURI. Y otra de Ernestina, que dice: "Valdemiro adorado;" que está dirigida "al señor Krauss;" y que dice cosas preciosas. Así, si no le mata á usted el inglés, le matará el yankee; y si no, yo.

KRAUSS. ¿Usted? ¿pero qué interes tiene?

PEÑÚÑURI. Es mi secreto. ¿Acepta usted?

KRAUSS. Sí.

PEÑÚÑURI. ¿Puedo presentarme como testigo, y arreglar el duelo?

KRAUSS. Sí.

PEÑÚÑURI. ¿Y partirá usted con Ernestina?

KRAUSS. Sí.

ESCENA III

DICHOS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. (*Entrando*). ¡Qué susto he llevado! Creí que era usted otra persona. Pregunté si Krauss estaba solo, y me contestaron que sí; que acababan de salir unos caballeros que tenía de visita.

PEÑÚÑURI. No me notaron sin duda, porque yo entra-

ba al mismo tiempo que ellos salían, y se detuvieron á hablar conmigo. Uno era el general Souza; el otro Mister Bull.

ERNESTINA. ¿Mi marido?

PEÑÚÑURI. ¿Olvida usted que es testigo de Arlington?

ERNESTINA. ¡La presencia de mi marido aquí! Hoy temo de todo. Ayer, indignada contra mi doncella, que vendió á usted la carta que yo mandaba á Valdemiro, la arrojé de mi casa. Hoy he notado que me seguía en la calle. ¿Por qué me sigue esa mujer? ¿Pero ese duelo?

PEÑÚÑURI. Convenza usted á Krauss de que debe partir. Les dejo á ustedes. Ha sido una imprudencia venir, pues pudo usted encontrarse con su marido. No debe usted salir de aquí sola. Para que no sospechen, voy á mandar, á fin de que acompañe á usted, á la señora del *boarding*.

(*Se va*).

ESCENA IV

KRAUSS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. Valdemiro, estoy dispuesta á todo: mira si te amo. Sí; abandonaremos á Nueva York; con nombres supuestos recorreremos el mundo. Hay en mi corazon una pasion inmensa que es como hoguera; no como hoguera,

sino como incendio; no como incendio, sino como tempestad de llamas. Me dirás que estoy loca: loca quería volverme, al creer que me abandonabas, y que preferías á Eleonora por ser condesa y millonaria. Pero yo tambien tengo ya un título, y millon y medio en acciones de la Occidental. Mira el documento: era necesaria mi presencia en la direccion para recogerlo, y de allí vengo.

KRAUSS. (*Examinándolo*). En efecto, el documento está en tu nombre.

ERNESTINA. Tengo ademas mis alhajas.

KRAUSS. Y mi amor.

ERNESTINA. Partiendo, evitas ese duelo. Quiero partir porque tú vivas, y tambien por vivir yo. Tú no puedes comprender la existencia de una mujer que se casa sin amor. Caséme seducida por el fausto y la riqueza, y tuve que sufrir sobre mis labios los labios de oro de un estúpido mercader de bueyes. Pero yo te amaba, y cada instante aumentaba mi cariño. ¿Y el tuyo tambien, verdad? Dímelo: díme que me amas; dímelo.

KRAUSS. Sí, Ernestina: verdad es que te amo, y que no amo á nadie más que á tí. Si he debido preferir á Eleonora, hoy me une á tí la suerte.

ERNESTINA. Nuestro plan es seguro. El vapor parte á las siete, casi al amanecer. Tú vas al baile; procuras que no se fijen en tí; no me ha-

blas, no me ves. Cuando estén cenando; cuando envueltos en los vapores del vino, de nada ni de nadie se acuerden; salimos tú y yo. Un coche nos llevará al muelle. Como poco ántes me retiraré á mi habitacion, fingiendo estar algo indispuesta, no se notará mi ausencia hasta que estemos en alta mar.

KRAUSS. ¿Y ese documento es bastante? ¿no hay que llevar las acciones?

ERNESTINA. Este documento se negocia á la par en cualquier mercado de Europa. Me han dicho en la direccion, que en Paris darán por él en el acto, siete millones y medio de francos en luises de oro.

KRAUSS. No necesitamos llevar equipaje. Una maleta con un vestido tuyo y otro mio, y la bolsa de las joyas.

ERNESTINA. Eso es. ¿Pero oyes pisadas? Se acercan.

KRAUSS. Tal vez la señora del *boarding*. Entra, miéntras veo.

(*Entra Ernestina por la puerta de la derecha. Al cerrarla Krauss, ve á Eleonora que aparece por el fondo; y entónces echa la llave y se la guarda*).

ESCENA V

KRAUSS.—ELEONORA.

ELEONORA. ¿Interrumpo?

KRAUSS. No.... cerraba.... porque iba á salir.... pero babiendo llegado usted.... es decir, tú....

ELEONORA. Es mejor: usted. Sentémonos que tengo que hablar largo.

KRAUSS. Como usted mande.

ELEONORA. Sola en el mundo, y desbordándose mi alma de juventud y de ternura, amé al primer hombre que encontré en mi camino, y ese hombre fué usted. Yo jamas hubiera sido desleal. Le había dicho á usted que le amaba, y no podía escuchar propósitos de cariño de ningun otro hombre. Y sin embargo, no me han faltado pretendientes que me hubieran dado su nombre cuando yo era pobre. Uno es el banquero Peñúñuri.

KRAUSS. Yo no quiero estorbar la dicha de usted. Cásese usted con él.

ELEONORA. ¿Y quién le pide á usted su licencia? ¿acaso la he menester? Cuando ya rica y condesa, aún prefería á usted, y descubrí que me engañaba....

KRAUSS. Crea usted que en esto hay.... no sé qué.... Si yo apénas conozco á esa Laura....

ELEONORA. Permítame usted continuar. Descubierto el

engaño, estoy ya libre ante mi conciencia, pero nunca me uniré á Peñúñuri; que me da su rostro miedo, como da miedo el crímen. El otro....

KRAUSS. Al otro le ama usted.

ELEONORA. ¿Por qué me lo dice usted?

KRAUSS. Porque tiembla usted al ir á decir su nombre.

ELEONORA. Tiemblo, porque se va usted á batir con él.

KRAUSS. ¡Arlington!

ELEONORA. Y es necesario que ese duelo no se verifique.

KRAUSS. ¿Por mí, ó por él?

ELEONORA. Por él.

KRAUSS. ¿Es decir, que usted le ama?

ELEONORA. ¿Acaso sé ya lo que pasa por mí?

KRAUSS. ¿Y qué pretende usted?

ELEONORA. Que evite usted el duelo.

KRAUSS. ¿Y por qué no se lo propone usted á él?

ELEONORA. Porque le estimo en mucho, para hacerle esa proposicion.

KRAUSS. ¿De modo, que á mí no me estima usted en mucho?

ELEONORA. Negocio es ése de la señorita Laura.

KRAUSS. Pues bien, yo no cedo: me batiré mañana. Ademas, no hay modo de impedirlo.

ELEONORA. Sí le hay: partir conmigo.

KRAUSS. ¿No dice usted que ya no me ama?

ELEONORA. Es cierto; pero si usted prescinde de ese duelo, me caso con usted.

KRAUSS. ¿Y cómo prescindir?

ELEONORA. Mañana sale el vapor frances; nos embarcamos en él: no volveremos á encontrar á Arlington en la vida, y todo se arregla así.

KRAUSS. Álguien llega.

ELEONORA. Me retiro al gabinete, miéntras queda usted solo, pues de aquí no salgo sin su resolucion. (*Entra por la puerta de la izquierda, que cierra*).

ESCENA VI

KRAUSS.—LAURA.—MARTINA.

KRAUSS. ¿Ustedes aquí?

LAURA. ¿Y pensaba usted que yo no sabría estar en el puesto que el deber me señala?

KRAUSS. ¿El deber?

LAURA. El que tengo desde que acepto el amor que usted me ofreció en su carta.

KRAUSS. ¡Ah!

MARTINA. Yo tambien quiero salvar á Arlington, que me ama, segun dicen.

LAURA. Siendo nosotras hermanas, ese duelo sería un absurdo.

MARTINA. Un crímen.

LAURA. Los Montequios y los Capuletos entre concuños.

KRAUSS. ¿Pero qué he de hacer yo, si él me ha desafiado? Vayan ustedes á decirle todo eso al señor Arlington; y si él retira su reto....

MARTINA. ¿Y para cuándo han fijado el duelo?

KRAUSS. Para mañana: hay tiempo de que ustede arreglen....

LAURA. Lo que ustedes deben hacer mañana, no é batirse, sino casarse.

KRAUSS. ¿Casarnos?

MARTINA. Por supuesto.

LAURA. Respecto de mi hermana no es esto tan sen cillo, porque no tiene ninguna prueba con tra Arlington; miéntras que yo tengo la car ta de usted, que he dado á guardar al señor Peñúñuri, para cuando se necesite.

KRAUSS. Pero esa carta no es más que una declara cion.

LAURA. Lo suficiente aquí: en este país casan á ur hombre por ménos: ésta sí que es una repú· blica ilustrada.

MARTINA. Dice bien mi hermana: usted se debe casar, y no matar al señor Arlington, sino hacer que se case conmigo.

KRAUSS. Permítanme ustedes que les diga, que van siendo muy exageradas sus pretensiones, y que tentado estoy de tomarlas á la broma.

LAURA. Tómelas usted á la broma, y se entenderá con mi papá que es general.

MARTINA. Y que en la guerra del Ecuador mató á mu· chos. Dicen que de un sablazo partió al mis· mo Ecuador de medio á medio.

KRAUSS. Pero, señoritas, es necesario meditar....

LAURA. No crea usted que de mí se burla.

MARTINA. Bueno es papá para consentirlo.

LAURA. Aunque dé usted el do de pecho.

MARTINA. Ni que lo diera de espaldas.

KRAUSS. Pero tengan ustedes calma.

LAURA. Estoy furiosa..... me da el ataque de nervios.... agua.... agua....

MARTINA. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha*). Yo iré por ella.

KRAUSS. Por ahí no.

LAURA. ¿No? Ahí tiene usted escondida á alguna mujer.... Usted me engaña.... Ábrame usted.... Quiero sacarle los ojos.

ESCENA VII

DICHOS.—SOUZA.

SOUZA. (*Entrando*). ¿Ustedes aquí?

LAURA. Sí, papá: vinimos mi hermana y yo á rogar á Krauss que no se batiera; á rogárselo por el amor que me tiene. ¿Y sabes con lo que me he encontrado? Con que tiene aquí encerrada á otra mujer.

KRAUSS. No la crea usted.

SOUZA. Si á eso vengo, á salvar á usted, puesto que va á ser mi yerno. Estábamos sentados tomando té y hablando del duelo, Bull y yo....

KRAUSS. ¿El señor Bull?

SOUZA. Sí. ¿Ve usted cómo se turba?

LAURA. ¿Por qué se turba usted?

MARTINA. Responda usted á mi bermana, por qué turba.

KRAUSS. Si no me turbo.

SOUZA. Déjenme continuar, que la cosa urge. Con decía, estábamos hablando del duelo y sus probables consecuencias, y ambos ca culábamos que tenían que ser fatales pa Arlington, pues miéntras un tenor tiene q manejar constantemente las armas en el te tro, un dentista no sabe manejar más q las tenazas. En esto, llega la doncella q Ernestina había despedido, y le cuenta Mister Bull, que usted tiene amores con s esposa, y que ésta se encuentra aquí. Miste Bull, con toda la calma digna de un gran ci dadano, exclamó: "¡qué fortuna tiene el p caro de Arlington! ya no le matará Krauss. "¿Por qué?" pregunté yo. "Porque yo vo á matar á Krauss en este instante," me con testó. Mister Bull se puso entónces á car gar sus pistolas: no tarda en llegar: yo h venido corriendo á salvar á usted.

ESCENA VIII

DICHOS.—BULL.—ELEONORA *despues.*

TODOS. (*Viendo aparecer en el fondo á Bull*). ¡Miste Bull!

BULL. Señor Krauss, óigame usted con atencion.

Sé que mi esposa tiene amores con usted, y que está aquí. Si esto es cierto, no crea usted que le voy á desafiar. Los maridos que desafian á los seductores de sus mujeres, son unos tontos. Despues de la infamia pueden encontrar la muerte; y muchas veces el triunfo es de los burladores. Mi sistema es más sencillo: yo soy comerciante en todo. Un hombre me debe dinero, me paga con dinero: otro me debe honra, me paga con la vida. Vengo á cobrar.

SOUZA. Señor Bull, un poco de moderacion.....

BULL. La tengo. ¿En dónde está mi mujer?

LAURA. (*Señalando la puerta de la derecha*). Allí.

KRAUSS. No es cierto.

BULL. ¿No ha estado aquí una mujer?

KRAUSS. Sí.

BULL. ¿No es usted su amante?

KRAUSS. Sí.

BULL. (*Señalando la puerta de la derecha*). ¿Está ahí?

KRAUSS. (*Señalando la de la izquierda*). No: allí.

BULL. (*Dirigiéndose á la puerta*). Salga usted, infame.

(*Sale Eleonora*).

SOUZA, LAURA Y MARTINA. ¡Eleonora!

BULL. ¿Usted?

ELEONORA. Sí: yo.

Telon.

ACTO CUARTO.

El salon del primer acto, iluminado.

ESCENA I

BULL.—ERNESTINA.

ERNESTINA. Todo el mundo murmura de que hayamos invitado á Eleonora.

BULL. No podíamos excusarnos de hacerlo: á ella, es decir, á su millon, debemos nuestra fortuna.

ERNESTINA. ¿No has tenido noticia?

BULL. Vengo del telégrafo: están los diputados en Washington, en sesion permanente, tratando de nuestro ferrocarril: en el momento que venga alguna noticia importante, me avisarán.

ERNESTINA. ¿Pero lo sabremos esta noche?

BULL. Esta noche misma.

ERNESTINA. Si Eleonora se quiere retirar, no la detengas.

BULL. Voy á ver lo que se ofrece, y á hacer los honores.

ERNESTINA. Ya te sigo.

ESCENA II

ERNESTINA.—PEÑÚÑURI.

PEÑÚÑURI. (*Entrando por el fondo*). Señora....

ERNESTINA. Peñúñuri, Krauss no ha venido aún: estoy inquieta.

PEÑÚÑURI. Convinimos en que vendría tarde: miéntras ménos le vean, ménos observarán, y ménos podrán descubrir. Ademas, para no poner á nadie en el secreto, él mismo iba á llevar los equipajes al vapor: es un magnífico buque, el Saint Laurent.

ERNESTINA. Quisiera que Eleonora hubiese partido ántes de que Valdemiro llegase.

PEÑÚÑURI. Yo me encargo de eso: tambien estoy interesado.

ERNESTINA. Peñúñuri, ¿qué fuerza nos empuja, que nada puede separarme de Krauss, y á usted le ata á Eleonora?

PEÑÚÑURI. Me atrae, Ernestina, lo mismo que á usted, la fuerza de lo desconocido. El hombre quiere siempre poseer aquello que solamente en sueños ha visto. Usted ha soñado con amores locos, con aventuras de que por cál-

culo se había privado; y quiere realizar su sueño, y tiene usted en el alma sed devoradora de placeres, y en el corazon hambre insaciable de no sé qué fantásticos amores. Yo, por el contrario, ansío lo único que no he conocido en la vida, la virtud tranquila y serena, como se refleja en la frente de Eleonora. Una misma fuerza nos impulsa: nada más, que usted desea y yo amo; y amor y deseo parécenme como crímenes, pero son ya irresistibles.

ERNESTINA. ¡Ah! sí; irresistibles.

PEÑÚÑURI. Pero el cálculo triunfará como siempre. Usted se va con Krauss, y satisfechas quedan sus aspiraciones: Eleonora queda abandonada, engañada por su amante, por su mejor amiga; no hallará consuelo más que en mí; y tambien las almas, cuando naufragan en piélago de dolores, se toman al primer madero de salvacion que encuentran. Sólo podría haber un obstáculo ligero: esta misma noche lo allanaré.

ERNESTINA. Voy al salon; que no noten mi ausencia.

PEÑÚÑURI. Haga usted que la cena se retarde lo más posible: necesitamos que estén distraídos en la mesa, en el momento de la fuga.

ERNESTINA. He tomado todas mis precauciones.

(*Se va por la segunda puerta de la izquierda*).

PEÑÚÑURI. (*Viendo llegar por el fondo á Arlington*). Mi hombre.

ESCENA III

PEÑÚÑURI.—ARLINGTON.

PEÑÚÑURI. Señor Arlington.

ARLINGTON. ¿Conque tambien los banqueros bailan? Yo creía que solamente hacían danzar á los demas. Á propósito; esta mañana cuando pasé á ver á usted para avisarle personalmente quiénes eran mis padrinos, le pedí un billete á cambio de oro; no gusto de cargar sino papel: pues bien, el billete ha resultado falso.

PEÑÚÑURI. Démelo usted; se lo cambiaré inmediatamente por oro. Hay muchos billetes falsos.... el gobierno debería....

ARLINGTON. Dejemos eso, que no vale la pena.

PEÑÚÑURI. Es verdad, hablemos de algo más importante. Quiero hacer á usted rico.

ARLINGTON. Permítame usted que me ría.

PEÑÚÑURI. No crea usted que es una farsa: hablo seriamente.

ARLINGTON. Pues yo tambien me río seriamente.

PEÑÚÑURI. Bien; ríase usted cuanto quiera, pero hablemos con juicio: se trata de dinero.

ARLINGTON. Esa es la traduccion libre que hace un banquero de la famosa frase: "pega pero escucha." Yo prefiero la frase al reves: "escucha ó te pego."

PEÑÚÑURI. Estamos perdiendo el tiempo, y sabe usted que es dinero.

ARLINGTON. He aquí una de las profundas verdades sociales de los americanos: *el tiempo es dinero;* solamente que no explican, si es dinero que se gana, ó dinero que se pierde.

PEÑÚÑURI. Para usted va á ser dinero que se gana.

ARLINGTON. ¿Qué me cuenta usted? Quisiera admirar ese prodigio.

PEÑÚÑURI. Pues óigame usted.

ARLINGTON. Me vuelvo todo oídos.

PEÑÚÑURI. (*Aparte*). Ya cayó.

(*Pausa corta*).

(*Alto*). Amigo Arlington, perdone usted mi curiosidad: ¿cuánto gana usted poco más ó ménos, en su profesion.... de dentista?

ARLINGTON. Haga usted cuenta de que nada.

PEÑÚÑURI. Comprendo; es usted un dentista retirado.

ARLINGTON. Es el género de moda. Ántes se conocían solamente los diplomáticos retirados; pero hoy hay cantantes retirados, maridos retirados, virtudes en retiro: en fin, todo así.... retirado.... á distancia. ¡Qué más; si hay muchos hombres de bien que conozco, y que pasan por muy respetables, y no son otra cosa que pícaros retirados!

PEÑÚÑURI. No divaguemos.

ARLINGTON. Es que no lo decía por usted.

PEÑÚÑURI. Vamos al grano.

ARLINGTON. Es decir, al dinero, que es el grano de ese gran animal, rey de la creacion, que no sé por qué error involuntario se llama hombre.

PEÑÚÑURI. Pues bien, se conoce que usted ha ganado bastante segun lo que gasta; pero gastando, amigo mio, se vuelve uno pobre. Estoy seguro de que tira usted al año, unos.... tres mil pesos.

ARLINGTON. No lo crea usted.

PEÑÚÑURI. Pues pongamos dos. Aquí, como ya me ha dicho usted, no ejerce su profesion: usted necesita un país en que no haya muchos dentistas; y un buen auxilio para establecerse. Si usted se va dentro de dos dias, verbi gracia, al Perú, le doy diez mil pesos.

ARLINGTON. ¿Diez mil pesos?

PEÑÚÑURI. Sí señor, diez mil pesos: á veces soy así; me gusta proteger á los jóvenes que se lo merecen.

ARLINGTON. ¿Un banquero en la piel de un filántropo? ¿no le parece á usted algo como la fábula del lobo con la piel del carnero?

PEÑÚÑURI. Podría en cambio, ofrecer una prision.... pues soy bastante influente, y....

ARLINGTON. Eso sería otra fábula: el asno en la piel del leon; siempre cuestion de pieles.

PEÑÚÑURI. Podría subir á quince mil pesos.

ARLINGTON. ¿Más filantropía aún?

PEÑÚÑURI. Es que tengo cierto interes....

ARLINGTON. ¿Y cuál es el capital?

PEÑÚÑURI. Usted debe batirse mañana con Krauss; podría morir.

ARLINGTON. En efecto, pienso matarle.

PEÑÚÑURI. Pues bien.... ha asegurado su vida en mi casa.... si muere, tengo que pagar una fuerte suma.... le ofrezco á usted veinte mil pesos.... Pero alguno se acerca.... volveré.

ARLINGTON. Cuando usted guste.

PEÑÚÑURI. (*Aparte, yéndose por el fondo*). Con treinta mil será mio.

ESCENA IV

ARLINGTON—ELEONORA.

ELEONORA. (*Saliendo por la segunda puerta izquierda*). Dios mio, ¿qué parte de desgracias me cupo que ya no puedo más? Arlington, ¿usted aquí? ¿usted me rechazará como todas esas gentes? ¿usted se mofará de mí como ellas? ¿verdad que no? dígame usted que no. Esas gentes se escandalizan de la más ligera mancha, y son ellas como los sepulcros del Evangelio, blanqueados por fuera, y llenos por dentro de podredumbre. Y ademas, ni la más ligera mancha hay en mí. ¿Verdad que no la hay? ¿Entónces por qué se alejan de mí en el salon de baile? ¿por qué ningun caballero se me acerca? ¿por qué las señoritas me ven y se enrojecen, y las señoras me miran y se sonríen?

ARLINGTON. La encontraron á usted oculta en el gabinete de Krauss.

ELEONORA. ¿Y usted tambien duda de mí? Si así fuera, preferiría que me diese la muerte de una vez.

ARLINGTON. Yo no dudo de usted: comprendo que fué usted á evitar el lance; todo lo expuso usted por el hombre que ama, y todo lo perdió.

ELEONORA. Arlington, ya no amo á Krauss: á veces en los grandes sacudimientos del espíritu, se hace la luz en nuestro sér: vi que no le amaba; y su infame conducta casi me ha hecho aborrecerle.

ARLINGTON. Y sin embargo, tiene usted que casarse con él, si no muere mañana en el duelo.

ELEONORA. ¿Pero insisten ustedes en su criminal intento?

ARLINGTON. La sociedad marca con el sello de la infamia al que tiene valor para no cometer ese crímen. Es necesario, de miedo á la sociedad, ser muy valiente. Pero si Krauss está dispuesto á darle á usted la mano de esposo y salvar su honra, prescindiré del lance.

ELEONORA. Ya me repugna unirme á ese hombre.

ARLINGTON. Ello es preciso: recuerde usted que lleva el nombre de los Ciccione, y que *nobleza obliga.*

ELEONORA. ¿Pero cómo me dá usted ésos consejos, cuando quería casarse conmigo?

ARLINGTON. Porque cuando pienso en las penas de usted, me olvido hasta de mis esperanzas.

ELEONORA. ¡Noble siempre! ¿Pero no habría otro medio?

ARLINGTON. Sí: que delante de todos los testigos de la afrenta, delante de todos los concurrentes al baile, explique Krauss la presencia de usted en su habitacion, y haga patente su pureza.

ELEONORA. ¿Y cómo conseguirlo?

ARLINGTON. Ensayaré. Vuelva usted al baile.

ELEONORA. Imposible, que soy allí befa y ludibrio de todos. Al contrario, sáqueme usted de este baile, por compasion.

ESCENA V

DICHOS.—ERNESTINA.

ERNESTINA. ¿Qué te pasa, amiga mia?

ELEONORA. Le ruego á Arlington que me saque de aquí. ¡Estoy sufriendo tanto! Bien dicen que la calumnia es como el carbon; cuando no quema, mancha.

ERNESTINA. ¿Quién puede dudar de que es una calumnia infame la que te acusa? No comprendo cómo hay gentes que gocen tanto con hacer tanto mal. Sin embargo, miéntras no se desvanece la calumnia, buena me parece tu determinacion: retírate, ocúltate del mundo algunos dias, que la verdad triunfará, y con ella saldrás otra vez radiante y pura.

ARLINGTON. ¿Es decir, que en el mundo es preciso que la virtud retroceda y se oculte ante la calumnia? ¿es decir, que la honradez vale mé-

nos que la mentira puesto que tiembla ante ella? ¿es decir, que se da más importancia á unos labios fementidos que á ojos que son espejo de bondad? ¿á una lengua viperina que á la frente que parece terso lago en que se refleja una alma sin mancha? Si ése es vuestro mundo, prefiero mil veces el mundo de Dios. En el mundo de Dios, si se interpone una nube en la marcha del sol, el sol no se detiene, rasga con dardos de oro la nube osada, y resplandece más brillante. Si hoy nube de calumnia quiere opacar el sol de la virtud de Eleonora, Eleonora no retrocederá: permanecerá en el baile.

ERNESTINA. Yo lo decía, porque ustedes ven lo que pasa.

ARLINGTON. Que Eleonora pruebe á alzar la frente, y veremos si la calumnia se atreve á contemplarla siquiera.

ELEONORA. Tiene razon Arlington; me quedo. Quiero luchar contra la infamia, y mirarla á mis piés; que si los buenos no combaten, ¿qué sería del mundo en manos de los malvados? Pero quisiera descansar un rato.

ERNESTINA. Vamos á mi cuarto. (*Aparte y yéndose*). ¡Maldecido dentista!

ELEONORA. Vuelvo, Arlington.

ARLINGTON. (*Aparte*). Algun plan tenía Ernestina.

(*Se van por la primera puerta de la izquierda Eleonora y Ernestina. Krauss entra por el fondo*).

ESCENA VI

ARLINGTON.—KRAUSS.

KRAUSS. (*Viéndole*). ¡Ah!

ARLINGTON. ¿No esperaba usted encontrarme? Había yo sido invitado de antemano....

KRAUSS. Mas en vísperas de un duelo....

ARLINGTON. Estamos en el mismo caso.

KRAUSS. Es verdad.

ARLINGTON. (*Aparte*). Este hombre trama algo. (*Alto*). Podríamos, á pesar de todo, evitar el duelo.

KRAUSS. ¿Cómo?

ARLINGTON. El honor de Eleonora está comprometido; usted le debe una reparacion; cásese usted con ella, y prescindo de todo.

KRAUSS. Me ha despreciado públicamente.

ARLINGTON. Públicamente la ha infamado usted.

KRAUSS. Es imposible.

ARLINGTON. En tal caso, mataré á usted.

KRAUSS. Ésa es cuestion de mañana: esta noche bailemos.

ARLINGTON. Tiene usted toda la noche para decidirse.

KRAUSS. Muy bien, caballero. (*Se va por la derecha*).

ARLINGTON. (*Yéndose por la izquierda*). Este hombre es un cobarde.... y está tranquilo.... Algun plan tiene este bribon.

ESCENA VII

SOUZA.—LAURA.—MARTINA.

(*Entran por el fondo con trajes de gusto exagerado: las dos del brazo de Souza*).

LAURA. (*Dando grandes paseos*). Esto es insufrible: nadie nos saca á bailar.

SOUZA. Como son extranjeros todos estos yankees, nadie nos conoce.

MARTINA. ¡Papá, tener que bailar contigo únicamente! Y como somos dos, hay que bailar una pieza sí, y otra no.

SOUZA. Pues les advierto que ya no bailo más, que estoy muy fatigado.

LAURA. ¡Y para esto mandé teñir mi traje de seda!

MARTINA. Y luégo, que mi señor dentista no parece.

LAURA. Pues mi tenor es bueno.

SOUZA. Es natural que debiendo matarse mañana, no estén para bailes.

LAURA. Lo que es á mí, poco me importa: Buttler no me habría dejado sin pareja en el baile.

MARTINA. Ni á mí Carlisle.

LAURA. Decididamente trueno con Krauss: ¿qué se puede esperar de un tenor de fuerza que tiene en su garganta un gallinero?

MARTINA. ¿Y qué me dices de mi dentista que ni siquiera usa dientes postizos?

SOUZA. La verdad es que el tenor y el dentista parecen acaudalados, miéntras que de nues-

tros dos americanitos, no sé que posicion tengan.

LAURA. ¿Por qué no le preguntas á Tenysson?

SOUZA. Como es diplomático, me diría una mentira.

LAURA. Pues yo estoy aburrida: vámonos del baile.

MARTINA. Sí, papá: vámonos.

SOUZA. ¿Irme yo del baile ántes de cenar? ¿están ustedes locas? Si no he venido más que por la cena.

ESCENA VIII

DICHOS.—BUTTLER.—CARLISLE.

LAURA. (*Viéndolos aparecer por la puerta del fondo*). Nuestros buenos amigos. Apreciable Buttler. Aquí nos tienen ustedes que no hemos querido bailar, porque no estaban ustedes.

MARTINA. Carlisle, solamente con papá he bailado: se lo juro á usted.

BUTTLER. ¿Y qué tal está la concurrencia? ¿habrá mucho lujo?

LAURA. Yo le diré á usted, que aunque Ernestina se ha hecho baronesa, como nadie puede olvidar que fué.... de la ópera bufa.... y que su marido es, como si dijéramos.... carnicero por mayor.... la concurrencia naturalmente no es muy lucida. Crea usted que

nosotras hemos venido, porque no somos orgullosas, y porque sabíamos que íbamos á tener el gusto de encontrarlos.

SOUZA. Y que los viajeros se pueden permitir ciertas libertades. En el Brasil, mis hijas sólo irían al baile que diera el rey D. Pedro.

CARLISLE. Y cuéntenme ustedes: ¿qué pasó con la diva Eleonora?

MARTINA. ¡Poca cosa! que nos la encontramos en el gabinete de Krauss.

BUTTLER. ¿Cómo encontramos? ¿ustedes?

SOUZA. Le diré á usted: yo pasaba con mis hijas; vimos el escándalo; entramos; y etc.

LAURA. ¿Creen ustedes que la muy insolente está en el baile con un magnífico traje, y llena de brillantes? ¡Qué poco gusto! ¡una señorita! Por nada de esta vida me pondría yo brillantes: aunque se empeñase papá.

CARLISLE. La hermosura no necesita adornos.

SOUZA. Sin embargo, como no trajimos nuestros magníficos brillantes del Brasil, y veo que todo el mundo los gasta, acuérdenme ustedes que mañana les compre unos aderezos.

BUTTLER. Mañana se canta la *Aida* en la Academia de Música, y podrán estrenar sus joyas.

SOUZA. Es verdad. Martina, tú que tienes buena memoria, acuérdame que compre mañana billetes para nosotros y estos caballeros.

CARLISLE. Le mandaré á usted un agente de teatros que proporciona muy buenas localidades.

BUTTLER. Y yo un corredor de alhajas que tiene brillantes hermosísimos.

SOUZA. Pero no.... no puede ser.... hoy nos vamos á desvelar toda la noche en el baile, y no podemos ir mañana á la ópera....

BUTTLER. Durmiendo en el dia....

SOUZA. No, amigo mio: dos desveladas seguidas nos hacen mucho daño á los viejos: y no es bueno que las jóvenes anden en tanto bureo.

BUTTLER. Entónces, nada más mandaré al joyero.

SOUZA. Sí.... pero estoy pensando, que en estas grandes ciudades engañan á uno muy fácilmente; y ademas, no podrían vendernos brillantes tan hermosos como los nuestros....

LAURA. Son muy hermosos nuestros brillantes.

SOUZA. Y tenemos tantos.

MARTINA. Tenemos muchos.

SOUZA. Más vale encargarlos al Brasil.

MARTINA. Más vale, papá.

LAURA. Sí; más vale.

ESCENA IX

DICHOS.—KRAUSS.—*Despues* ARLINGTON Y TENYSSON.

KRAUSS. ¿Pero ustedes aquí, sin bailar? ¿No le gusta á usted, bella Laura?

LAURA. Sí señor: mucho. (*Aparte á Martina*). ¿Ves qué fino es conmigo?

MARTINA. (*Á Laura, aparte*). ¡Qué fastidiosa estás con tu tenor!

BUTTLER. Pues, si usted me hace favor, vamos, hermosa Laura, á volar en alas de ese wals que comienzan á tocar.

LAURA. Gracias. ¿Usted, Krauss, no baila?

KRAUSS. Despues: quiero descansar un poco.

LAURA. Yo tambien quiero descansar.

MARTINA. Con mucho gusto, Carlisle: vamos. (*Viendo entrar á Arlington*). Pero siempre me quedo con Laura: pudiera decir....

LAURA. (*Á Martina*). Cómo te detiene el dentista: te ha atrapado como si fueras muela.

MARTINA. (*Á Laura*). Siquiera no rompe los oídos como tu tenor.

LAURA. (*Á Martina*). No: rompe las quijadas.

ARLINGTON. Señoritas, permítanme ustedes que admire sus trajes: no hay como el Brasil para buen gusto.

LAURA. (*Aparte*). ¿Se estará burlando?

SOUZA. Mis hijas tienen mucho gusto.

ARLINGTON. Ya se ve.

KRAUSS. (*Aparte*). ¿Cómo alejarlos?

TENYSSON. (*Entrando*). ¿No ha pasado la cena? He estado tan ocupado en.... la diplomacia.... nunca puedo separarme ántes de la una.... y ya son las dos.... ya es hora de cenar.

SOUZA. Pregúnteselo usted á mi estómago.

ARLINGTON. ¿De manera que ustedes bailan con el estómago?

MARTINA. ¡Qué gracioso es usted, señor Arlington!

LAURA. ¿Qué le parece á usted, Krauss?

TENYSSON. Pero calle: aquí tenemos á los dos jóvenes que se baten mañana, juntos en un baile: esto es muy *chic*.

ARLINGTON. Más *chic* es en usted y el señor Souza, que se van á batir esta misma noche.

SOUZA. ¿Nosotros?

ARLINGTON. Sí: á dentelladas.

TODOS. Ja, ja, ja.

SOUZA. El caso es que no llaman á cenar.

BUTTLER. ¡Si no habrá cena!

CARLISLE. Sería chasco.

TENYSSON. Sí la hay: me he informado. ¿Y saben ustedes la noticia?

SOUZA. ¿Qué noticia?

TENYSSON. La de la Occidental.

KRAUSS. ¿La de la Occidental?

TENYSSON. Sí: miéntras en el Congreso se discutía la concesion, que hace una hora se ha votado, el banquero se fugó con cinco millones.

KRAUSS. ¿Por lo tanto la empresa?

TENYSSON. Ha quebrado ántes de comenzar.

KRAUSS. ¿Y las acciones?

TENYSSON. No valen ni el papel en que están impresas.

ARLINGTON. Mucho se preocupa usted.

KRAUSS. Tenía yo.... algunas acciones....

CARLISLE. Yo.... no algunas.... muchas....

ARLINGTON. (*Aparte*). Mentira.

LAURA. ¿Y usted, Buttler?

BUTTLER. Yo, ninguna.

LAURA. Es decir, ¿que su capital de usted no ha padecido nada?

BUTTLER. No ha disminuido ni un centavo.

LAURA. Buttler, vamos á bailar.

KRAUSS. Una palabra todos. El señor Bull tenía todo su capital en estas acciones: si alguno de nosotros lo cuenta, puede saberlo, y no debe recibir la noticia en medio de un baile.

TENYSSON. Despediría á la concurrencia, y ya no habría cena.

SOUZA. Hay que callarnos hasta despues de cenar.

ESCENA X

DICHOS.—ELEONORA.—ERNESTINA.

(*Sale Eleonora con abrigo, apoyándose en Ernestina*).

ARLINGTON. (*Aparte*). ¡Eleonora!

KRAUSS. (*Aparte*). ¡Ernestina!

LAURA. ¿Se va usted, encantadora amiga?

ERNESTINA. Se siente enferma.

SOUZA. ¿Pero ántes de cenar?

KRAUSS. Perdónenme ustedes un momento: voy á cumplir con un sagrado deber, ó más bien dicho con dos. La presencia de Eleonora en mi habitacion ha sido mal comentada: si Eleonora no fuera pura y virtuosa no le

daría mi mano, y tengo el honor de presentar á ustedes á mi esposa, y de invitarlos para nuestra boda que se celebrará mañana.

ERNESTINA. (*Aparte*). ¿Qué infamia es ésta?

KRAUSS. Ademas, doy la más completa satisfaccion en presencia de ustedes, al señor Arlington á quien sin razon ofendí.

(*Tiende una mano á Eleonora y otra á Arlington*).

ARLINGTON. (*Aparte á Krauss*). Gracias por ella.

ELEONORA. (*Aparte á Krauss*). Gracias por él.

Telon.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA I

PEÑÚÑURI.—KRAUSS.

(*Llegan por el fondo*).

PEÑÚÑURI. Mas explíqueme usted qué pasó, pues no puedo entenderlo. ¿Acaso no ama usted á Ernestina?

KRAUSS. Con pasion volcánica que parece llama de infierno.

PEÑÚÑURI. ¿Prefiere usted á Eleonora?

KRAUSS. Devaneo, y no cariño, fueron con ella mis amores.

PEÑÚÑURI. Pues entónces, ¿cómo acertar con el enigma?

KRAUSS. Óigame usted.

PEÑÚÑURI. Le escucho atento.

KRAUSS. Ya tenía yo relaciones con Eleonora, cuando en su casa conocí á Ernestina. Eleonora, como segura de poseer mi cariño, descuidaba el alimentar el fuego de mi alma. Ernestina empezó á arrojar en ella el combustible de sus miradas. En esa época se presentaba Mister Bull pretendiéndola. Fué el amor propio, viento que sopló en la hoguera de mi pecho, y avivó su incendio. Ernestina prefirió al comerciante rico; pero la que no quiso hacerme su esposo, lo hubiera sido, me hizo su amante, y al hacerme su amante me hizo su esclavo.

PEÑÚÑURI. Pero usted desde hace dias iba á casarse con Eleonora.

KRAUSS. Sí; para ver si encontraba una solucion á mi estado de angustia y desesperacion. Con un título, con un millon, con un ángel como Eleonora por esposa, viajando en Europa, en Egipto, en Asia, podré olvidar, me decía yo: y si no olvido, ya más rico que Ernestina, la arrebataré á su esposo, y seré entónces su rey, y no su esclavo. Me propone usted entónces la fuga, ella me deslumbra con un capital mayor que el de Eleonora, y en medio de tanta lucha, y tanta agitacion, y tanto vértigo, me decidí á que huyéramos esta noche.

PEÑÚÑURI. Pues cada vez comprendo ménos la conducta de usted.

KRAUSS. El capital de Ernestina estaba en acciones de la Compañía Occidental, y al llegar al baile sé que ha quebrado esa sociedad. Huír con Ernestina, sin tener un capital, cuando ella está ya acostumbrada á tanto lujo, era un absurdo. Volví á mi primer plan: casarme con Eleonora.

PEÑÚÑURI. Pues he aquí que iba usted á hacer un solemne disparate.

KRAUSS. ¿Cómo?

PEÑÚÑURI. Voy á ponerle á usted al tanto de la situacion financiera de nuestros personajes. Mister Bull está arruinado.

KRAUSS. ¿Arruinado?

PEÑÚÑURI. Completamente: no le queda más que los muebles de esta casa y las pinturas; podrá sacar de todo, ya sabe usted lo que se pierde al vender, unos treinta mil pesos. Ernestina no tiene más que sus alhajas.

KRAUSS. ¿Nada más?

PEÑÚÑURI. Pero son brillantes, y pueden venderse en Europa por lo ménos en doscientos mil francos. Eleonora....

KRAUSS. Tiene un millon de pesos.

PEÑÚÑURI. No, amigo mio: no tiene ni un céntimo.

KRAUSS. ¿Ni un céntimo?

PEÑÚÑURI. Ni un céntimo. Sabe usted que yo me encargué de recibir el millon, que entregó en oro el banquero del ministro. Pues bien, al dia siguiente, recibí órden de entregar á mi

vez el millon en oro al señor Bull, y recibir de él en cambio dos millones en acciones de la Compañía Occidental; de modo, que si ésta ha quebrado, ya comprenderá usted que Eleonora no tiene un céntimo.

KRAUSS. ¿Y qué hacer entónces? Aconséjeme usted.

PEÑÚÑURI. Aquí tiene usted dos pasajes para el vapor que zarpa á las siete para Europa. Los convidados están cenando, y no piensan en otra cosa. Mister Bull les está haciendo los honores. Ernestina se ha retirado á su dormitorio algo enferma, y no la extrañarán. Saliendo por ese pasillo, llegan á mi coche sin que nadie los vea. Pronto serán las seis, y en tres cuartos de hora mis magníficas yeguas pondrán á ustedes en el muelle. Cuando ustedes hayan partido, doy la noticia de la quiebra: Bull y Eleonora se trastornarán, y no pensarán de pronto más que en su ruina; á los demas nada les importa el no ver á ustedes. Es preciso que hable usted inmediatamente con Ernestina: los instantes son preciosos. (*Toca un timbre.—Á un criado que se presenta*). Diga usted á la doncella de la señora, que le avise que el señor Krauss necesita hablarle urgentemente. (*Se va el criado*). Usted le dice á Ernestina, que lo que hizo fué para desvanecer sospechas, y llevar á cabo la fuga más fácilmente: usted la convence.

KRAUSS. Pero....

PEÑÚÑURI. ¡Ah! olvidaba yo la cuestion de fondos. Miéntras ustedes arreglan lo conveniente, voy á casa, que está á dos calles, y les traeré cien mil pesos en billetes del tesoro: con esto, que se cambia por oro en cualquier mercado de Europa, y las alhajas, hay para el viaje. Es necesario estar listos dentro de un cuarto de hora. Vuelvo.

(*Se va por el fondo*).

ESCENA II

ERNESTINA.—KRAUSS.

ERNESTINA. (*Saliendo por la primera puerta de la izquierda*).

¿Usted me llama, Krauss?

KRAUSS. Yo, Ernestina: yo que necesito explicarte que lo que ha pasado no fué más que una estratagema para desvanecer inquietudes y sospechas; pero que estoy pronto á partir ahora mismo contigo. Aquí tengo los billetes de pasaje, el coche nos espera al pié de ese pasillo, y á las siete parte el vapor que debe conducirnos á Europa.

ERNESTINA. ¿Pero es cierto? Mira que estaba yo muriendo de desesperacion.

KRAUSS. Sí: alístate pronto; la cena se ha prolongado

mucho; pero no tardará en concluir. A las seis debemos salir de aquí: no tenemos más que quince minutos. Un pequeño saco para las joyas es bastante.

ERNESTINA. Voy en el acto. ¿Mas no me engañas aún?

KRAUSS. (*Oprimiéndola en sus brazos*). Te adoro.

ERNESTINA. Vuelvo luégo.

(*Ernestina entra en su habitacion. y Krauss se va por el fondo*).

ESCENA III

ARLINGTON *solo.*

(*Sale por la segunda puerta izquierda*).

¿Por qué una fuerza irresistible me ha detenido en el baile? ¿Acaso yo, que no creo en el amor, que no creo en nada, amaré de veras á Eleonora? Si amar es sufrir con toda el alma, debo amarla mucho. Dicen que el amor nunca desespera; y va á casarse mañana, y nadie lo duda, ¡y yo espero! Sin duda que esta extraña inquietud es amor. Estarán todos felices y contentos en la mesa, derramando el *champagne* en copas de oro; ¡y yo siento que se derraman mis lágrimas de las copas de mis ojos! Yo era ayer el insustancial, el excéntrico.... ¿Pero qué mayor excentricidad que amar en estos tiem-

pos, en que el amor si no sirve para burlas, sirve para engaños é infamias? (*Se sienta en el sofá cubriéndose la frente con las manos*). Sí; estoy en mi papel de excéntrico; ¡porque amo mucho!

ESCENA IV

ARLINGTON.—PEÑÚÑURI

(*Al acercarse Peñúñuri por detras de Arlington, le confunde con Krauss*).

PEÑÚÑURI. Aquí está la cartera con los cien mil duros: puede usted partir con Ernestina.

ARLINGTON. Señor Peñúñuri.

PEÑÚÑURI. Señor Arlington: le había confundido á usted con Krauss; fué fortuna que no encontrara á otra persona que descubriese mi secreto.

ARLINGTON. ¿El secreto de usted.... de Krauss.... y de Ernestina?

PEÑÚÑURI. Sí, amigo mio. No temo decírselo á usted todo, pues un mismo interes nos une, porque aquí me estorba usted, y porque necesito que me ayude.

ARLINGTON. ¿Yo?

PEÑÚÑURI. Hace algunas horas le llegué á ofrecer á usted veinte mil pesos, si ántes de tres dias

se iba de los Estados Unidos para cualquier parte.

ARLINGTON. Es cierto; pero no he comprendido el objeto de usted.

PEÑÚÑURI. Es muy sencillo: quiero deshacerme de un rival, pues sabe usted que amo á Eleonora.

ARLINGTON. ¡Ah! es verdad.

PEÑÚÑURI. De pronto, nos conviene á los dos deshacernos del enemigo comun, de Krauss; despues, estoy seguro de que nos arreglaremos.

ARLINGTON. Todo es posible en la vida.

PEÑÚÑURI. Pues amigo Arlington, dentro de unos cuantos minutos, huirán para Europa Krauss y Ernestina.

ARLINGTON. Esto es muy grave.

PEÑÚÑURI. Usted no se separará de esta pieza, para que si alguno por casualidad los ve, no sospeche, supuesto que hay otra persona. Saldrán por esa puerta que conduce á un pasillo reservado, que tiene otra puerta de salida cuya llave está pegada.

ARLINGTON. ¿Pero está usted seguro de que está la llave?

PEÑÚÑURI. Como está siempre la de esta puerta, que es el otro extremo del pasillo.

ARLINGTON. (*Yéndose por esa puerta*). Quiero cerciorarme.

PEÑÚÑURI. (*Solo*). Ya es mio; procura mostrar celo; mañana me arreglaré fácilmente con él. (*Á Arlington que vuelve*). ¿Estaba la llave?

ARLINGTON. Sí: estaba.

PEÑÚÑURI. Dejo á usted: voy á buscar á Krauss, para venir en el momento oportuno, en que nos mande avisar Ernestina que está lista; es cuestion de minutos.

(*Se va Peñúñuri por la puerta del fondo*).

ESCENA V

ARLINGTON.—ELEONORA.

ELEONORA. (*Saliendo por la segunda puerta de la izquierda*).
¿Arlington, usted aquí?

ARLINGTON. Ya lo ve usted. Pero observo en su rostro una melancolía, que no cuadra bien con quien mañana debe casarse.

ELEONORA. No podía estar en la mesa; esa cena es interminable; y beben y se ríen como si estuvieran locos; creo que no acabarán en una hora.

ARLINGTON. Pero esto no me explica....

ELEONORA. ¿El que me case con Krauss? Pues sépalo usted, Arlington, aunque no deba decirlo más en mi vida: me caso porque amo á usted con todo mi corazon.

ARLINGTON. ¿Me ama usted?

ELEONORA. Sí: fué esto en un principio, simpatía inspirada por su bello carácter y por su talento; fué despues como admiracion, nacida al

comparar sus cualidades con los defectos de Krauss; y fué por fin la revelacion de un inmenso cariño, al ver que usted se iba á batir, que le podían matar.... ¡y que yo me moría!

ARLINGTON. ¡Eleonora!

ELEONORA. Por salvarle á usted, nada más por usted, fuí á ver á Krauss, y le ofrecí mi mano si desistía de ese duelo. Por haber ido, todos me creyeron deshonrada, y para lavar mi honra me caso: tengo ya un nombre que no debe mancharse.

ARLINGTON. Pero Krauss ha declarado ante todos la honradez de usted.

ELEONORA. Pero tiene mi palabra.

ARLINGTON. Yo tambíen tengo una promesa de usted, y es anterior: me empeñó usted su palabra de honor, de darme su mano el dia que le probara que debía dudarse del amor y de la amistad. Muy pronto le reclamaré á usted esa palabra. Ya soy feliz con saber que usted cree amarme. Mas es preciso que vuelva usted al salon, hasta que yo la llame.

ELEONORA. No entiendo qué idea tiene usted; pero me voy.

ARLINGTON. Hasta muy pronto. Es usted un ángel.

(*Se va Eleonora por el fondo*).

ESCENA VI

ARLINGTON.—KRAUSS.—PEÑÚÑURI.—ERNESTINA.

KRAUSS. ¿En cualquier mercado reciben estos billetes?

PEÑÚÑURI. Como oro.

(*Al verlos entrar, se retira Arlington por la segunda puerta de la izquierda*).

ERNESTINA. (*Saliendo*). Estoy lista.

KRAUSS. ¿Traes las alhajas?

ERNESTINA. En esta bolsa: no llevo más.

KRAUSS. Partamos.

(*En este momento vuelve á salir Arlington*).

PEÑÚÑURI. Buen viaje.

(*Se van Ernestina y Krauss por la primera puerta de la derecha. Peñúñuri se dirige á la puerta del fondo para observar. Arlington se acerca á la puerta por donde salieron Ernestina y Krauss, cierra á dos vueltas, quita la llave, y se la guarda en la bolsa. Al ruido se vuelve Peñúñuri, y ve el movimiento*).

ESCENA VII

ARLINGTON.—PEÑÚÑURI.

PEÑÚÑURI. ¿Qué hace usted?

ARLINGTON. Cerrarles, para impedir que se vuelvan.

PEÑÚÑURI. Bien pensado. Hablemos ahora nosotros.

ARLINGTON. Eso digo yo.

PEÑÚÑURI. La fatalidad me arrastra, y es necesario que Eleonora sea mi esposa.

ARLINGTON. Ya tuve el honor de decir á usted, que me encargaba de impedir que la fatalidad hiciera ese disparate.

PEÑÚÑURI. Tambien le he dicho á usted, que es una locura ponerse en mi camino. Ya estamos bastante ligados, para que yo no me descubra.

ARLINGTON. No hay necesidad: yo le diré á usted quien es.

PEÑÚÑURI. ¿Usted?

ARLINGTON. Sí: yo. La policía tuvo noticia de mi duelo con Krauss, y el superintendente pasó á notificarme que no permitía que el lance tuviera lugar en la ciudad. Se habló naturalmente de los padrinos, y entónces me dió de usted los siguientes detalles. Usted es un galeote escapado de Ceuta. El amo de la casa de comercio en que usted estaba cuando tenía veinte años, le puso un dia la mano en el rostro: ciego de furor, le hundió usted en el corazon unas tijeras que sobre el mostrador estaban. Despues en el presidio, una mañana, luchaba usted por diversion con varios compañeros, en presencia de la esposa del alcaide de la fortaleza. Vencido tres veces, la esposa del alcaide se burló de usted; y usted sin saber lo que hacía, se arrojó sobre ella, y ántes de que pudie-

ran separarle, la ahogó entre sus manos. Á poco se fugó usted.... y hoy es banquero.

PEÑÚÑURI. ¿Nada más le contó á usted el superintendente?

ARLINGTON. Nada más; pero me parece que es bastante.

PEÑÚÑURI. Pues me alegro de que sepa usted quien soy, y lo que de mí puede temer. Pero volvamos á nuestro negocio. ¿Acepta usted mis proposiciones? Espero su resolucion.

ARLINGTON. Pues óigala usted.

PEÑÚÑURI. ¿Pero no nota usted que sacuden esa puerta?

ARLINGTON. Sin duda nuestros tórtolos dejaron, en su fuga precipitada, abierta la de la otra extremidad del pasillo, y el aire, al entrar....

PEÑÚÑURI. No: si mueven la puerta.

ARLINGTON. No haga usted caso, y escúcheme con mucha atencion. Desde que conocí á usted comprendí que era un bribon.

PEÑÚÑURI. Caballero....

ARLINGTON. Déjeme usted continuar. Hay sin embargo en usted circunstancias atenuantes: no ha sido el vil interes el que le ha guiado en sus pretensiones respecto de Eleonora.

PEÑÚÑURI. Es una verdadera pasion, una pasion inmensa.

ARLINGTON. Á veces quiere el cielo que esas pasiones sirvan de castigo á los malvados. Pero vamos á nuestro negocio. Usted me ha ofrecido veinte mil pesos porque huya yo de Eleonora.

PEÑÚÑURI. Sí: veinte mil pesos; en oro, no en billetes

ARLINGTON. ¿Por qué no en billetes?

PEÑÚÑURI. El oro.... es más bello.... ¿Usted desconfía de mí?

ARLINGTON. El rostro de usted parece negra nube, y todas las nubes negras encierran en su seno tempestades.

PEÑÚÑURI. Estoy dispuesto á aumentar hasta treinta mil pesos en oro.

ARLINGTON. Si usted es quien se va, le doy cincuenta mil.

PEÑÚÑURI. ¿Quién es usted entónces?

ARLINGTON. Y si no acepta, y no se va, le entregaré á la justicia.

PEÑÚÑURI. Vea usted como sacuden la puerta.

ARLINGTON. No haga usted caso.

PEÑÚÑURI. Permítame usted que me retire.

ARLINGTON. Ántes contésteme usted.

PEÑÚÑURI. Mis faltas han sido cometidas en España y en Ceuta: aquí no tengo que hacer nada con la justicia.

ARLINGTON. Es verdad: la justicia es la que tiene que hacer con usted.

PEÑÚÑURI. Me está usted injuriando.

ARLINGTON. ¡Qué susceptible es usted, señor falsificador!

PEÑÚÑURI. ¡Ah, mi secreto!

ARLINGTON. Ayer le cambié á usted un poco de oro por papel, y el billete que me dió usted era falso.

PEÑÚÑURI. ¿Se lo ha dicho usted á alguno?

ARLINGTON. No valía la cantidad la pena de perder á un hombre.

PEÑÚÑURI. Entónces estoy salvado, porque el único que me ha descubierto, usted, va á morir á mis manos.

(*Saca un puñal, y se lanza sobre Arlington; pero éste violentamente se pone detras de un sillon, y con un revolver apunta á Peñúñuri*).

ARLINGTON. Si da usted un paso, le vuelo la tapa de los sesos.

PEÑÚÑURI. ¡Oh furor!

ARLINGTON. Deje usted ese puñal sobre la chimenea.

PEÑÚÑURI. (*Dejándolo*). Ya está.

ARLINGTON. Siéntese usted en aquella butaca: si se mueve usted, le mato.

PEÑÚÑURI. (*Sentándose*). Obedezco.

ESCENA VIII

DICHOS.—ELEONORA.

ELEONORA. ¡Ah!

ARLINGTON. Viene usted á tiempo.

ELEONORA. Impaciente de esperar....

ARLINGTON. Comprendo. Ha llegado la ocasion de que me cumpla usted su juramento.

PEÑÚÑURI. Si ustedes tienen que hablar....

ARLINGTON. Cuidado con moverse.

PEÑÚÑURI. (*Aparte*). ¡Maldicion!

ARLINGTON. Usted creía en el amor de Krauss y en la amistad de Ernestina; y me ofreció que si le probaba que eran una mentira, me daría su mano. Pues bien, hace algunos minutos que los dos salieron por esa puerta.

ELEONORA. La puerta se mueve.

ARLINGTON. Sí, porque allí están encerrados. Debían salir por la puerta del otro extremo del pasillo; pero había yo quitado desde ántes la llave. Huían para Europa. ¿Es ya tiempo de que me conceda usted su mano?

ELEONORA. Sí, Arlington; y el alma entera.

PEÑÚÑURI. (*Aparte y queriendo levantarse*). Me siento morir.

ARLINGTON. (*Á Peñúñuri*). Sin moverse.

ELEONORA. ¿Qué es esto?

ARLINGTON. Que el señor, despues de haber sido cómplice de los fugitivos, quiso buenamente clavarme en el pecho ese puñal que está sobre la chimenea.

ELEONORA. ¡Ah, qué horror!

PEÑÚÑURI. Sí: porque yo la amo á usted; y mi amor es más grande, mucho más grande que el de Arlington; porque éste la cree dueña de un millon de pesos, que usted entregó á Mister Bull para que se emplease en acciones de la Occidental; y yo la amo á usted, sabiendo que ha quebrado la Compañía, y que está usted arruinada.

LEONORA. ¡Arruinada!

ARLINGTON. No; supuesto que hoy mismo tendrá usted en mí un marido, que le sirva de apoyo en la vida.

LEONORA. ¡Arlington!

ARLINGTON. Peñúñuri, ya ve usted qué feliz soy. No quiero que ustedes se pierdan. Tome usted las llaves, y huyan los tres.

(*En el momento en que Peñúñuri está abriendo la puerta, se presentan en el fondo Bull, el superintendente y varios policías*).

ESCENA IX

DICHOS.—BULL.—EL SUPERINTENDENTE.—UNOS POLICÍAS.

SUPERINTENDENTE. Peñúñuri, dese usted á prision.

PEÑÚÑURI. ¿Yo? ¿por qué?

SUPERINTENDENTE. Acaba de descubrirse, en el banco de usted, la fábrica de billetes falsos. (*Á la policía*). Llévenlo ustedes

(*Sale Peñúñuri con los policías*).

SUPERINTENDENTE. Quiero ver á qué iba por esta puerta.

ARLINGTON. Voy á decirlo. Iba á unirse con Krauss y Ernestina....

BULL. ¿Mi mujer?

ARLINGTON. Se van á embarcar para Europa.

BULL. Voy á matar á ese infame.

ARLINGTON. Sería una torpeza cometer ese crímen. ¿Viviría usted feliz con una mujer que le ha engañado?

BULL. Es verdad.

ARLINGTON. (*Levantando las llaves que dejó caer Peñúñuri*). Voy á darles la llave de salida, y á recoger el saco de alhajas.

BULL. Todas las facturas están en mi nombre: son mias.

ARLINGTON. Su precio puede servir de base á una fortuna que levante el trabajo.

BULL. Tal vez se lleva las acciones de la Occidental.

ARLINGTON. (*Yéndose*). Ésas nada valen.

BULL. ¿Cómo nada valen?

ELEONORA. Porque la Compañía ha quebrado.

BULL. Entónces he arruinado á usted.

ELEONORA. ¡Qué ménos podía esperar de mi.... protector!

ESCENA X

DICHOS.—LAURA.—MARTINA.—CARLISLE.—BUTTLER.—SOUZA Y TENYSSON *despues.*

LAURA. Nos retiramos, señor Bull. Pero ántes queremos participar á usted, que decididamente nos casamos, yo con Buttler, y Martina con Carlisle. Que el señor Krauss se case

con la señorita: será un matrimonio igual, gentes de teatro.

ELEONORA. Yo me caso con Arlington.

MARTINA. No crea usted que tuvimos nada; no se vaya usted á encelar. Si me duelen las muelas, le preferiré.

SOUZA. (*Entrando con Tenysson*). ¿Nos vamos, niñas?

SUPERINTENDENTE. (*Al verle*). Jaime, ya sabía yo que estabas aquí. ¿Has hecho carrera?

SOUZA. Señor, entré en la revolucion del Ecuador... y soy general.

TENYSSON. ¿Usted conocía á mi gran amigo?

SUPERINTENDENTE. Cuando estuve de secretario de la Legacion en el Brasil, Jaime era lacayo del ministro.

TENYSSON. ¡Puf!

BUTTLER. (*Á Laura*). Señorita, nuestro matrimonio es imposible: hay que respetar la igualdad de clases; el padre de usted ha sido lacayo; y el mio fué mucho más, fué cochero.

CARLISLE. Y el mio conductor de ferrocarril.

ARLINGTON. (*Volviendo*). Ya se habían ido: encontré la puerta del pasillo forzada; indagué, y supe que partieron en un carruaje para embarcarse.

BULL. ¿Y las joyas?

ELEONORA. Pronto consumirá el vicio su valor, y despues quedará la miseria por compañera de la falta. ¿Cree usted que no merece perderlas por lo que ha hecho conmigo?

SUPERINTENDENTE. Tengo la satisfaccion de haber cumplido con mi deber sin escándalo. Adios, señor Bull.... señoritas.... señores.... señor marqués....

(*Se va*).

TODOS. ¡Marqués!

ARLINGTON. Sí: marqués de Arlington, y el primer capital de Escocia.

ELEONORA. Siento no poder invitar á ustedes á mi boda; pero.... hay que respetar la igualdad de clases.

LAURA. (*Á Martina*). ¡Mira qué fastidiosa está!

MARTINA. (*Á Laura*). ¡Vaya con la marquesa.... bailarina!

ELEONORA. Decididamente, Arlington tenía razon en no creer en nada, pues ustedes ven que en el mundo de ahora todo es mentira. Mentira eran el cariño de Krauss, la amistad de Ernestina, la proteccion de Mister Bull; Peñúñuri el banquero no era más que un falsificador; el general un antiguo lacayo; estos jóvenes....

TENYSSON. Dispense usted: yo no seré precisamente diplomático, aunque pienso dedicarme á la carrera; pero tengo un empleo muy público.... vendo boletos de teatro.

ELEONORA. ¡El teatro! Allí conocí á Arlington, que es marqués y no dentista, como yo de bailarina me he convertido en condesa. Evidente-

mente todo es mentira en el mundo de ahora. Pero me ocurre una observacion, Arlington. ¿Cómo, no creyendo en el amor ni en la amistad, te vas á casar conmigo?

ARLINGTON. Porque creo en algo que es más firme que el amor y más verdadero que la amistad.

TODOS. ¿En qué?

ARLINGTON. ¡En la virtud!

Telon.

La Hermana
DE LOS ÁVILAS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAJES.

Aldonza de Avila.
La madre Catalina.
La abadesa de la Concepcion.
Jaime Arrutia.
El oidor Céynos.
Alonso de Avila.
Gil González de Avila.
El segundo marqués del Valle.
Don Martin Cortés, caballero de Santiago.
Don Luis Cortés, de la órden de Calatrava.
Pedro de Aguilar, sacristan de la Vera-Cruz, llamado Aguilarejo.
Agustin de Villanueva y Cervántes.
El licenciado Espinosa, clérigo.
El alcalde Villégas.

Conjurados, alguaciles, enmascarados.

La escena pasa, durante el primer acto, el año de 1555, en México, en la casa de los Ávilas, hoy esquina de las calles de Santa Teresa y primera del Relox; en el segundo, á mediados de Julio de 1566, en el locutorio del convento de la Concepcion; y en el tercero, la noche del 4 de Agosto, en el mismo lugar.

NOTAS.—Aguilarejo tenía una cicatriz de cuchillada en el rostro. Por si el actor no quiere ponérsela, no se hace referencia en el drama.

En el segundo acto, el traje del marqués debe ser: ropa de damasco larga, y encima un herreruelo.

Alonso de Ávila debe usar el cabello rizado y formando copete, y los bigotes retorcidos; y llevar en el segundo acto, gorra con piezas de oro y plumas, calzas ricas, jubon de raso, ropa de damasco forrada de piel de tigre, y al cuello una cadena de oro, una toquilla leonada con un relicario, y un rosario de cuentas de palo de naranjo.

El traje de Gil González debe ser verde.

Don Martin debe usar la cruz de Santiago, y Don Luis la de Calatrava.

En el tercer acto, Jaime Arrutia debe sacar traje y armas de lujo, la cruz de Santiago y venera.

Espinosa en el primer acto tiene traje de caballero; en el segundo, de clérigo.

ACTO PRIMERO.

Salon. Gran puerta en el fondo, que conduce á la sala de baile. A la izquierda, puerta de salida. A la derecha, puerta que conduce á las habitaciones interiores. Alumbrado espléndido.

ESCENA I

(Pasan algunas parejas para la sala de baile, y algunos individuos solos, yendo unos enmascarados, y otros no. Al final de la escena, se oye dentro la música del baile, y desaparecen los comparsas).

EL MARQUÉS.—DON LUIS.—ALONSO.—ARRUTIA.—AGUILAR.

ALONSO. *(Acercándose á Don Luis que está enmascarado).*
México.

DON LUIS. Y Cortés.

ALONSO. Aquí
Dentro de poco.

EL MARQUÉS. *(Enmascarado, á Aguilar id).* Cortés.
AGUILAR. Y México. *(Aparte).* Es el marqués.
EL MARQUÉS. Esperadme todos.
AGUILAR. Sí.

(Comienza la música; desaparecen los comparsas; y se van para la sala de baile, Alonso y Don Luis juntos, y el marqués dando el brazo á alguna dama. Arrutia desde el principio ha estado, meditabundo y sin máscara, sentado en un sillon).

ESCENA II

AGUILAR.—ARRUTIA.

AGUILAR. *(Aparte).* Tarda por Dios Villanueva;
No parece el licenciado
Espinosa; el endiablado
Oidor acaso se atreva
Á venir; y solo yo
No puedo decidir nada.
(Se vuelve, y ve á Arrutia).
¿Pero es mi vista turbada
Que finje sombras? Mas no....
Jaime. *(Se quita la máscara).*
ARRUTIA. Pedro.
AGUILAR. ¡Qué contento!
¡Cuando muerto te creía!

¡Por San Júdas, qué alegría
Al mirarte, Jaime, siento!

ARRUTIA. Yo tambien, Pedro.

AGUILAR. Creyera
Que es más de penas tu cara
Que de gozo. ¿Ha sido avara
La suerte contigo? Espera,
Que yo te daré la mano;
Y marchando con talento
Segun donde vaya el viento,
Ya subiremos, hermano.
Pero dime: ¿cómo así
Te encuentro en el baile? ¿eres
De los nuestros? Mas si quieres,
Nos sentaremos aquí
Para charlar.

ARRUTIA. *(Sentándose).* Á tu gusto.

AGUILAR. Qué te haces, Jaime, primero
Di.

ARRUTIA. Desde ayer escudero
Soy de Don Gil.

AGUILAR. No me asusto
Ya: siendo del mismo bando,
Voy á darte el noticion.
¿Sabes?.... la conjuracion....
(Viendo á todos lados). ¿Nos estarán escuchando?

ARRUTIA. Nada sé; sirvo á Don Gil;
Él me manda, y yo obedezco:
Ni saber más apetezco,
Ni es preciso.

AGUILAR. Varonil
Entereza tienes: tan
Valeroso y denodado
Siempre; mas tú eres soldado,
Miéntras yo soy sacristan.
Ayer fiestas y alcanciazos,
Mogiganga, encamisada,
Torneos y mascarada,
Y mañana arcabuzazos.
Que sea aclamado rey
El marqués, será muy justo:
Cada uno entiende á su gusto
La lealtad y la ley.
Si triunfa, fiel le será
Aguilarejo; mas si
No se logra el rey de aquí,
Seré fiel al rey de allá.
Tal anda, Jaime, este mundo,
Y yo á ninguno prefiero:
Lo mismo es Martin primero
Que Don Felipe segundo.
Pero estás, por vida mia,
Triste: dime qué te pasa.
¿Escudero de la casa,
No compartes su alegría?

ARRUTIA. Ni la insurreccion me importa,
Ni tu rey, ni el rey de España;
Que si triunfáis será hazaña,
Y crímen será si aborta.
La causa de mi afliccion

Es más grave y sólo mia,
Pues es mi melancolía
Dolencia del corazon.

AGUILAR. Cuenta, Jaime, que consejo
Tal vez te pudiera dar:
Y pues tengo que esperar....

ARRUTIA. Escúchame, Aguilarejo.
Sabes bien que fué mi vida
En tabernas y garitos,
Si no vida de delitos....

AGUILAR. Lo que se llama perdida.

ARRUTIA. Una noche, ya avanzada,
Tornaba solo á mi hogar,
Cuando escuché suplicar
Con voz triste y angustiada
Á una mujer, de una reja
Detras: un hombre altanero,
Calado el negro sombrero,
Y con la capa bermeja
Cubierto el rostro, oprimía
El brazo de la doncella.
Era la mujer muy bella;
Al hombre no le veía.
Ella insistió en suplicar,
Y él insistió en exigir;
Y esto me hizo decidir
Al fin en la casa á entrar.
Rompí la chapa furioso,
Y la puerta traspasé;
El fuertĕ acero empuñé,

Y me puse valeroso
Entre la hermosa doncella
Y el osado seductor.
Combatimos con valor;
Pero fué fatal mi estrella,
Pues resbalé por mi mal,
Y su puñal en la frente
Me puso. Tengo presente
Todavía su puñal:
No se me borra, ni el pomo
Ni la hoja. Desarmado
Salí de allí; y enclavado
En la calle, miré como
La doncella en su dolor
Suplicó.... Despues la vi
Salir.... ¡Ay! salió de allí
Con vida, mas sin honor.
¿Quién es?.... Nunca lo he sabido:
Solamente que la amo,
Y de mi amor al reclamo
Que á consolarme ha salido
Una tarde del convento
De la Concepcion. Despues
No la vi; no sé quien es.
¡Noble acaso! Si presiento
Que está en el baile.

AGUILAR. Pues ve
Á ver si está.

ARRUTIA. Lo quisiera.

AGUILAR. Toma mi máseara.

ARRUTIA. *(Enmascarándose)*, Espera;
Á buscarte volveré.

(Se va por el fondo).

ESCENA III

AGUILAR.—CÉYNOS *enmascarado.*

AGUILAR. Rara historia y raro lance.
¡Pobre Jaime! Me figuro
Que pudiera algun percance
Tener.

CÉYNOS. *(Entrando).* Aguilar.

(Se descubre, y vuelve á ponerse la máscara).

AGUILAR. Seguro
Estaba de que vendría
El señor oidor; mas creo
Que es el venir osadía,
Pues si os descubren....

CÉYNOS. Deseo
Ver por mí mismo y oír
Cuanto tramen. Me ofreciste
Lugar en que percibir
Pueda lo que hablen.

AGUILAR. Existe
Al fin de ese corredor
Una puerta que conduce

Á la cámara, señor,
Del de Ávila: se reduce
Á escuchar vuestra tarea,
Pues en la puerta tengo hecho
Taladro, porque se vea
Cuanto pasa. Satisfecho
Quedaréis; mas no me obligo
Á más.

CÉYNOS. ¿Y pronto estarán
Reunidos?

AGUILAR. Venid conmigo,
Pues muy pronto llegarán
Á esta sala, para entrar
En la cámara, y no es cuerdo
Que nos miren: sospechar
Podrían.

CÉYNOS. Vamos.

(*Se van por la izquierda. Al mismo tiempo entran por el fondo, Aldonza en traje de hechicera, y Jaime siguiéndola*).

ESCENA IV

ALDONZA.—ARRUTIA.

ARRUTIA. No pierdo
De que me oigáis la esperanza.

ALDONZA. Estáis por Dios importuno.

ARRUTIA. Si fuerais vos, se me alcanza

Que me escucharais. Ninguno
Nos oye. ¿No os acordáis
De una noche y una casa
Por San Francisco? ¿tembláis?

ALDONZA. (*Cayendo en un sillon*). ¿Quién sois?

ARRUTIA. Señora ¿qué os pasa?

ALDONZA. ¡Vírgen santa!

ARRUTIA. Si al momento
De veros os conocí;
Que traspasó el pensamiento
Vuestra máscara.

(*Se descubre*).

ALDONZA. (*Descubriéndose tambien*). ¡Ay de mí,
Jaime, que vivo entre espantos,
Entre zozobras y miedos,
Entre gemidos y llantos,
Entre mentiras y enredos,
Temiendo que se descubra
Mi mancha, mi deshonor!

ARRUTIA. Dejadme, Aldonza, que cubra
Esa mancha con mi amor.
Yo sé que el honor no disteis,
Yo miré que os lo robaron;
Para mí no lo perdisteis,
Que por fuerza os lo arrancaron:
Y sólo pienso que os amo
Con todo mi corazon.
Decidme quien sois,

ALDONZA. Me llamo

Aldonza no más. Razon
Tengo para no deciros
El nombre que os oculté,
Pues ya falto con oíros.
¿Por qué en mi senda encontré
Una vez á quien no puedo
Amar?

ARRUTIA. Callad vuestro nombre
Entónces, pues tengo miedo
De oírle tal, que me asombre
Lo noble de su blason,
Pues yo por armas no más
Daros puedo un corazon.

ALDONZA. ¿No me olvidaréis?

ARRUTIA. Jamas.

ALDONZA. Pues bien; si nunca en el mundo
Nos volvemos á encontrar,
Si hay un abismo profundo
Que no nos deja acercar,
Sabed, Jaime, que al miraros
Noble luchando por mí,
Que mi corazon á amaros
Iba, con placer sentí.
Y sin querer os buscaba,
Y á la iglesia sin querer
Iba por vos, y os hallaba:
Y tanto llegó á crecer
Esta pasion en mi alma,
Volcan que en mi pecho arde,
Fiebre en que vivo sin calma,

Que os dí una cita una tarde;
Y si os cité en mi pasion,
Y si aquí, Jaime, os escucho,
¿No veis que mi corazon
Os ama, y os ama mucho?
Mas ¡ay! que no puede ser
Este amor, aunque os asombre:
Ni me volveréis á ver,
Ni sabréis nunca mi nombre.
Adios.

(*Se pone la máscara*).

ARRUTIA. Para siempre adios:
Eterno será mi duelo.

ALDONZA. Ya nos veremos los dos.

ARRUTIA. ¿En dónde, Aldonza?

ALDONZA. (*Yéndose por el fondo*). En el cielo.

(*Cesa en este momento la música del baile*).

ESCENA V

ARRUTIA.—AGUILAR.—VILLANUEVA.—ALONSO.—GIL.—EL MARQUÉS.—DON MARTIN.—DON LUIS.—ESPINOSA.

(*Arrutia se deja caer con tristeza en un sillon del fondo. Aguilar sin máscara, y Espinosa enmascarado y en traje de caballero, entran por la izquierda: los demas personajes llegan, segun se vaya indicando, todos enmascarados. Los comparsas llegan sucesivamente, fingen darse la contraseña, y van entrando por la puerta de la derecha*).

ESPINOSA. ¿Y está el oidor, Aguilar?
AGUILAR. Espera en el corredor.
ESPINOSA. ¿Pero qué quiere el oidor
En esta noche?
AGUILAR. Espíar.
Tan pronto como reunidos
Estemos, vendrá á escucharnos.
ESPINOSA. Los dos debemos callarnos:
Estamos comprometidos.
Áun no puedo decidir
Á quién, Aguilar, me inclino.
AGUILAR. Él cumple con su destino;
Es oidor, y viene á oír.

(*Se pasean, y á poco se van por la derecha*).

DON LUIS. (*Acercándose á Villanueva*). México.

VILLANUEVA. Y Cortés.
DON LUIS. ¿Sois vos
Don Agustin? Os buscaba.
VILLANUEVA. Vuestra cruz de Calatrava
Os descubre, vive Dios.

(*Pasean, fingiendo hablar, y á poco se van por la derecha*).

ARRUTIA. (*Aparte*). ¡Si más valiera morir,
Que vivir en este infierno!
EL MARQUÉS. (*Que ha salido enmascarado del brazo de Alonso, dirigiéndose á él*).
En vano resistió ¡cuerno
De Satanas!
ALONSO. ¿Es decir
Que vos no la conocéis?
EL MARQUÉS. No: yo esperaba á Marina;
Y miro que entra divina
Una mujer: ¿qué queréis?
Aproveché la ocasion.
Al contemplarme, turbada
Dijo: "estoy equivocada,
No es ésta la habitacion
De mi nodriza; venía
Á visitarla de enferma."
"Dejadla, por Dios, que duerma,"
Le contesté. Ella quería
Irse, y yo hube de impedir....
ALONSO. Mas expusisteis, marqués,
Vuestra vida.

EL MARQUÉS. Y bien, despues
No he podido conseguir
El verla; tampoco al hombre.
ALONSO. Tal vez será una buscona.
EL MARQUÉS. La conociera.
ALONSO. Persona
Sin calidad y sin nombre.
EL MARQUÉS. Es bella y lujosa; es
Noble sin duda.
ALONSO. Han entrado
Todos ya.
EL MARQUÉS. Vamos, amado
Alonso.
ALONSO. Vamos, marqués.

(*Al tiempo que se van, llegan por el fondo Don Martin y Gil*).

DON MARTIN. Á impacientarme ya empieza
Tanto esperar.
GIL. Vuestro hermano
Vacila.
DON MARTIN. Yo soy la mano:
¡Si yo fuera la cabeza!
Pero vamos.
GIL. (*Se vuelve á buscar á Arrutia, le ve y le llama*).
Jaime, aquí
Nadie ha de estar, y esa puerta
Que nadie pase. Está alerta.
DON MARTIN. (*Yéndose con Gil por la derecha*). Entremos, Gil.

ESCENA VI

ARRUTIA.—CÉYNOS *enmascarado.*

ARRUTIA. (*Aparte*). ¡Ay de mí!
Tambien cuidé con teson
Las fuertes puertas del alma,
Y de mi pecho sin calma
Se me salió el corazon.

CÉYNOS. (*Aparte y dirigiéndose á la puerta de la derecha*).
Entremos á sorprender
La conjuracion.

ARRUTIA. (*Interponiéndose*). Atras.

CÉYNOS. Por vida de Satanas,
Dejadme.

ARRUTIA. No puede ser.

CÉYNOS. Ved que me esperan.

ARRUTIA. No importa.

CÉYNOS. (*Aparte*). No conté con tal percance;
Mas puedo salir del lance
Si mi bolsa no se acorta.
(*Alto*). Sois altivo y varonil:
Que sois de la casa infiero.

ARRUTIA. Sí, señor; soy escudero....

CÉYNOS. ¿De Alonso?

ARRUTIA. No; de Don Gil.

CÉYNOS. ¿Y os llamáis? Mas importuno
Estoy á fe por demas.

ARRUTIA. Soy Jaime Arrutia: jamas
Callé mi nombre á ninguno.

CÉYNOS. ¡Jaime Arrutia! ¿Y vuestra madre?
ARRUTIA. En Orizaba murió.
CÉYNOS. Decid: ¿vuestro padre?....
ARRUTIA. Yo
Jamas conocí á mi padre.
CÉYNOS. Mas tuvisteis una hermana....
ARRUTIA. Y mi madre me decía
Que con mi padre vivía.
CÉYNOS. ¿Y jamas os dijo Ana?....
ARRUTIA. ¿La conocisteis?
CÉYNOS. Sí á fe.
¿No os reveló nunca el nombre?....
ARRUTIA. ¿De mi padre? No os asombre:
Jamas se lo pregunté.
Fué infamia darme la vida,
Infamia el abandonarme....
CÉYNOS. Mas despues....
ARRUTIA. Quiso educarme,
Es verdad; pero la herida
Para curarse era vieja,
Y ya ni quise saber
Su nombre.
CÉYNOS. Pudiera ser
Que os busque aún.
ARRUTIA. No me aqueja
El empeño de encontrarle.
CÉYNOS. No le podríais odiar.
ARRUTIA. No le osara castigar;
Mas pudiera despreciarle.
CÉYNOS. (*Aparte*). ¡Ay!

ARRUTIA. Y decidme, señor:
¿Quién sois, que sabéis mi historia?

CÉYNOS. La conservo en la memoria:
Me la contó el seductor....
Ha ya tiempo.

ARRUTIA. ¿Y de mi hermana
Nada sabéis?

CÉYNOS. Sí: que sigo
Con empeño á un enemigo
Que castigaré mañana;
Que aquí está traidor al rey,
Y vos defendéis su puerta,
El malvado que halló abierta
La de vuestra hermana. Grey
Maldecida, si tu estrella
Te coloca entre mis manos,
Morirán los dos hermanos,
Y mataré á la doncella.
En nombre de vuestra madre
Ayudadme á la venganza.

ARRUTIA. Vengarme fué mi esperanza.
¿Pero cómo? ¡era mi padre!

CÉYNOS. Con infame liviandad
El seductor penetró
En su cámara.

ARRUTIA. Así entró
Mi padre tambien.

CÉYNOS. Callad.

ARRUTIA. ¿Y mi hermana?

CÉYNOS. Fué por él
Burlada.
ARRUTIA. Como mi madre.
CÉYNOS. Pensad que fué vuestro padre.
ARRUTIA. Pienso que fué muy cruel.
Mi madre, en dolor profundo
Con su deshonra viviendo,
¡Ay! esperaba muriendo.
Una niña vino al mundo
Más hermosa que los cielos,
Y un niño del fiero hado
Ya sin piedad señalado.
¿Cómo no? ¡fuimos gemelos!
CÉYNOS. ¿Mas vengar á vuestra hermana
No queréis?
ARRUTIA. Si por mi fe.
CÉYNOS. Pues bien, yo os entregaré
Al seductor, y mañana....
ARRUTIA. Decidme quien es.
CÉYNOS. El vil
Es Alonso de Ávila.
ARRUTIA. ¡Él!
CÉYNOS. Vamos adentro.
ARRUTIA. No; infiel
No soy, que sirvo á Don Gil.
CÉYNOS. ¿Mas vuestra honra?
ARRUTIA. La honra
Se cuida con el honor;
Me vengaré del traidor;
Pero no con mi deshonra.

CÉYNOS. Siento que llegan: espero
Que os habréis de decidir.
Volveré ántes de partir.

ARRUTIA. Dios os guarde, caballero.

(*Se va Céynos por el fondo. Vuelve á oírse la música*).

ESCENA VII

ARRUTIA.—GIL.—DON LUIS.—AGUILAR.

(*Estos tres entran á la escena por la puerta de la derecha, y ya sin máscaras*).

GIL. Jaime, te puedes marchar.
(*Se va Jaime por el fondo*).
Mi hermana está de hechicera
En el baile: que la espera
Su hermano, dile, Aguilar.

(*Se va tambien Aguilar por el fondo; pero de manera que no salga con Arrutia*).

ESCENA VIII

DON LUIS.—GIL.

GIL. Fué pensamiento de Alonso
Bueno á fe, pues si á mi hermana

Dais la mano, estrecho lazo
Unirá á nuestras dos casas
Á Aldonza no conocéis,
Pues estuvo retirada
Mucho tiempo en la encomienda;
Mas os juro que al mirarla
Los plácemes pediréis,
Que es bella y discreta.

DON LUIS. Basta
Con que sea sangre vuestra
Para ser de limpia fama,
Que sangre de Benavídes
Ninguna sangre aventaja;
Y cuando llegue mi hermano
Á ser rey....

GIL. Será mañana.

DON LUIS. Que mañana una familia
Contemplen formada de ambas.
Así mi triste viudez
Consolaré: será gala
Doña Aldonza de la corte,
Y gala de nuestras casas.
Bien merecen estas glorias
Los hijos de quienes fama
Inmortal se conquistaron
En inmortales hazañas.

GIL. Ya me impaciento; que Aldonza
Más de lo que debe tarda.

DON LUIS. Nunca es tarde el bien si llega.
Sin duda, Don Gil, que danza.

Ya vendrá, pues su concierto
La suave música apaga,
Á imperar fúlgida estrella
En el cielo de mi alma.

(*Cesa dentro la música*).

GIL. Es la hechicera: ahí viene.
DON LUIS. Bien hizo en vestir de maga,
Que dama tan bella y noble
Hechizos vierte si pasa.
GIL. Decidme si no es hermosa.
DON LUIS. Tanta belleza me pasma.

(*Entra Aldonza sin máscara*).

ESCENA IX

DON LUIS.—GIL.—ALDONZA.

ALDONZA. Hermano....
GIL. Tienes aquí
Á Don Luis Cortés, que ansía
De su familia y la nuestra
Hacer hoy una familia.
Alonso y yo con placer
Tanto honor y tanta dicha
Aceptamos.
ALDONZA. No comprendo:
Habla.
DON LUIS. Tan feliz sería

Siendo esposo vuestro, Aldonza;
Os encuentro tan divina;
Que no envidiara en el mundo
Ni á los reyes.

ALDONZA. Si me inspira
Gratitud vuestro cariño,
Y si siento simpatía
Sólo al miraros, señor,
Algo más se necesita
Para unir eternamente
En una sola dos vidas.
Ni vos me tenéis amor
Pues no nace de una vista;
Ni yo pudiera quereros.

GIL. ¿Qué dices, hermana mia?
¿Resistieras al mandato
De tus hermanos, altiva?

ALDONZA. Si mi vida me pidieran,
Yo mi vida les daría;
Pero Don Luis quiere amor
Y con el amor la dicha,
Y no hay amor en mi pecho
Que sólo sabe de cuitas.

GIL. Piénsalo: mañana mismo
Preciso es que te decidas.

DON LUIS. Ved que os dejo mi esperanza
Empeñada.

GIL. Á la salida,
Don Luis, voy á acompañaros.
(*Yéndose con él*). Perdonadla, que es muy niña,

Y á los quince años no sabe
Cuanto el ser quien es la obliga.

(*Salen por la puerta de la izquierda*).

ESCENA X

ALDONZA *sola.*

¿Cómo casarme pudiera,
Si no llevaba mi honor?
¿Y cómo, aunque lo quisiera,
Á darle mi mano fuera,
Si no llevaba mi amor?
Noche horrible en que perdí
Por la fuerza mi honra pura;
Noche hermosa en que le vi
Brotar de la sombra oscura
Fiero luchando por mí.
En esa noche tremenda,
Mi honra robó el vencedor
En la terrible contienda;
Y el vencido, como prenda
De mi fe, llevó mi amor.
Entre el infierno y el cielo
Me contemplo suspendida:
Sin honra no hallo consuelo;
Su amor mitiga mi duelo;
Y amor sin honra es mi vida.
¿Cómo pudiera imprudente

Al altar en santa calma
Ir, si no llego inocente,
Ni con amor en el alma,
Ni con honor en la frente?

(*Arrutia sale del salon del baile, dirigiéndose á la puerta de la izquierda, cuando ve á Aldonza, y se acerca*).

ESCENA XI

ALDONZA.—ARRUTIA.

ARRUTIA. Adios. Al cielo le plugo
Que otra vez os encontrara.
Si no os quisiera, os odiara:
Sois mi vida y mi verdugo.
¿Al oírme, sin enojos
Me miráis y con espanto;
Y en vez de miradas, llanto
Brotando está en vuestros ojos?
¿Por qué turban ese cielo
Nubes de lágrimas bellas,
Que al salir de él estrellas
Son que ruedan hasta el suelo?
Por no veros afligida,
Mi vida, señora, os diera:
Si esto calma esa ansia fiera,
Decidlo; aquí está mi vida.

ALDONZA. Jaime ¡si no puedo más....

Porque os quiero mucho.... mucho!
Quieren casarme.

ARRUTIA. ¿Qué escucho?
¡Infeliz de mí!

ALDONZA. Jamas
Consentiré: yo os lo juro.
¡Pues no os digo ya que os amo!
Si con amaros me infamo,
Si me mancha el amor puro
Que en mi pecho para vos
Hizo la virtud brotar,
Pues bien, me quiero infamar,
¡Y que nos bendiga Dios!

ARRUTIA. Decidme: ¿quién es el hombre
Que á casaros os obliga?

ALDONZA. Permitidme que no diga
Su calidad ni su nombre.
Tiene poderosa grey
Que le sigue, es valeroso,
En la corte poderoso,
Y tan noble como el rey.

ARRUTIA. De salvarnos sólo un medio
Hay Aldonza.

ALDONZA. ¿Cuál?

ARRUTIA. Huír.

ALDONZA. Quedarnos aquí es morir,
Y es mi deshonra el remedio.
¡Mi deshonra! ¿mas qué digo,
Si honrada soy ante vos
Solamente, y ante Dios

Que es de mi virtud testigo?
Sí; lo ha querido la suerte;
Sólo vuestra puedo ser;
Sólo vos podéis hacer
Otra vida de mi muerte.
Vamos: despunta la aurora,
Y en la santa Concepcion
Nos dará su bendicion
Un sacerdote. Y ahora
Ambos el rostro cubramos.

(*Se ponen sus máscaras. Varias parejas y máscaras sueltas pasan á ratos, y salen por la izquierda, como yéndose del baile*).

ARRUTIA. (*Deteniéndose*). Aldonza, ved que escudero
Soy no más.

ALDONZA. Miro que os quiero
Con el alma toda. Vamos.

(*Al ir á salir se encuentran con Gil González que vuelve de haber dejado á Don Luis, y que se ha parado oyendo las últimas palabras de Aldonza*).

ESCENA XII

ALDONZA.—ARRUTIA.—GIL.

GIL. ¡Rayos del cielo, qué veo!

ALDONZA. (*Á Gil*). Calla, que me pierdes.

GIL. (*Á Aldonza*). Sí;
Que gente hay aún aquí.
Retírate.

ALDONZA. (*Á Gil*). ¡Gil!

(*Gil le manda salir con un ademan, y ella se va por el fondo*).

GIL. (*Acercándose á Arrutia*). Deseo
Que me sigáis, caballero;
Pues os tengo de matar.

ARRUTIA. (*Descubriéndose*). Señor, podéis traspasar
Mi corazon.

GIL. ¡Mi escudero!
¿Y osas á tan noble dama,
Ó tercero eres tal vez?
Tu atrevida avilantez
Una paliza reclama,
Que te daré si te miro
Hablarle en otra ocasion.

(*Se va por el fondo*).

ESCENA XIII

ARRUTIA.—*Despues* CÉYNOS.—*Despues* EL MARQUÉS *y acompañamiento.*

ARRUTIA. Se me salta el corazon....
Si parece que deliro....
¡Ávilas, raza maldita!
Alonso roba el honor

Á mi hermana, y el amor
Me roba Gil; él me quita
Hasta la misma esperanza:
Él es sin duda el esposo.
¿Qué puedo? ¡él tan poderoso!
Sí: lo podrá mi venganza.

CÉYNOS. (*Entra enmascarado, y se acerca á Arrutia diciéndole*):
Jaime, seguidme á la calle.

(*En ese momento atraviesa el marqués con su comitiva, dirigiéndose á la salida: va enmascarado. Arrutia se fija en él, y en el rico puñal que lleva*).

ARRUTIA. (*Ap.*) ¡El puñal! (*Á Céynos*). ¿El de delante
Quién es? decid.

CÉYNOS. Lo arrogante
Denuncia al marqués del Valle.

(*En este momento han quedado solos en la escena Arrutia y Céynos*).

ARRUTIA. ¿Él tambien? ¡hado siniestro!
¡Los Ávilas y el marqués!
Me vengaré de los tres.

CÉYNOS. Marchemos.

ARRUTIA. Soy todo vuestro.

Telon.

ACTO SEGUNDO.

Locutorio del convento de la Concepcion. A la derecha, gran puerta de entrada. A la izquierda, en primer término, ventana con reja; en segundo, puerta practicable. En el fondo, galería de columnas, y detras gran puerta que da al coro alto de la iglesia. Una lámpara suspendida del techo. Mesa y sillon de la época.

ESCENA I

EL MARQUÉS.—ALONSO.—DON MARTIN.—DON LUIS.—LA ABADESA.—VILLANUEVA. ESPINOSA.—AGUILAR.—*Conjurados.*

EL MARQUÉS. ¿Todo está listo?
ALONSO. Señor,
Listos ya los caballeros,
Sólo esperan la señal.

EL MARQUÉS. ¿Y Gil González?
ALONSO. Á tiempo
Llegará, para ponerse
De jefe al frente de ellos.
EL MARQUÉS. ¿Y tú con quienes irás?
ALONSO. Yo, con los encomenderos.
EL MARQUÉS. Bien está.
DON MARTIN. Lanzas, arneses
Y arcabuces, para el pueblo
Tengo preparados ya.
DON LUIS. Yo, en llegando el momento,
Marcho á las atarazanas
Y en el punto las sorprendo.
EL MARQUÉS. Yo me encargo de la Audiencia.
VILLANUEVA. Y yo del Ayuntamiento.
ESPINOSA. Los frailes dominicanos,
Gloria y orgullo del clero,
Vuestras órdenes aguardan
Para mostraros su celo.
EL MARQUÉS. Paréceme que la empresa
Va con rumbo y va con viento,
Pues ayudan nuestros planes
Villanos y caballeros,
Frailes y comendadores,
Y la Inquisicion.
AGUILAR. Y el cielo.
EL MARQUÉS. ¿Y qué parte te reservas
En la lucha, Águilarejo?
AGUILAR. Hay que convenir señales
Para marchar de concierto,

Y el golpe se dé por todos
Si se puede al mismo tiempo:
Avisar con toques claros
Si á los oidores prendieron;
Si ya las atarazanas
Se tomaron; si el momento
Es de que salgan armados
Peones y caballeros,
Ó á las casas de Cabildo
Si es preciso pongan fuego:
Es mi reducto la torre,
El campanario mi puesto.

EL MARQUÉS. Bien dices. Mas tarda mucho
El franciscano. ¡Si temo
De todo, pues donde quiera
Mirar traiciones recelo!

ALONSO. Señor, el guardian nos vende.

EL MARQUÉS. ¿Sabes algo?

ALONSO. Mucho pienso:
Si pensar fuera saber,
Ya lo tuviera por cierto.
Anoche, sonó la queda,
Tomé rumbo á mi aposento
Sin farol que me alumbrase.
El puente pasaba, á tiempo
Que miré de San Francisco
Recatado un bulto negro
Salir. Fué curiosidad
Seguirle: su paso lento
Denunciaba, ó bien tristezas,

Ó que era el hombre viejo.
Su capa de gorgoran
Manifestaba al momento
Un señor rico de hacienda;
Y de su espada el reflejo
No dejaba duda alguna
De que era un caballero.
Á poco andar, con la ronda
Dió: detúvose perplejo;
Mas al verle los corchetes
Se quitaron el sombrero.
Mi curiosidad creció:
Apreté el paso; mas tiempo
Perdí diciendo á la ronda
Mi nombre. El bulto negro
Volví á mirar en la plaza;
Iba á palacio. Suspenso
Me quedé; marché de prisa,
Y en los andamios del templo
Me oculté: pasó muy cerca;
Miré su rostro severo;
Siguió, y entró en el palacio.

EL MARQUÉS. ¿Y quién era?

ALONSO. El oidor Céynos,
Nuestro mortal enemigo.

EL MARQUÉS. ¿En San Francisco? No entiendo,
Que los franciscanos son
Leales.

ALONSO. En el convento

Puede haber muchos leales,
Y un traidor.

EL MARQUÉS. Te comprendo:
El guardian.

DON MARTIN. Con él tratamos
Este negocio.

DON LUIS. El sujeto
Debe venir.

ALONSO. Si llegare,
Que espere aquí, Aguilarejo;
Y si su traicion es cierta,
Habrá de matarle tiempo.
¿Está ya la sala lista?

LA ABADESA. Podéis entrar.

EL MARQUÉS. Á Consejo;
Que pensar es menester
Tan alta empresa con tiento.

ALONSO (*Á Aguilar*). Cuida tú la portería.
(*Á la abadesa*). Señora, oíd un momento.

(*Se van por la galería; ménos Aguilar que toma por la puerta de la derecha*).

ESCENA II

LA ABADESA.—ALONSO.

ALONSO. Madre, decidme: ¿cumplidos
Están mis encargos?

LA ABADESA. Sí,
Señor.

ALONSO. ¿Puede ántes aquí
Venir Aldonza?

LA ABADESA. Queridos
Hermanos tiene, y derecho,
Ántes de dejar el mundo,
De derramar su profundo
Amor en su tierno pecho.

ALONSO. ¿La ceremonia arreglada
Estará?

LA ABADESA. La nave hermosa
Deslumbra ya esplendorosa.

ALONSO. Bien está.

LA ABADESA. No falta nada.
Ya pronto tomará el velo
La bella Aldonza; que es
Velo que el mundo á sus piés
Cubre, para abrir el cielo.

ALONSO. La ceremonia quisiera
Ver.

LA ABADESA. Si la queréis mirar,
Al coro podéis entrar
Por esta puerta.

(*Señala la puerta del fondo*).

Me espera
La comunidad.

ALONSO. Id, madre.

LA ABADESA. (*Yéndose*). Viene Aldonza en el momento.

ALONSO. Don Luis Cortés ó el convento;
Que le cuadre ó no le cuadre.

ESCENA III

ALONSO.—DON MARTIN.

(*La abadesa se ha ido por la derecha del fondo, y Don Martin llega por la izquierda*).

DON MARTIN. Os esperan, y precisa
Adentro vuestra presencia.

ALONSO. Cumplo un deber de conciencia
Aquí: ya voy.

DON MARTIN. Corre prisa
Que vayáis, pues el marqués
Tiembla, calla y palidece.
¡Ira de Dios, no parece
Hijo de Hernando Cortés!
¡En San Quintin tan valiente,
Y aquí trémulo y cobarde!
¿Será que en mis venas arde
Otra sangre más ardiente?
No basta la de mi padre
Para darle valor sola:
Nada le dió la española;
Y mucho me dió mi madre.
Hijos del conquistador
Los dos somos: de Marina
Sólo yo. Fué peregrina
Fuente de gloría y valor.
Por eso sé con aliento
Batallar; luchar herido;
Vencer con honra; y vencido,

No hacerme hablar ni el tormento.
La traicion del franciscano
Le asusta, y todo se pierde.
La víbora que no muerde
No mata jamas. Mi hermano
Guarda respeto á la ley
De España, y teme su encono.
Tan sólo arrebata un trono,
No un cobarde, sino un rey.
Otra raza y otro cielo
Quiere un reino para sí:
El águila presa aquí
Quiere ya tender el vuelo.
Pues á pesar de mi hermano
Y de la Audiencia y su zaña,
Hijo de la noble España
Habrá reino mexicano.

ALONSO. Id; no tardo. Sin perder
Los momentos hay que obrar;
Que si hoy hemos de luchar,
Hoy tenemos que vencer.
¿Qué podrían los golillas
Contra nobles caballeros?
¿Oponer á los aceros
Pergaminos y polillas?
Gentuza es ésa muy poca
Para oponerse á mi brio:
Barreré su poderío
Con el soplo de mi boca.
Id, Don Martin, que no tardo.

A vuestro hermano decid
Que aseguro el triunfo: id,
Que pronto voy.

DON MARTIN. (*Yéndose por la izquierda del fondo*).
Os aguardo.

ESCENA IV

ALONSO.—ALDONZA.

(*Aldonza sale por la derecha del fondo, y se arroja en los brazos de Alonso*).

ALDONZA. Alonso, deja que vierta
Sobre tu pecho mi llanto.
¡He llorado tanto, tanto!
Mi dulce ilusion ya muerta....
Las paredes del convento
Por cárcel de mi tristeza....
¡Y mi cóncava cabeza
Cárcel de mi pensamiento!
Adónde quiera que alcanza
Mi mirada, luto y muerte....
¡Sólo me deja mi suerte
Dolor y desesperanza!

ALONSO. Aldonza, calma tu duelo:
Con visiones devaneas
Y con mundanas ideas.
Te abre sus puertas el cielo:
¿Qué mas, hermana, apeteces?
¡Ay! se llega al firmamento,
Á veces por el convento,
Y por el cadalso á veces.

ALDONZA. Me da susto el escucharte:
Hablas de muerte y dolores.
En pago de tus rencores,
Le pido al cielo tu parte.

ALONSO. ¿Rencores yo? Si tú quieres,
Puedes al mundo volver,
Y bella resplandecer
Entre todas las mujeres.
Ser de la corte el orgullo,
De tu familia el encanto;
Y cambiar el triste llanto
Por halagador arrullo
Conque tu pompa y belleza
Salude el mundo discreto,
Los villanos por respeto,
Y los grandes por nobleza.
Vuelva la vieja hidalguía
Á tu corazon, hermana:
Con Don Luis Cortés mañana
Casada....

ALDONZA. Vana porfía:
Pues que sólo me dió Dios
Un corazon para amar,
Yo no lo puedo quebrar
En mitades para dos.
Por eso yace aquí yerto,
Pues murió Jaime: su losa
Cubre el cuerpo que reposa;
Mi seno cubre otro muerto.

ALONSO. Ira me da el escucharte,

Pues áun despues de su muerte,
El que quieras de tal suerte
Á tal villano, es mancharte.

ALDONZA. Sobre mi pecho la carta
Que gozoso me trajiste,
De su muerte nueva triste,
Está: de mí no se aparta.
Así de mi pensamiento,
Así de mi corazon,
Su imágen y mi pasion
No se apartan un momento.
Si pienso que en los altares
Voy á ver su rostro hermoso
Surgir, como esplendoroso
Sol que brota de los mares.
Pienso que al tomar el velo
Y jurar á Dios mi fe,
Á Jaime la juraré,
Que son uno Jaime y cielo.

ALONSO. Es inútil insistir.

ALDONZA. ¿Y Gil?

ALONSO. Ya no te verá.

ALDONZA. Le escribiré.

ALONSO. Bien está.

ALDONZA. Adios, Alonso: á morir
Me llama ya mi sudario,
Pues ese cándido velo
Que dicen que nos da el cielo,
Es mi velo funerario.

ALONSO. (*Yéndose por la izquierda del fondo*). Adios, hermana: los dos
Por última vez nos vemos.

ALDONZA. (*Yéndose por la derecha del fondo*). No; que pronto nos veremos
En la presencia de Dios.

ESCENA V

ARRUTIA.—AGUILAR.

(*Entran por la puerta de la derecha: Arrutia en traje de franciscano, y recatándose el rostro con la capucha*). *

AGUILAR. Pase vuesareverencia.

ARRUTIA. ¿Los Ávilas y el marqués?....

AGUILAR. Órden del de Ávila es
Que espere aquí con paciencia.
Así se gana la gloria;
La paciencia es gran virtud,
Al cuerpo le da salud
Y al alma santa victoria.
Tomad asiento.

(*Al recatarse Arrutia para no mostrar el rostro, debe hacer los movimientos de modo que se observe que él tampoco ha podido ver la cara de Aguilar. Á la invitacion de éste, y siempre recatándose, se sienta, diciendo*):

* El hábito de los franciscanos en México, era azul color de añil.

ARRUTIA. Le tomo.
Aquí citó la reunion
El marqués.
AGUILAR. La Concepcion
Es lugar seguro. Como
Pudieran tener sospechas,
Se desvanecen entrando
En una iglesia, y rezando
Un *pater noster*. Deshechas
Así las murmuraciones,
Fingiendo rezos y preces,
Los conventos muchas veces
Encubren conjuraciones.
Aquí las monjas están
Como palomas del cielo;
Pero á veces con recelo
Suele entrar el gavilan.
ARRUTIA. (*Aparte*). ¿Sospechará? (*Alto*). Bien: aquí
Esperaré.
AGUILAR. Os acompaño.
ARRUTIA. Quiero rezar.
AGUILAR. No es extraño
En un guardian. Mas de mí
No os cuidéis, buen hermano;
Pues que reza, sin lisonjas,
Tanto un sacristan de monjas
Como un fraile franciscano.
ARRUTIA. Pues estar solo deseo.
AGUILAR. No lo puedo conceder:
Ved que os pudierais perder

Por los claustros, si un paseo
Por allí quisierais dar.

ARRUTIA. (*Aparte*). No hay duda: estoy descubierto.

AGUILAR. Y pudiera quedar muerto
El que se atreviese á entrar.

ARRUTIA. Si no da ninguno aviso....

AGUILAR. Si de dar aviso trata....

ARRUTIA. (*Mete la mano entre el hábito, requiriendo el puñal*).

Si ántes que hable se le mata,
Cogiéndole de improviso.

(*Se levanta violentamonte, y se lanza puñal en mano sobre Aguilar. En el movimiento, descubre el rostro*).

AGUILAR. ¡Jaime! ¿qué miro?

ARRUTIA. ¡Aguilar!
¿Tú aquí?

AGUILAR. Pues ya lo ves.

ARRUTIA. Iba á tenderte á mis piés.

AGUILAR. Y yo iba, Jaime, á gritar.

ARRUTIA. Lo hubiera perdido todo.

AGUILAR. Claro está; mas no sabía
Tu venida, y me temía
Que el guardian buscara modo
De quedar con todos bien.
Es tan bueno el beneficio....
Mas ya conozco el oficio,
Y pienso que tú tambien.
Soy de la conjuracion

Ha tiempo, tú ya lo sabes,
Y tengo todas las llaves
Del negocio; mas razon
No hay de caer con ellos
Si cayeren por acaso;
Y para salir del paso
Y evitarme de atropellos,
Soy amigo del oidor
Y le cuento lo que pasa:
Yo miro aquí, y en su casa
Él oye despues.

ARRUTIA. Traidor
Pueden decirte, si labras
Así su ruina, y aborta
Su plan.

AGUILAR. Ó leal; no importa:
Ésa es cuestion de palabras.
¿Y cómo tiempo tan largo
He dejado de mirarte?

ARRUTIA. Marché á Flándes.

AGUILAR. Á olvidarte
De aquel amor: me hago cargo.

ARRUTIA. Quise buscar en la guerra
Ó nombre ilustre ó la muerte.

AGUILAR. Y cuéntame: ¿de qué suerte
Viniste, y cuándo, á esta tierra?

ARRUTIA. Ha tres dias que llegué:
Supe que los conjurados
Estaban aquí citados;
Para entrar me disfracé....

AGUILAR. ¿Mas el oidor te mandó?
ARRUTIA. Jamas á verle volví.
AGUILAR. ¿Entónces el guardian?....
ARRUTIA. Sí.
AGUILAR. ¿Vienes por su cuenta?
ARRUTIA. No;
Que vengo ya por la mia.
AGUILAR. ¿Por la tuya?
ARRUTIA. Sí: ¿olvidaste?....
AGUILAR. ¿La historia que me contaste?
ARRUTIA. Cerca de rayar el dia,
En aquel baile maldito
Miré al ángel de mi amor,
Y al infame seductor
Que cometió aquel delito.
AGUILAR. ¿Le viste, Jaime? ¿quién es?
ARRUTIA. ¿No lo dice mi venganza?
¿No lo clama la esperanza
Que aquí me trae?.... El marqués.
AGUILAR. ¡El marqués! ¿Y aquella dama?
ARRUTIA. No sé siquiera su nombre;
Pero sé que existe un hombre,
El cual como yo la ama;
Que si noble, como vil
Arrebatármela quiere.
¡Ella tal vez le prefiere!
AGUILAR. ¿Quién es ese hombre?
ARRUTIA. Don Gil.
AGUILAR. ¿Don Gil ama á la manceba
Del marqués?

ARRUTIA. Calla, ó te arranco
La lengua.

AGUILAR. Pues sé más franco,
Que el demonio ya me lleva
Con tus enredos y cuentos.

ARRUTIA. Ni tengo tiempo de hablar,
Ni debo desperdiciar
En historias los momentos.
¿Amas la vida?

AGUILAR. ¿Yo?.... mucho.

ARRUTIA. Pues si no quieres morir,
Marcha á palacio á decir....

AGUILAR. ¿Al señor oidor? Soy ducho,
Y comprendo tu recado:
Quieres en la ratonera
Cogerlos; buena manera;
Me parece bien pensado.

ARRUTIA. Vuela, Aguilar.

AGUILAR. Es de ley
Que los prendan, pues quisieron
Alzarse.

ARRUTIA. Ve.

AGUILAR. Ya cayeron:
Me paso al bando del rey.

(*Se va*).

ESCENA VI

ARRUTIA *solo.*

Al fin, tras tanto luchar
Y tras tanto padecer,
Voy á los tres á tener
En mis manos, á vengar
Mi deshonra y mi pesar.
Sus orgullosas cabezas,
Como barre las malezas
El viento desenfrenado,
Haré rodar despiadado.
¡Venganza mia, ya empiezas!
Honra, que Alonso manchó
Al profanar á mi hermana,
Honra mia, ¡qué temprana
Fué la muerte que te dió!
Por eso á buscarte, yo
Fuí de Flándes á la guerra.
Honra que mi pecho encierra,
Alza del inmundo suelo;
Que ya quiero verte cielo
Cuando no más eras tierra.
Amor, que Gil con locura
Robarme necio quería;
Amor, mi sueño de un dia,
De una noche mi ventura;
En la negra sepultura
Mirarás los miembros yertos

De Gil González, abiertos
Pero callados sus labios,
Sin que pueda hablar agravios,
Que hablar no saben los muertos.
Pureza, que hizo pedazos
Del marqués la liviandad,
Oprimiendo su beldad
Entre los impuros brazos;
Ya le preparo otros lazos,
Y le dispongo otro yugo:
Y pues al cielo le plugo
Entregarme hoy á los tres,
Los Ávilas y el marqués
Hablarán con el verdugo.

(*Arrutia se sienta pensativo, volviendo á echarse el capuchon sobre el rostro*).

ESCENA VII

ARRUTIA.—CATALINA.

(*Catalina sale con su traje de monja por la derecha del fondo: trae el velo levantado*).

CATALINA. Dios del cielo, compasion;
Por piedad, que no le vea:
Ó me arrancas esta idea,
Ó arráncame el corazon.

ARRUTIA. ¡Una monja!

CATALINA. Por piedad,
Á rezar acompañadme.

ARRUTIA. ¿Lloráis?

CATALINA. Por piedad, quitadme
Esta idea. La bondad
Del Señor en mi camino
Os puso: oíd.

ARRUTIA. Mas no puedo....

CATALINA. De verle más, tengo miedo.

ARRUTIA. Señora....

CATALINA. Fué mi destino.
Oíd; y dadme, señor,
Vuestros consejos y amparo.

ARRUTIA. Otra ocasion sin reparo....

CATALINA. ¡Que me muero de dolor!

ARRUTIA. Hablad; pero sin tardanza,
Pues negocio interesante
Me reclama. (*Aparte*). Su semblante....
Un recuerdo en lontananza....

CATALINA. Murió mi adorada madre
De vergüenza y de dolor.

ARRUTIA. (*Aparte*). Tambien la mia.

CATALINA. Señor
De alto rango era mi padre;
Y al nacer no tuve nombre,
Ni mi madre fué su esposa.

ARRUTIA. (*Aparte*). Tampoco tuvo en su fosa
Mi madre el nombre del hombre
Que me engendró.

CATALINA. Á los albores
De la juventud, sentí
Que algo despertaba en mí:
Era una aurora de amores.
Vi á un apuesto caballero;
El blanco yelmo caído,
El coselete partido,
Y ya roto el duro acero;
Que al mirarme, con los ojos
Que le salvara pedía.
Sentí no sé qué agonía:
Sentí no sé qué sonrojos.
En mi estancia le curé:
Y á su rogar insinuante,
En sus brazos delirante,
Loca de amor, me entregué.

ARRUTIA. (*Aparte*). ¡Pobre niña!

CATALINA. Yo villana
Era, noble el caballero.

ARRUTIA. (*Aparte*). Yo tambien pobre escudero,
Y ella noble.

CATALINA. Una mañana
Se fué para no volver,
Y nunca despues le vi.

ARRUTIA. (*Aparte*). Una mañana partí
Tambien sin volverla á ver.

CATALINA. Sin ver á mi padre, ansiosa
Busqué la paz del convento.

ARRUTIA. (*Aparte*). Sin ver á nadie, al momento
Busqué la guerra espantosa.

CATALINA. Aquí la muerte se encierra,
Y me la niega mi suerte.

ARRUTIA. (*Aparte*). Yo tampoco hallé la muerte,
Y la buscaba en la guerra.

CATALINA. No sé qué presentimiento
Que iba á verle me decía.

ARRUTIA. (*Aparte*). Tambien á tí, Aldonza mia,
Que voy á mirarte siento.

CATALINA. Y despues fúnebre velo
Á mi vista se extendió.

ARRUTIA. (*Aparte*). Tambien he sentido yo
Correr por mi cuerpo hielo.

CATALINA. He sabido que está aquí,
En el convento.

ARRUTIA. ¿Quién?

CATALINA. Él.
Salvadme en nombre de Aquel
Que murió en la cruz por mí.
Ved que si vuelvo á mirarle
Ya no podré resistir,
Y si no me hace morir,
Otra vez tendré que amarle.
Ved que aquí vine buscando
De encontrarle la ocasion;
Y ved que mi corazon
Á gritos le está llamando.

(*Señalando, con espanto y gozo al mismo tiempo, á la izquierda de la galería*).

¡Dios del cielo! Vedle.... llega....

ARRUTIA. (*Con asombro*). ¿Cómo os llamáis?
CATALINA. Catalina.
ARRUTIA. (*Aparte*). ¡Mi hermana! ¿Y él se encamina
Hacia aquí, y ella no ciega?
(*Á Catalina*). Sal al punto.

(*Catalina se acerca á Arrutia: éste la toma por el brazo izquierdo, y la va llevando hacia la derecha del fondo, miéntras, sin verlos y preocupado, se acerca por la izquierda Alonso, y va despacio á abrir la puerta del fondo*).

CATALINA. Es el infiel.....
Alonso de Ávila.... sí....
Es él....
ARRUTIA. Sal pronto de aquí:
Déjame solo con él.

(*Desaparece Catalina en el mismo momento que Alonso abre la puerta del fondo: ésta queda abierta, viéndose la reja del coro, y más allá las luces de la iglesia*).

ESCENA VIII

ARRUTIA.—ALONSO.

ARRUTIA. Perdonad.
ALONSO. (*Bajando á la escena*). El franciscano.
Mucho me huelgo de hallaros:

Oídme, y hablemos claros;
Pensad que os tengo en mi mano.

ARRUTIA. Dijerais que yo en la mia....

ALONSO. Bien descubrís lo traidor;
Mas llegáis tarde, señor,
Pues la noble compañía
Que hace poco estaba aquí,
Por la iglesia con cautela
Salió: no falta quien vela
Por el marqués y por mí.

ARRUTIA. Ni falta, por Dios, Alonso,
Quien os parta el corazon.

ALONSO. ¿Vais á decir un sermon?

ARRUTIA. Á rezar vuestro responso.

ALONSO. ¿Tanto así acatáis la ley
De Don Felipe el de España?

ARRUTIA. Que es hidalgo, y nunca engaña
Como vos y vuestro rey.

ALONSO. Villano.

ARRUTIA. (*Abriéndose el hábito, debajo del cual muestra su traje de caballero, cruz y venera*).

No por mi vida:
De Santiago la encomienda
El rey me puso por venda
Para cubrirme una herida.
Y si tuve tal honor,
Aquí yo soy el primero;
Pues si vos sois caballero,
Yo soy ya comendador.

ALONSO. ¿Quién sois entónces, y qué
Queréis de mí? Vamos claros.
ARRUTIA. Cosa sencilla: mataros.
ALONSO. ¿Os queréis burlar?
ARRUTIA. No á fe.
¿Recordáis á Catalina?
ALONSO. ¿Catalina? ¿una villana?
ARRUTIA. Pues era, señor, mi hermana.
ALONSO. Ocurrencia peregrina.
¿Y pretende el fraile acaso
Que le devuelva el decoro
Con algun puñado de oro?
Pues voy á salir del paso:
Tomad. (*Le da una bolsa*).
ARRUTIA. Lo voy á emplear
En misas por el difunto.

(*Arroja la bolsa al suelo*).

ALONSO. ¿Qué hacéis?
ARRUTIA. Desnudad al punto
La espada: os voy á matar.

(*Saca la espada que lleva debajo del hábito*).

ALONSO. Si dije que sois traidor.
ARRUTIA. ¿Tiene miedo vuestro acero?
ALONSO. (*Desenvainando*). Nunca tiembla un caballero:
En guardia, comendador.

(*Riñen: en este momento aparece Céynos por la derecha*).

ESCENA IX

DICHOS.—CÉYNOS.

CÉYNOS. (*Interponiéndose*). Deteneos.
ALONSO. ¡Céynos! ¿vos?
ARRUTIA. (*Aparte*). ¡Él!
ALONSO. Llegáis tarde, por Dios.
CÉYNOS. No por cierto: ya en la Audiencia
Se le toma residencia
Al marqués. Andan en pos,
Y prenderán á Don Gil
Al llegar de Cuauhtitlan.
ALONSO. ¿Quién nos ha vendido vil
Y cobarde?
CÉYNOS. Ya le están
Esperando, un alguacil
En su casa, y el alcalde
En la cárcel de la corte.
(*Alonso hace movimiento de huír*).
No huyáis: por lo que importe,
Sabed que huír fuera en balde;
La alguacilezca cohorte
Cerca el convento.
ALONSO. ¡Oh ira!
ARRUTIA. Dejad que le mate yo.
CÉYNOS. Pues que contra el rey conspira,
Sus jueces....
ARRUTIA. Odio me inspira:
Dejadme matarle.

CÉYNOS. No:
Aléjate.
ARRUTIA. Mi dolor
Ansias tiene de matar.
ALONSO. Pues ya te espero, traidor.
CÉYNOS. Aléjate.
ARRUTIA. ¡Por favor!
CÉYNOS. Vete por él á rezar.
Si deshonrarme altanero
Al de Ávila le plugo,
No merece por tu acero
Morir; le reservo fiero
La cuchilla del verdugo.

(*Hace ademan á Arrutia de que salga. Éste deja caer su espada, y entra por la puerta del fondo que se cierra tras él. Alonso envaina*).

ESCENA X

ALONSO.—CÉYNOS.

CÉYNOS. Si vuestra nefanda suerte
Hoy os puso en mi poder,
Yo pudiera detener
La guadaña de la muerte:
Así meditad con calma
Lo que habéis de contestar.

ALONSO. Podéis, oidor, comenzar:
Os escucho con el alma.
CÉYNOS. Fruto de tiernos amores,
Tuve una hija peregrina
Que se llama Catalina:
Con propósitos traidores
La sedujo un caballero,
Que por su gran calidad
Es tenido en la ciudad,
De los nobles por primero.
ALONSO. ¿Y qué pretendéis, oidor?
CÉYNOS. Realizar una esperanza.
ALONSO. ¿Cuál es que no se me alcanza?
CÉYNOS. Que le devolváis su honor.
ALONSO. ¿Cómo me lo demandáis
Si sabéis que soy casado?
CÉYNOS. Oíd: huyó de mi lado;
Pienso que vos la guardáis.
¿Dónde está?
ALONSO. No sé de ella;
¿Mas qué queréis?
CÉYNOS. Pues es viudo
Vuestro hermano, yo no dudo
Que le dé su nombre: es bella.
Así su honra se repara.
ALONSO. Unirse á sangre tan vil,
No penséis que quiera Gil,
Ni que yo se lo mandara.
CÉYNOS. ¡Alonso!
ALONSO. Mujer que á un hombre

Que no es su esposo se da,
Sabedlo, no llevará
Jamas de Ávila el nombre;
Que es nombre de tal honor,
De tal gloria y tal grandeza,
Que fuera mucha nobleza
Hasta para vos, oidor.

CÉYNOS. Hay quien le lleva manchado;
Y por cierto tan vil es,
Que si lo manchó el marqués,
Piensa aún que vive honrado.

ALONSO. De oíros muero de ira,
Y no entiendo qué decís.

CÉYNOS. Fué Doña Aldonza....

ALONSO. Mentís.

CÉYNOS. Dama del marqués.

ALONSO. Mentira.

CÉYNOS. Ved que noche á noche sé
Lo que pasa en la ciudad,
Y una noche su beldad
Del marqués delicia fué.

ALONSO. No puede ser.

CÉYNOS. Lo aseguro.

ALONSO. Me estáis engañando.

CÉYNOS. No.

ALONSO. ¿Pero quién lo afirma?

CÉYNOS. Yo.

ALONSO. ¿Y si vos mentís?

CÉYNOS. Lo juro.

ALONSO. ¡Ira del cielo!

CÉYNOS. ¿Y así
Exponíais la cabeza
Por el infame?

ALONSO. ¡Nobleza,
Cómo obligas, ay de mí!
Pues ni sé si vuestra hija
Vive; ni pudiera honrarla;
Ni con mi hermano casarla,
Aunque mi vida lo exija.
Pues la nobleza es tal ley,
Que al marqués no he de matar;
Y no me puedo vengar
Porque le he jurado rey.

CÉYNOS. Pues que no queréis cumplir
Buen vasallo y caballero,
Dadme, Alonso, vuestro acero,
Y disponeos á morir.

ALONSO. Eso no: miéntras airada
Pueda levantar la diestra,
Dará de mi furia muestra
En vuestro pecho mi espada.

ESCENA XI

DICHOS.—CATALINA.

(*Alonso desenvaina; Céynos se dirige á la puerta pidiendo favor; Catalina aparece por el fondo, y se precipita entre ellos*).

CÉYNOS. ¡Favor al rey!

CATALINA. ¡Alonso!

ALONSO. ¡Ella!

CÉYNOS. ¿Mas qué miro? ¡Catalina!
¡Mi hija, bondad divina!
¿Tú aquí?

CATALINA. Aquí mi estrella
Me trajo: en mi amargo duelo,
En este claustro tranquilo
Hallé á mis penas asilo,
Hallé á mi llanto consuelo.
Y temiendo tus enojos,
Tu cólera y tu rigor,
Oculté mi deshonor
Donde tus airados ojos
No pudieran verle: así
Pensé morir ignorada,
Sin que nunca una mirada
Viniera á posarse en mí.
Pero no lo quiso Dios;
Y empuñando los aceros,
Arrebatados y fieros
Hoy os encuentro á los dos.

CÉYNOS. Sí; que vileza á vileza
Tantas logró ya reunir,
Que al cadalso va á subir
Para bajar sin cabeza.

CATALINA. Padre, no: perdon, perdon.

CÉYNOS. Jamas.

ALONSO. Calla.

CATALINA. Que yo muera.

ALONSO. ¡Si sangre quiere la fiera!

CATALINA. Pues abre mi corazon.

CÉYNOS. Es inútil tal porfía;
Imposible el escapar,
Pues he mandado cercar
La iglesia y la portería:
Entregaos.

CATALINA (*Llevando á Alonso á la puerta de la izquierda*).
Por aquí,
Alonso, al jardin bajamos,
Y por la acequia ganamos
El puente.

(*Salen Catalina y Alonso, que va con la espada empuñada*).

CÉYNOS. Se van.

(*Yendo á la puerta de la derecha*).
Á mí.

ESCENA XII

CÉYNOS.—AGUILAR.—LOS ALGUACILES *y el* ALCALDE VILLÉGAS *despues.*

AGUILAR. (*Entrando*). ¿Pero qué pasa, señor?

CÉYNOS. Que vengan los alguaciles.

AGUILAR. (*Saliendo*), Voy.

CÉYNOS. Se me escapan los viles:
Ardiendo estoy de furor.

(*Entran, el alcalde con su vara y los alguaciles con arcabuces*).

CÉYNOS. (*Señalando á los unos la puerta por donde se fué Alonso*).
Seguidlos por ahí. (*Salen el alcalde y algunos alguaciles*).
(*Á los otros*). Dadme
Un arcabuz. (*Lo toma*). Disparad.
(*Apuntan los alguaciles y Céynos por la ventana*).
Pero no tiréis.... Dejad
Los arcabuces.... Dejadme.
(*La accion seguirá minuciosamente las frases*).
Sí; tirad aunque me aflija
Su muerte.... Mas por favor,
No tiréis sobre el traidor....
Podéis matar á mi hija....
Vamos en pos.... cien ducados
Al que vivo prenda al vil....
Doscientos.... quinientos.... mil....
Si valerosos y osados
Salváis á mi hija.
(*Todos salen precipitadamente por la puerta por donde se fueron Alonso y Catalina*).

ESCENA XIII

ARRUTIA *solo.*

(*Sale Arrutia por la puerta del fondo, mostrando espanto. La puerta queda abierta de modo que se vean las luces de la iglesia. Comienza á oírse el órgano que suena hasta el fin del acto*).

¡Ella!
¿Pero es verdad lo que miro?
¿Es que sueño, ó que deliro?
Pura como blanca estrella
Que se eleva de los mares,
Allí está resplandeciente,
Bajando la triste frente
En el pié de los altares.
Allí con voz dolorosa
Jurando pureza al cielo:
Y ya con el blanco velo,
Mi esposa de Dios esposa.
Rodando por sus mejillas
Dos lágrimas despiadadas;
Las manos enclavijadas,
Y postrada de rodillas.
Cuando vengo de tí en pos
Soñando con un eden,
¿Se ha de interponer tambien
Entre nuestras almas Dios?
Pecho, tu furia desata
Y de un crímen no te asombres,

Que no bastando los hombres
Hasta Dios me la arrebata.
El huracan de tus celos
Desborda sobre ese altar:
Sí; que la voy á arrancar
Con mis manos, de los cielos.

(*Se dirige resueltamente hacia el fondo, y encuentra á la abadesa*).

ESCENA XIV

ARRUTIA.—LA ABADESA.

LA ABADESA. ¿Don Alonso?
ARRUTIA. No lo sé.
LA ABADESA. Sor Aldonza....
ARRUTIA. ¿Qué? decid.
LA ABADESA. Me dió un pliego, con encargo
De que se diera á Don Gil.
ARRUTIA. ¿El de Ávila?
LA ABÁDESA. Sin duda.
Si vos sois su amigo....
ARRUTIA. Sí.
LA ABADESA. Como presumo, pudierais
Tan santo encargo cumplir.
ARRUTIA. Dádmelo.
LA ABADESA. (*Dándole un pliego*). Tomad, hermano.
Dios os guarde.
ARRUTIA. Sed feliz.

(*Se vuelve la abadesa por el fondo*).

ESCENA XV

ARRUTIA.—*Despues* AGUILAR.

ARRUTIA. (*Yendo á la mesa*). ¡Un retrato! Sí; el de ella.
¡Hermosa como ninguna!
¿Por qué mi negra fortuna
La hizo nacer tan bella?
Una carta.... ¡ira de Dios!
Comienza: "adorado Gil."
¡Si fué fementida y vil!
¿Mas qué se escriben los dos?
(*Leyendo*). "Pues la union que tú querías
Era imposible aceptar,
Voy en el claustro á enterrar
Mis ya muertas alegrías.
Tal vez de pena sucumba
De mi fortuna al rigor:
Una lágrima de amor
Ven á regar á mi tumba.
Aldonza." ¿Conque traidora
Por Don Gil me abandonaba,
Y con Don Gil me burlaba?
Mas ya va á sonar la hora
De mi venganza. Los tres....
¡Y olvidado los había!
Sentirán la rabia mia
Los Ávilas y el marqués.
Y de mi destino en pos,
Despues, Aldonza, á buscarte

Vendré, que he de arrebatarte
Del poder del mismo Dios.

AGUILAR. (*Entrando*). Jaime, ¿tú aquí?

ARRUTIA. Dí: ¿qué pasa?
Dí: ¿mi impaciencia no ves?

AGUILAR. Que prendieron al marqués
En la Audiencia, y en su casa
Á Gil cuando del caballo
Se apeaba, y en el puente
Á Alonso. Mas no te cuente....

ARRUTIA. Calla: me basta.

AGUILAR. Ya callo.

ARRUTIA. Una espada.... aquí la mia.

(*Alza su espada que había dejado caer al fin de la escena IX*).

AGUILAR. Oye sonar la campana.
(*Se oye á lo léjos un toque pausado*).

ARRUTIA. ¿Era mi esperanza vana?

AGUILAR. Por ellos toca á agonía.

ARRUTIA. (*Con la espada empuñada*). Venganza mia, ya empiezas;
Sangre, ya vas á correr:
Al cadalso, para ver
Como ruedan sus cabezas.

(*Se dirige, levantando la espada, á la puerta de salida. Aguilar le sigue*).

Telon.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. La lámpara está encendida. Es de noche.

ESCENA I

LA ABADESA.—AGUILAR.

LA ABÀDESA. ¿Qué pasa, Aguilar? El son
Fúnebre de las campanas,
Ronco ruido de atambores,
Gritería destemplada,
Luces tristes y rojizas
Que la negra noche aclaran:
Todo vago cual rumor
De la tormenta lejana,
Como truenos que se pierden

Y relámpagos que pasan;
Y á la puerta del convento
Á esta hora una aldabada.
Díme qué pasa, Aguilar;
Mira que todo me espanta.

AGUILAR. Si algo ocurre en la ciudad,
Si hay algo nuevo, me pasma;
Que vine á las oraciones
Sin saber de nuevo nada,
Sino la sentencia á muerte
De los dos hermanos Ávilas,
La que debe ejecutarse
Cuando más pronto mañana.

LA ABADESA. Mas llamaron al porton.

AGUILAR. Sí, madre: ¡desventurada
Monja!

LA ABADESA. ¿Pero quién?

AGUILAR. La madre
Catalina: gruesas lágrimas
Empañan sus bellos ojos;
Y con sollozos del alma
El oírla causa espanto,
Y pone en el pecho lástima,
Quiere hablaros.

LA ABADESA. ¿Cómo huyó
Del convento?

AGUILAR. No sé nada;
Mas pide piedad.

LA ABADESA. No debo
Oírla: grande es su falta.

AGUILAR. Insiste mucho en hablaros.
Tal vez ella sepa....

LA ABADESA. Anda,
Y díle que éntre.

AGUILAR. (*Abriendo la puerta de la derecha*). Aquí
Para veros esperaba.
Entrad, madre Catalina.

(*Entra Catalina. Aguilar sale, diciendo:*)

Buenas noches.

LA ABADESA. Buenas hayas.

(*Al salir Aguilar, cierra la puerta*).

ESCENA II

LA ABADESA.—CATALINA.

CATALINA. (*Arrojándose á los piés de la abadesa*). Perdon.

LA ABADESA. Levántate, y cuenta
Cómo dejaste el convento,
Y qué infame pensamiento
Te sugirió tal afrenta:
Que si grande es tu pecado,
Grande es de Dios la bondad.

CATALINA. Madre, tenedme piedad;
Mirad en llanto anegado
Mi rostro; vedme sin calma
Muriéndome de dolor,
Sobre la frente pavor
Y con espanto en el alma.

LA ABADESA. Habla.

CATALINA. Fieros perseguían
Los corchetes de la Audiencia
Al de Ávila: conciencia
Esos hombres no tenían.
Yo quise salvarle: vi,
Buscando un paso, esa puerta,
Y hallando que estaba abierta,
Con él al jardin huí.
Los corchetes nos siguieron,
Por la acequia nos salimos;
Pero desgraciados fuimos,
Y en el puente nos prendieron.

LA ABADESA. ¡Una fuga con un hombre!
No puede permanecer
La hija de Lucifer
En el claustro.

CATALINA. No os asombre
Mi audacia ni mi delito,
Que allá en época distante
Fué el de Ávila mi amante.

LA ABADESA. ¿Qué dices? ¡Cielo bendito!
Sacrilegio, corrupcion,
Lascivia, torpes amores,
Labios perjuros, traidores,
Infamia, profanacion.
Sal al punto.

CATALINA. Magdalena
Lloró á los piés de Dios mismo,

Y Él la sacó del abismo.
Oíd, madre: ¡sois tan buena!

LA ABADESA. Habla.

CATALINA. Presa me tomaron
Los alguaciles.

LA ABADESA. Bien hecho.

CATALINA. Y con la muerte en el pecho,
Al palacio me llevaron.

LA ABADESA. ¿Al palacio?

CATALINA. De mi padre
Nunca supe ántes el nombre:
Decírmelo, no os asombre,
No quiso jamas mi madre.
Iba oculto á visitarme,
Y quién era no sabía:
Si á preguntar me atrevía,
Nunca quiso contestarme.
Aquí, lleno de furor,
En la mano el duro acero,
Le vi delirante, fiero.

LA ABADESA. ¿Y quién es?

CATALINA. Tan gran señor,
Que puede todo.

LA ABADESA. Hija mia,
Siéntate: díme tu duelo;
Hallarás en mí consuelo;
Cuéntame.

CATALINA. Muy largo el dia
Transcurrió; la noche vino:
Sola en una estancia oscura,

Un siglo se me figura
Que pasó, pues no adivino
Cuánto tiempo fué. El baluarte
Era mi prision: la luz,
Por una reja de cruz
De la pared en la parte
Alta abierta, se escurría,
Para hacerme más patente
Que sobre mi oscura frente
Por fuera alumbraba el dia.
Por la noche un carcelero
Me llevaba de comer,
Y no le volvía á ver
Hasta otro dia. Severo
Mi padre esta noche entró,
Y de parte de la Audiencia
Me hizo saber la sentencia
Que contra mí pronunció,
Por la cual se me destierra
Á un convento de Sevilla;
Que parta con la flotilla,
Y que abandone esta tierra.
Salió, y despues oí
Por de fuera ruido extraño.
Pude alcanzar por mi daño
La cruz de la reja. Vi
Con terror, cómo á gran priesa
La plataforma espantosa
Levantaban.... pavorosa
La multitud.... fila gruesa

De ginetes.... el tablado
Negro, lúgubre, terrible....
Y sobre él impacible
El verdugo enmascarado.
Un hombre subió ¡oh fiereza!
Humilde se arrodilló,
Y el verdugo le cortó
De dos tajos la cabeza.
Miré despues, caballero
En una mula, llegar
Á otro reo; le oí rezar
Con dos domínicos: fiero
Alzó el verdugo la espada,
No pudo el cuello romper,
Tres veces la hizo caer,
Estaba en sangre empapada.
Al cabo rodando vi
Por las tablas la cabeza:
Rugió el pueblo con fiereza,
Y sin sentido caí.
Al recobrar la razon,
Sacudí tanto la puerta
Que logré mirarla abierta.
Grande era la confusion
En palacio: en un momento
Bajé y encontré salida;
Me hallé en la calle perdida,
Y di al fin con el convento.

ESCENA III

DICHAS.—ALDONZA.

(*Aldonza entra por el fondo, y se para escuchando*).

CATALINA. (*Continuando*). Y tengo en el alma espanto,
En el corazon dolor,
En la conciencia pavor,
Y en los ojos ira y llanto:
Que al mirar su cuerpo inerte,
Y rodar su rostro altivo,
Me parece que ya vivo
Con la vida de la muerte.
Y me finje mi afliccion
Que hasta el cielo se derrumba,
Que es este claustro una tumba
Y es el mundo un panteon.
Y no tengo ya ni enojos
En el corazon, ni vida
En el alma adormecida,
Ni ardiente llanto en los ojos.
Soy un cadáver que ve....
Y que habla.... y no se muere....
Un sér que ser ya no quiere....
Y que solamente fué.

ALDONZA. (*Aparte*). ¡Pobre mujer!

LA ABADESA. Piensa en Dios.

CÁTALINA. Ya no tengo pensamiento.

LA ABADESA. ¿No sientes su fe?

CATALINA. No siento
Nada ya.

LA ABADESA. ¿Mas esos dos
Infelices que á las manos
Del verdugo sucumbieron,
Díme, hija, quiénes fueron?

CATALINA. Los Ávilas.

ALDONZA. (*Lanzando un grito*). ¡Mis hermanos!

(*Se oye una aldabada*).

LA ABADESA. Otra vez suena la aldaba.

ALDONZA. ¡Ay Dios, me siento morir!

(*Vuelve á sonar la aldaba*).

LA ABADESA. Voy; que tardan en abrir.

CATALINA. Muerte, si empezaste, acaba.

(*Se va la abadesa por la puerta de salida*).

ESCENA IV

CATALINA.—ALDONZA.

ALDONZA. Dejadme con vos llorar,
Porque si fueron tiranos,
Fueron tambien mis hermanos,
Y no los puedo olvidar.
Sola estoy sobre la tierra;
Que cuanto quise en la vida,
Como pantera homicida
En sus entrañas encierra.
¿Pero vos sufrís tambien?

CATALINA. Es mio vuestro dolor:
Hay una historia de amor
Que nos une. Fué mi bien
En la hermosa primavera
De mi vida, la ilusion
De mi ardiente corazon,
De mi alma la quimera,
De mi voluntad el dueño,
De mis sonrisas la luz,
De mis pesares la cruz,
De mis dichas el ensueño,
Alonso.

ALDONZA. ¿Mi hermano?

CATALINA. Sí.
¡Y hoy ha muerto!

ALDONZA. Tambien yo
Amé á un hombre, y se murió.
Le separaron de mí:
Acaso en remotas playas
En mí pensando gemía....
Unirme á él no podía....
¡Ay, mi nobleza, mal hayas!

CATALINA. Sí; mal haya la nobleza:
Por ella Alonso me huyó.

ALDONZA. ¡Y al morir no reclinó
En mi seno su cabeza!

CATALINA. ¡Yo la de Alonso miré
Rodando sobre el tablado!

ALDONZA. Mi tierno dueño adorado
Del mundo infame se fué.

Pero yo sé que en la gloria
Me espera: á veces me llama;
Dice que siempre me ama,
Que no olvida mi memoria;
Que galardonan su amor
Fe celestial y constancia,
Como la pura fragancia
Es galardon de la flor.
Y si del amor vencida
Rompo los mundanos lazos,
Me recibirá en sus brazos
Para darme nueva vida:
Y abandonando en el suelo
Del cuerpo la podredumbre,
El espíritu hecho lumbre
Irá á seguirle en el cielo.

CATALINA. Ved que me ponéis espanto
Con vuestro raro delirio.

ALDONZA. No hay placer como el martirio,
Ni consuelo como el llanto.
Venid, que quiero mostraros
Allá en el cielo su estrella:
Es la más grande y más bella,
La de destellos más claros.

CATALINA. Me olvido de mi dolor
Al oír su desvarío.
¡Alonso!

ALDONZA. Hermano mio
Es; mas no me tiene amor.
Bien vestido, galan, pulcro,

En el festin estará:
No sabe Alonso que ya
Aldonza bajó al sepulcro;
Que en ese lecho de paz,
En ósculo cariñoso,
El cadáver de mi esposo
Une su faz á mi faz.
(*Se va llevando poco á poco á Catalina hacia la derecha del fondo*).
Ven y mirarás lucir
En la bóveda del cielo
Sus dos ojos....

CATALINA. (*Saliendo de la escena*). .Siento hielo
Por mi cuerpo discurrir.

ESCENA V

ARRUTIA.—LA ABADESA.

(*En el momento en que Aldonza y Catalina desaparecen por el fondo, entran por la puerta de la derecha la abadesa y Arrutia*).

LA ABADESA. Decidme, caballero,
En qué puedo serviros.

ARRUTIA. Mas primero
Contestadme, señora,
Si hay una monja aquí que triste llora
Y que Aldonza se llama.

LA ABADESA. Quiso mucho á un villano, aún le ama
Con inmensa ternura,
Que más que amor es ya torpe locura.
Tomar no quiso el velo,
Y vivía llorando y sin consuelo,
Hasta que supo un dia
La muerte de su amante. ¡Qué agonía
Entónces para ella!
¡Qué delirar y maldecir su estrella!
¡Y despues qué piadosa
De Dios el velo recibió de esposa!

ARRUTIA. ¿Le dijeron que muerto
Era su amante?

LA ABADESA. Téngalo por cierto,
Que yo vi los papeles
Que le trajeron y mostran fieles
Los dos tiernos hermanos
Don Gil y Don Alonso. ¡En tus manos
Sus dos almas recibe,
Señor de cuanto nace y cuanto vive!

ARRUTIA. Pues bien; oídme ahora.
Yo amé tambien, pasion abrasadora
Quemó mi alma ardiente,
Y era mi corazon volcan hirviente.
Yo era pobre, villano;
Pero mi fe de aliento soberano.
Abandoné esta tierra,
Y fuí á buscar en la espantosa guerra
Alivio á mis pesares
En la gloria ó la muerte. Los azares

De la ciega fortuna,
Á mí que nombre me negó la cuna,
Tan alto me elevaron
Que los nobles más altos me envidiaron,
Pues fué mí cuerpo valla
Del rey: salvé su vida en la batalla .
Recibiendo en mi pecho
Horrible herida. Se acercó á mi lecho,
Y dijo cariñoso:
"Si vives, te haré noble, poderoso·
De la órden de Santiago
Eres comendador; conde te hago;
Y muy cuantiosa hacienda
Tendrás: cubra tu herida la encomienda,
Que la sangre que sale
De tu valiente pecho tanto vale,
Que quiero, por mi vida,
Verla en cruz de Santiago convertida.
Conde de los Albueres,
Si quieres tener más, dí lo que quieres."

LA ABADESA. ¡El monarca es tan bueno!

ARRUTIA. Salvé la vida: sobre el mar sereno,
En busca de mi amada,
Mi nave, de los vientos empujada
Con cariñoso aliento,
Á Veracruz me trajo: en el momento
Salí del puerto, ansioso,
Sin tomar ni una hora de reposo;
Y al llegar, sé que osados
Se atreven á su rey los conjurados.

El rey es lo primero:
El corazon calló, y habló el acero.
Estaba el rey vengado,
Yo loco de furor, desesperado,
Pues que mi amor, mi cielo,
Al pié de los altares tomó el velo.

LA ABADESA. ¿Aldonza?

ARRUTIA. En mi agonía,
Recordé por ventura que traía
Cartas para el prelado
De México. Del rey recomendado,
Decían: "cuanto hicieres
Por el comendador conde de Albueres,
Lo tendré por mí hecho."
Lloré ante él, le descubrí mi pecho,
Y mirad si ha cumplido,
Pues me devuelve el bien por mí perdido.

LA ABADESA. No comprendo.

ARRUTIA [*Sacando unos papeles*]. Esta acta
Es una relacion clara y exacta
Del clérigo Espinosa,
En que dice que Aldonza no es esposa
De Dios; que al conjurarla
Á que aceptase el velo, y al mandarla
Que los votos hiciera,
Calló y no respondió. De esta manera,
Si no juró su lábio
Monja no es, y puede sin agravio
Del mundo ni del cielo,
Rasgar sobre su frente el blanco velo.

LA ABADESA. ¡Pero si no es creíble!
ARRUTIA. Esta otra acta es....
LA ABADESA. ¡Es imposible!
ARRUTIA. En el acta aseguran
Cuatro monjas....
LA ABADESA. Abísmome.
ARRUTIA. Lo juran,
Que Aldonza en los altares
No pronunció los votos. Mis pesares
Van á tener consuelo.
LA ABADESA. Nunca, comendador: no rompe el velo
La engañosa mentira
De un clérigo. ¿Y las monjas? Siento ira,
Y Dios desde su trono
Ira siente tambien.
ARRUTIA. Hay en abono,
Del sacristan la clara
Declaracion: mirábale la cara
Curioso ó atrevido,
Y dice que los labios no ha movido
Aldonza.
LA ABADESA. Mas la mente
Pudo jurar.
ARRUTIA. Declara ella, obediente
Á la órden del prelado,
Que ni con el espíritu ha jurado.
Y manda en consecuencia
El prelado, la enviéis á su presencia,
Para unirnos piadoso
En lazo eterno ante el Señor.

LA ABADESA. Esposo
Deja de gran valía,
Por esposo cual vos.
ARRUTIA. Necia porfía:
Una silla de manos
Á la puerta la espera.
LA ABADESA. Goces vanos
Del mundo, os aborrezco.
ARRUTIA. Llamadla: quiero hablarle.
LA ABADESA (*Yéndose*). Os obedezco.

ESCENA VI

ARRUTIA *solo.*

Grande mi amor como el cielo,
Profundo como el abismo,
Fué de mi vida el anhelo,
Y por eso osé en mi duelo
Disputársela á Dios mismo.
Que si Dios por desventura
Se interpuso entre los dos,
Hoy le pido en mi locura
Que me vuelva la ternura
De mi Aldonza. No es de Dios
Amor para mí formado,
Ni sér para mi nacido;
Si para mí la ha creado
Y por él me ha abandonado;

Que me la devuelva pido.
Él hizo nacer mi afan;
Porque él quiso, mi pecho
Es el cráter de un volcan,
Y es mi amor un huracan,
Que encontrando el mundo estrecho
Barre todo cuanto encuentra
Y cuanto halla hace pedazos,
Y rompiendo santos lazos,
Hoy en el claustro se entra
Para traerla á mis brazos.
Si mi amor es impiedad,
Y si vengo de ella en pos,
Y nos arrastra á los dos
Espantosa tempestad,
Es que la desata Dios.
Él la trajo á este convento,
Él me trajo ciego á mí,
Él hizo nacer sediento
Este ardiente frenesí
Que por poseerla siento.
Pero si es profanacion
Atentar á esa mujer,
Arráncame el corazon,
Señor, ó por compasion
Haz que no la vuelva á ver.

ESCENA VII

ARRUTIA.—ALDONZA.

(Aldonza sale por la derecha del fondo).

ARRUTIA. ¡Ella!

ALDONZA (*Al ver á Arrutia retrocede espantada*).

¡Jaime, Dios eterno!
¿Sueño de mi fantasía
Es, ó acaso me le envía
De sus sombras el averno?

ARRUTIA. Aldonza.

ALDONZA. Su voz me nombra
Con acento sepulcral,
Y toma forma cabal
Ante mis ojos su sombra.

ARRUTIA. ¡Ay! mi dicha se derrumba.

ALDONZA. Jaime, si estabas ya muerto,
¿Por qué tu cadáver yerto
Se levanta de la tumba?
¡Cómo con ansia esperé
Verte en mis brazos un dia!
¡Ay, y cómo en mi agonía
Con el alma te llamé!
Al despertar á la aurora,
Decía llena de gozo:
"Siento un extraño alborozo,
Es que Jaime viene ahora."
Pero la noche llegaba,

Y entre nubes de arrebol
El rojo disco del sol
Sus fulgores apagaba.
Y yo contenta decía:
"La luz del sol importuna;
Á los rayos de la luna,
Astro de melancolía,
Quiere llegar, eso es,
Y á su blanco resplandor
Quiere contarme su amor
Arrodillado á mis piés."
Mas las noches una á una
Pasaron sin que llegara:
Era sin duda muy clara
La luz de la blanca luna.
"Á mi triste cautiverio,
Pensaba, quiere venir,
Sin que le puedan sentir,
En las sombras del misterio."
La noche sin luna estaba,
Lleno de estrellas el cielo,
Lleno de rosas el suelo,
¡Y mi Jaime no llegaba!
"De las estrellas el fuego
Será mucho resplandor....
Manda tinieblas, Señor....
Que el mundo esté sin luz, ciego...."
Espantosa oscuridad
En los aires se cernía,
Y pavorosa rugía

Iracunda tempestad.
"Á venir va," dije ansiosa;
Y me pareció escuchar
De su corcel el trotar.
Era la voz cavernosa
Del trueno que retumbaba
Atronando el horizonte,
Y tras del lejano monte
Con fragor se despeñaba.
Y ya no pudo venir,
Que un relámpago rasgó
Las tinieblas, y empezó
La tempestad á lucir.
Pues no puede su capuz
Guardar la sombra un momento;
Que siempre en el firmamento
Está Dios, y Dios es luz.

ARRUTIA. Aldonza, mírame: soy
Tu Jaime, tu tierno esposo.

ALDONZA. Mi bien, estás más hermoso:
Te miro más bello hoy.
Es que perdió el cuerpo humano
Su materia y podredumbre,
Y brillas ya con la lumbre
De la eternidad. Tu mano
Está temblorosa, fria....
¡Ay, es tanta la humedad
De las tumbas!

ARRUTIA. Por piedad
Vuelve en tí, Aldonza mia.

ALDONZA. Deja reclinar mi frente,
Mi Jaime, sobre tu pecho.
¿No has visto nunca el helecho
Sobre el cristal de la fuente
Columpiar sus verdes ramas?
Al latir tu corazon,
Columpia en su pulsacion
Mi cabeza. Dí: ¿me amas?
Si no está tu cuerpo yerto,
Y tiene tu pecho vida,
Es que á tu Aldonza querida
Amas, áun estando muerto.
Y si los muertos sin horas
Viven en la eternidad,
¿Eterno será, verdad,
El amor con que me adoras?

ARRUTIA (*Contemplando con ternura á Aldonza*).

¿Qué eres, amor sublime,
Que al mirar á esta mujer
Siento que todo mi sér
Se engrandece y se redime;
Y sacudiendo el vestido
De carne inmunda y podrida,
Vive mi sér nueva vida
En otro sér convertido;
Y el alma con fuerte aliento
Siguiendo de Dios las huellas,
Adornada con estrellas
Luce como firmamento!

ALDONZA (*Como si volviera de un sueño y alejándose espantada*).
¿Quién me quiere arrebatar
Su cariño? (*Viendo á Arrutia*) Atras, malvado.
Si es mi esposo idolatrado,
¿Á Jaime queréis matar?
¿Que está muerto? ¡Dios piadoso!
Llevadme á su sepultura:
Quiero dormir....

ARRUTIA. ¡Desventura!

ALDONZA. En el lecho de mi esposo.
En el sepulcro los dos,
El esposo con la esposa:
Sobre los cuerpos la losa....
¡Y sobre las almas Dios!
(*Pausa. Se oye una aldabada*).

ALDONZA. Quiero ver si en el Oriente
Está brillando su estrella.

ARRUTIA. Dios mio, ¿por qué con ella
Has sido tan inclemente?

ESCENA VIII

DICHOS—LA ABADESA.

(*Se oye otra aldabada fuera. Entra la abadesa. Aldonza se dirige á la ventana*).

ARRUTIA. Madre, preciso es sacar
Á Aldonza.

LA ABADESA (*Aparte*). ¿Quién ha llamado?
ARRUTIA. Á la casa del prelado
La voy, señora, á esperar.
En la silla puede ir
Con Aguilar.
LA ABADESA. Bien está.
ARRUTIA. La razon recobrará
Tal vez. (*Yéndose*). Me siento morir.

ESCENA IX

ALDONZA.—LA ABADESA.—CÉYNOS.—CATALINA *despues.*

(*Aldonza permanece á la ventana, viendo hacia afuera. Céynos entra embozado, y al entrar ve para atras*).

CÉYNOS (*Aparte*). ¿Quién será?
LA ABADESA (*Viendo á Céynos que se descubre*). Señor oidor.
CÉYNOS. Me tropezó un embozado.
LA ABADESA. Vino de órden del prelado
Por la madre Aldonza.
CÉYNOS. ¿Sor
Aldonza? ¿acaso la hermana
De los Ávilas?
LA ABADESA. La misma.
CÉYNOS. ¡Venir por ella! Me abisma.
Decid que vuelva mañana.
¿Y quién es él?

LA ABADESA. Es el conde
De Albuéres.
CÉYNOS. ¿De Albuéres?
LA ABADESA. Sí:
Hace poco llegó aquí
De Castilla.
CÉYNOS (*Aparte*). Aquí se esconde
Algun misterio.
LA ABADESA. Privado
Es del rey, comendador,
Y hombre de tanto valor
Que le obedece el prelado.
Así, señor, permitid
Que mande con Aguilar
Á sor Aldonza: tornar
Pudiera.
CÉYNOS. Abadesa, id;
Y en el lugar de la hermana
De los Ávilas poned
Otra monja.
LA ABADESA. Pero....
CÉYNOS. Ved
Que la justicia mañana
Pudiera cuentas tomaros.
De aquí la conjuracion
Salió, y hubiera razon,
Abadesa, para ahorcaros.
LA ABADESA. Os obedezco: allí viene
Otra monja.
CÉYNOS. Despachad.

(*Aldonza sigue á la ventana. Céynos se sienta en el sillon junto á la mesa. La abadesa se dirige al fondo*).

ALDONZA (*Aparte*). ¡Qué espantosa oscuridad
La del firmamento!
(*Sale la abadesa con Catalina, y habla con ella á espaldas de Céynos, que manifiesta gran preocupacion*).

LA ABADESA (*Á Catalina*). Tiene
Nuestro prelado que hablarte:
Irá contigo Aguilar;
Mas con él debes callar.
Podrá tal vez perdonarte
El prelado.

CATALINA. Necesito
Recibir su bendicion:
Imploraré su perdon.

LA ABADESA. Perdonará tu delito.
(*Se van las dos por la puerta de salida*).

CÉYNOS (*Aparte*). Siento pavor.

ALDONZA (*Aparte*). Siento miedo.

CÉYNOS (*Aparte*). ¡Qué silencio!

ALDONZA (*Aparte*). ¡Qué tristeza!

CÉYNOS (*Aparte*). Se me quiebra la cabeza.

ALDONZA (*Aparte*). Quiero llorar y no puedo.

LA ABADESA (*Volviendo*). Ya partió.

CÉYNOS. Id á traer....

LA ABADESA. ¿Á quién, señor?

CÉYNOS: Á la hermana
De Alonso.

LA ABADESA. Está á la ventana.
CÉYNOS. Con ella tengo que hacer.
LA ABADESA. Está falta de razon.
CÉYNOS. Mejor: así se dirá
Que loca se mató.
LA ABADESA (*Señalándola*). Está
Ahí.
ALDONZA (*Aparte*). Calla, corazon.
CÉYNOS. Los alguaciles esperan
Tras esa puerta: llamadlos.
(*Sale la abadesa, y á muy poco vuelve con el alcalde Villegas que trae una cuerda, y unos alguaciles con hachones*).
LA ABADESA. Aquí están.
CÉYNOS. Idos: dejadlos;
Que con vos que hacer tuvieran.
(*Se va con espanto la abadesa*).

ESCENA X

CÉYNOS.—ALDONZA.—VILLEGAS.—LOS ALGUACILES.

(*Aldonza sigue á la ventana, y Céynos sentado*).

CÉYNOS. Cumplid, alcalde Villegas,
Con el acuerdo secreto
De la Audiencia. Sabrá el rey
Vuestra lealtad y celo,
Puesto que siendo compadre

Del de Ávila, á prenderlo
Fuisteis ántes que ninguno:
Así seréis el primero
Tambien en las recompensas,
En los honores y premios.
(*Siguen Céynos y Villegas fingiendo que hablan*).

ALDONZA (*En la ventana*). Ya brotan de las tinieblas
Mis dos queridos luceros:
Son dos amantes miradas
Que lanzan sus ojos negros,
Pues por mirarme en la noche
Sus ojos puso en el cielo.

CÉYNOS (*Á Villegas*). ¿Estáis listo ya, Villegas?
Pues marchad, que perder tiempo
En ningunas ocasiones,
Y ménos ahora, es bueno.
(*Llamándola*). Aldonza.

ALDONZA. Mirad, señor:
Allá arriba me está viendo,
Y con sus ojos me llama,
Y estar á su lado quiero.

CÉYNOS. Vais á bajar al jardin.

ALDONZA. ¿Yo?

CÉYNOS. Con estos caballeros.
(*Á Villegas*). Venid, Villegas, al punto
Que esté muerta.

VILLEGAS (*Á Céynos*). Pronto vuelvo.

ALDONZA. Vamos, recogeré rosas
Para adornar mis cabellos:

Hoy vino y puede volver,
Y estar muy bella deseo.
Para ver si estoy hermosa,
Me miraré en el espejo
De la fuente: esos hachones
Me darán luz. Vamos presto;
Que quiero ornada de lirios
Subir á besarle al cielo.
(*Sale con el alcalde y con los alguaciles por la izquierda*).

ESCENA XI

CÉYNOS.—ARRUTIA *despues.*

CÉYNOS. Ávilas, ya mi venganza
Está cumplida, por Dios:
Tanto mi poder alcanza,
Que en el cadalso los dos
Morísteis decapitados;
Vuestros rostros macilentos,
En la picota enclavados,
Serán burla de los vientos;
Y porque no tengáis calma
Ni en el cielo, vais á ver
Á vuestra hermana del alma
Morir. ¡Infeliz mujer!
Mas no es justo que me aflija,
Ni llore con su dolor:

¿Pues no le robó á mi hija
El vil Alonso el honor?
Si más que la vida vale
El honor, y yo á su hermana
La mato, ganando sale
En el cambio.

(Céynos se ha acercado á observar por la ventana).

ARRUTIA *(Entrando, aparte).* ¡A la ventana
Un hombre, y desesperado
De esperar á Aldonza yo!
Ó del claustro no salió,
Ó es que me engaña el prelado.
(Dirigiéndose á Céynos). Caballero.

(Céynos se vuleve sin separarse de la ventana, y le reconoce).

CÉYNOS. ¿Cómo aquí
Á tal hora? Dí: ¿qué quieres?
¡Esa venera! ¿El de Albuéres
Eres acaso tú?

ARRUTIA. Sí.
Nombre no me dió mi padre;
Mas tengo tal, no os asombre,
Que puedo poner mi nombre
En la tumba de mi madre.

(Céynos mira con inquietud por la ventana).

CÉYNOS. ¿Mas qué buscas?

ARRUTIA. ¿Qué miráis
Por la ventana?
CÉYNOS (*Muy turbado*). Yo.... nada....
ARRUTIA. La faz tenéis espantada.
CÉYNOS. No....
ARRUTIA. ¡Qué pálido que estáis!
CÉYNOS. Vete.
ARRUTIA (*Acercándose*). No, que quiero ver.
CÉYNOS. Vete.
ARRUTIA (*Cerca de la ventana*). ¿Mas qué estoy mirando?
Infames: ¿pues desde cuándo
No es sagrada una mujer?

(*Céynos se ha retirado de la ventana, y está cerca de la puerta de la izquierda por donde se llevaron á Aldonza*).

Señor, dejadme volar
Á socorrerla.
CÉYNOS (*Interponiéndose*). Imposible.
ARRUTIA (*Yendo á la puerta*). Dejadme, que esto es horrible.
Voy....
CÉYNOS (*Cubriendo la puerta con su cuerpo*). No se puede pasar.
Lo manda en nombre del rey
La Excelentísima Audiencia.
ARRUTIA. Pero el rey tiene clemencia.
CÉYNOS. Mas no la tiene la ley.

(*Vuelve Arrutia á la ventana, ve con fijeza, y dice con espanto*):

ARRUTIA. ¡Es ella! ¡si no lo creo!
¿No sabéis que ella es mi amor?

CÉYNOS. Sólo sé, comendador,
Que esa mujer es un reo
De lesa magestad.

ARRUTIA. Vana
Porfía; salvadla.

CÉYNOS. No:
La Audiencia la condenó;
Es de Alonso Ávila hermana.

ARRUTIA. ¿Y de Gil? Abridme paso
Por el alma de mi madre.
(*Se dirige á la puerta*).

CÉYNOS. Mata primero á tu padre.

ARRUTIA. ¿Y tuve yo padre acaso?
Dejadme, por Dios, la puerta;
Ved que la rabia me abrasa.

CÉYNOS. Ántes mi pecho traspasa.

VILLEGAS (*Entrando*). Doña Aldonza está ya muerta.

(*Atraviesa con los alguaciles la escena, y salen por la puerta de la derecha*).

ESCENA XII

CÉYNOS.—ARRUTIA.—CATALINA *despues.*

ARRUTIA. ¡Muerta! ¿Y áun vivos están
Sus matadores y vos?
CÉYNOS. Era justicia de Dios.
ARRUTIA. No: venganza de Satan.
Pára, pára, pensamiento....
Palabras voy á rugir
Que no quiero proferir....
Huracan, calma tu aliento....
Corazon, tu rabia calma....
Calmad la furia, mis manos....
¡Y yo ciego: eran hermanos!
Calma tus delirios, alma.
Manos, alma, corazon,
Palabras y pensamiento,
Suspended por un momento
De mi fiebre la erupcion,
Que al reventar el volcan
Pudiera ser parricida,
Pues ruge mi infame vida
Con furores de huracan.
CÉYNOS (*Viendo entrar á Catalina*). ¿Cómo? ¿tú aquí?
CATALINA. Me llevaron
Á ver al prelado, y luégo
Que supo quién era, ciego
De furor me arrojó.
ARRUTIA (*Aparte*). ¡Osaron
Burlarme!

CATALINA (*Yendo hacia Céynos*). Ampárame, padre.
ARRUTIA (*Interponiéndose*). Detente.
CÉYNOS. ¡Cielo divino!

ARRUTIA. Este hombre es el asesino
De tu desdichada madre:
Él la mató de dolor.

CÉYNOS. Calla.

ARRUTIA. No te dió su nombre;
Y te hallaste con un hombre
Que te dejó sin honor.
Tampoco quiso inhumano
Darme su nombre ¡ay de mí!
Por eso á Aldonza perdí.

CATALINA. Decid quién sois.

ARRUTIA. Soy tu hermano.
Gemelos, quiso la suerte
Que á dos Ávilas amáramos,
Y que juntos los lloráramos
En los brazos de la muerte.
¿Y sabes quien los mató?
¿Quien fué el verdugo inhumano?

CATALINA. ¿Quién fué el matador, hermano,
Para aborrecerle?

CÉYNOS. Yo.
Si fué lealtad al rey,
Si fué venganza ó castigo,
El fiero instante maldigo
En que cumplí con la ley.
Perdon, hijos.

ARRUTIA. Nunca padre
Tuve.

CATALINA (*Suplicante y abrazándose á Arrutia*). ¡Hermano!

CÉYNOS (*Cayendo de rodillas al lado opuesto de Catalina*). ¡Por favor,
Perdon!

ARRUTIA (*Erguido, pero sin insolencia*). Pedidlo, señor,
Sobre su tumba á mi madre.

Telon.